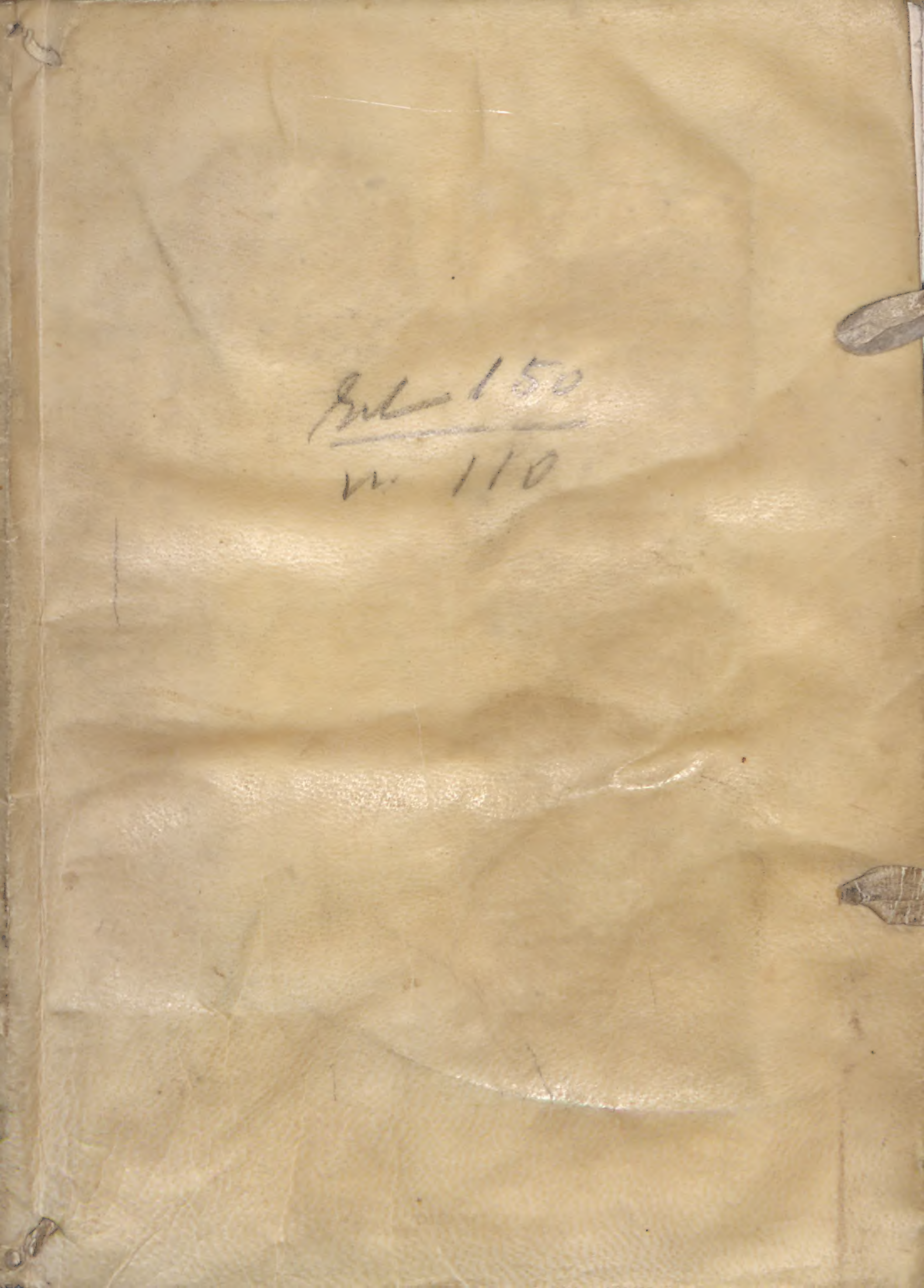
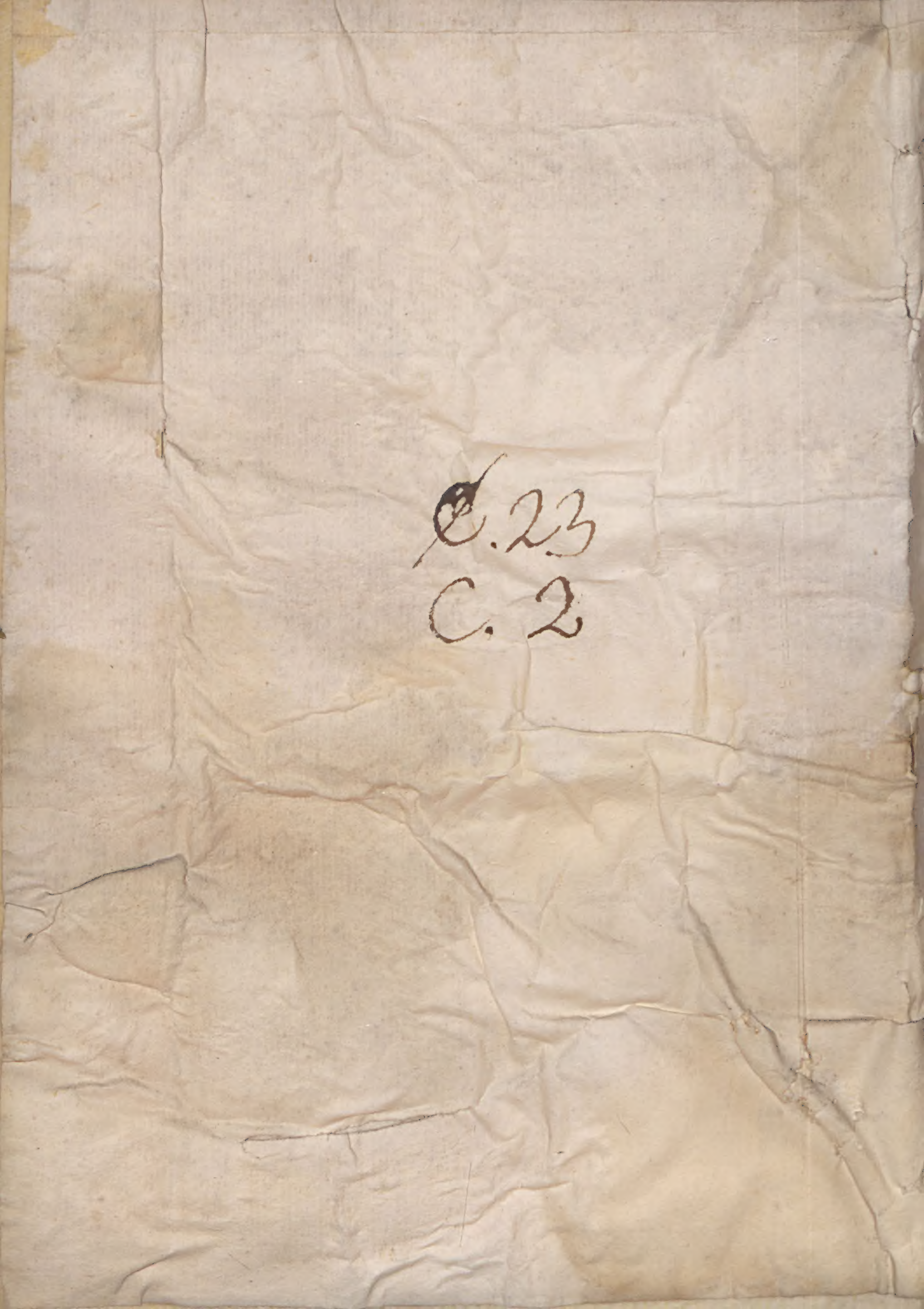

150
n. 110


C.23
C. 2

SERMONES

[illegible]

Y DIGNIDAD DE CHANTRE

QUE FUE DE LA SANTA IGLESIA

DE MÁLAGA

D. MIGUEL MARÍA LOPEZ

[illegible]

PREDICÓ EN DICHA SU IGLESIA Y DEMAS (?)

[illegible]

[illegible]

SEVILLA (?)

[illegible]

SERMONES
QUE EL DR. EN TEOLOGÍA
Y DIGNIDAD DE CHANTRE
QUE FUE DE LA SANTA IGLESIA
DE MÁLAGA
D. MIGUEL MARÍA LOPEZ MARTINEZ,

PREDICÓ EN DICHA SU IGLESIA Y OTRAS.

LOS DA A LUZ UN AMIGO SUYO A MAYOR HONRA Y GLORIA
de Dios y bien espiritual de su prógimo.

TOM. II.

SEVILLA:
IMPRENTA MAYOR DE LA CIUDAD.
1822.

DOMINGO DE RAMOS.

Gaude, et lætare filia Sion: ecce Rex tuus venit tibi.

Alégrate hija de Sion: tu Rey viene para ti.

S. Mat. Cap. 21. ℣ 5.

Sr. Ilmo. La solemnidad de este dia, la magestad de sus ceremonias, la multitud, y profundidad de sus misterios, que por una parte arrebatan nuestra atencion, y empeñan nuestras reflexiones, por otra parte estrechan el tiempo, ciñen, y limitan los términos de nuestra oracion, de manera, que no sé cual es hoy mi mayor conflicto: si el tener que hablar, ó el tener que callar.

Mas porque sería gran lástima, que cuando nuestros sentidos están como absortos, y

sorprendidos con el resplandor, y brillante aparato de la Iglesia, nuestras almas estuviesen adormecidas, y disipadas por no percibir la mayor gloria, y excelencia, que oculta siempre en lo interior de su espíritu esta esclarecida hija del Rey supremo, que aclamamos; me aplicaré á correr un tanto el sagrado velo de estas ceremonias, por donde se traslucen aquellos arcanos augustos, que son el fin principal de nuestras solemnidades. Por qué ¿qué aprovecharía á esta inmensidad de fieles llenar los anchurosos ámbitos del templo, si no advierten lo que se hace y que significa lo que se hace en él? reflexion que en iguales circunstancias hacía el gran P. S. Ambrosio. ¿*Quid prodest illis id agere, qui nesciunt, cur id faciant, aut quid ista significent.*?

Nuestras ceremonias son fecundas no solo de instruccion, sino de edificacion: al mismo tiempo que despiertan, y avivan nuestra fe, encienden y fomentan nuestros afectos; su misma luz, y fuego sagrado, que ilustra nuestro entendimiento, inflama, y enar-

dece nuestro corazon; ellas nos recuerdan hoy la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalen para celebrar de allí á pocos dias su última Pascua en el sacrificio cruento de la cruz, y ellas tambien nos amonestan de otra entrada triunfante, que quiere hacer en la mística Jerusalen de nuestras almas, para celebrar con nosotros la próxima Pascua en el sacrificio incruento del altar.

Ved ahí reunidos los fines de la Iglesia en esta festividad, con que hace la solemne abertura á los grandes misterios de esta semana, llamada por ellos *santa* y *la mayor del año*, despues de habernos preparado para celebrarlos con los ayunos, oraciones, y penitencias cuaresmales; y ved tambien el espíritu con que nos dirige hoy el Evangelio las palabras, que en otro tiempo dirigió Zacarías á Jerusalen. Alégrate hija de Sion, ved ahí á tu Rey, que viene para ti: las cuales, yo no haré mas que comentar brevemente, conforme á las intenciones de la Iglesia indicadas por sus santas Ceremonias. Roguemos al Rey triunfante de Is-

rael, triunfe hoy tambien de nuestra ignorancia, y nuestra malicia, haciendo eficaces mis palabras, y dóciles vuestros corazones por la intercesion de la purisima Virgen María.

AVE MARIA.

Gaude, et lætare.

Si: alégrate Jerúsalen, regocíjate mucho hija de Sion Iglesia santa, demuestra tu júbilo en en este dia con la pompa mas brillante: resuenen por todas partes tus cánticos armoniosos: que todos tus Ministros se reunan en ostentacion de gala, y triunfo, y todo conspire á solemnizar tan augustos misterios. Este dia busca los aplausos el que quiere ser conocido por Rey de Israel. Hasta ahora habia reusado muchas veces esta suprema autoridad, hoy no solo acepta, aprueba, inspira, y exige tu aclamacion, sino que declara,

que si tus hijos, mas insensibles que las piedras fueran capaces de enmudecer hoy, ellas mismas, se harian lenguas, y encontrarian voces, con que publicar sus glorias, y sus triunfos. Sagrados ángulos de este hermoso templo, vosotros me lo estais confirmando: yo os oigo repetir todavia los écos suaves del alegre cántico que acaban de entonar esos coros. *Hosanna filio David.* Honor, gloria, bendicion, y toda prosperidad al hijo de David: él es el Rey inmortal de los siglos, á él corresponde el imperio, dominacion, y señorío del mundo; venga en hora buena: viva, y reine; bendito sea el que viene en el nombre del Señor. *Benedictus qui venit in nomine Domini.*

Jerusalen capital ilustre de Israel, Sion, augusto trono de David ¿á quien correspondía mejor que á ti, el haber reconocido, y aclamado al legítimo sucesor de tus Reyes, tu caudillo, tu soberano libertador, depositaria de los oráculos, y las promesas, y ocupada siempre en la expectacion, y anhelos por su persona? Zacarías te lo habia demos-

trado seis siglos antes, como con el dedo, bajo todas las circunstancias, con que hoy te se entra por las puertas. Ve á hí á tu Rey, decia aquel Profeta, ve á hí á tu Rey que viene á ti, lleno de dulzura, y mansedumbre, pobre, afable, pacífico, y sentado sobre un humilde jumentillo. Pueblo ingrato, tu con una ceguedad la mas obstinada, y monstruosa, capaz de sacar lágrimas al hombre Dios, no conociste el dia de su venida, y la visita que destinaba á tu libertad, y tu paz. Tu te empeñaste en destruir bien presto los pasageros aplausos, que este dia le dieron las tropas humildes, y sencillas de su séquito. Tu caña, y tus espinas burlaron pronto la diadema real con que hoy le coronaban: tus lanzas, tus espadas desmintieron los ramos, y las palmas, que hoy le ofrecen, y esos vestidos por el suelo, que forman á sus pies la mas honrosa alfombra, vinieron á parar en el cruel despojo, y suerte, que hiciste de los suyos. Ah! La confusion, y grita universal con que pediste su muerte antes de seis dias, dió bien á co-

nocer, la amargura con que sufriste hoy sus aclamaciones, y sus vivas! ¡Infeliz Nacion! ¿Quien oirá el estampido del furor divino que mereció tu ingratitud, sin que rechinen sus oidos?

Vuelve los ojos: mira la Iglesia universal, la Iglesia de las gentes, que no habia reconocido el yugo de la ley, representada en ese indómito jumentillo, sobre que hoy viene el Salvador, da posesion, y recibe hoy al que se apellidaba tu Rey. La Iglesia que ha recogido todas las bendiciones, y privilegios, de que te hiciste indigna, que se ha enriquecido, y ennoblecido con tus mas preciosos despojos, esta que ha entrado al gozo de tus ilustres derechos, triunfante hoy por todos los fines de la tierra, por donde tu te hallas miserablemente dispersa, celebra esta solemnidad en confusion de tu perfidia, y reveldía, y en desagravio de la soberana autoridad del Rey de Israel. Mira nuestras festivas procesiones, y concurrencias nuestros ramos frondosos, nuestras hermosas palmas, nuestros alégres cánticos, nuestro re-

gocijo, y júbilo universal, todo se dirige á aplaudir, y proclamar al Rey que tu desechaste, y propusiste á Barrabás.

Si, hermanos mios, Nosotros á quienes se han confiado los misterios del reino de Jesucristo, reconocemos por esas mismas señales de pobreza, humildad, y mansedumbre, que desdeñó la sinagoga, al Rey esperado, y deseado de las gentes. No echamos menos á su entrada el aparato exterior de grandeza, que rodea á los Reyes de la tierra, que no estendiendo su dominacion mas allá de los cuerpos, van imponiendo siempre los sentidos en el resplandor de las armas, la multitud de las tropas, la arrogancia de sus caballos, el oro, y la plata de sus soberbias carrozas. Ah! débiles, y mortales en sí mismos, como sus vasallos, necesitan interponer todas esas distancias de boato, y pompa exterior, para hacer sensible, y sostener su elevacion sobre ellos; pero Jesucristo es Dios, su reino no es de este mundo, y toda la grandeza de su dominacion es espiritual, y divina. Asi viene ganando los espíritus hu-

milde, pobre, accesible á todos, igual á sus vasallos, inspirando el amor, y confianza, sentado sobre un jumentillo, símbolo de la mansedumbre, y amigo de la paz, cercado, y aclamado de pobres, humildes, y sencillos.

Allá se dijo á Israel cuando pedia con instancias un Rey, el pesado yugo que se imponia. Ellos lo creyeron tarde á su costa, y tuvieron que quejarse de él, aun bajo el mas pacífico, glorioso y poderoso de sus Reyes; alívianos, decian al hijo y sucesor de Salomon, alívianos el yugo durísimo, en que nos ha tenido tu Padre; ¡ó qué diferente Rey el que nosotros proclamamos hoy, hermanos mios! ¡Qué nueva manera de reinar! El no viene á hacer consistir sus riquezas en la contribucion de sus Pueblos, sino á enriquecerlos á todos con la abundancia de sus tesoros. No viene á exponer las vidas de sus vasallos para guardar la suya, sino á dar su propia vida por la de sus vasallos. No á agravarnos con impuestos, y tributos nuevos, sino á cargar, y tomar sobre sí nuestras antiguas deudas personales. No á despojarnos de

nuestras haciendas, y posesiones, sino á traspasarnos su misma herencia. No busca sus intereses, sino los nuestros. Ni para él es un ascenso, y promocion la corona, que hoy le ofrecemos; sino mas bien una dignacion de su bondad admitirla, porque no pudiendo él ser mas grande, por ser nuestro Rey, nosotros somos infinitamente mas felices con ser sus vasallos. Alegrémonos pues, hermanos mios, llenémonos de gozo, y regocijo en este dia, que la Iglesia nos exhorta á estos tiernos, y piadosos afectos. *Gaude, et lætare.* Repitamos nuestras aclamaciones, tributemos el honor, y la gloria debida á Jesucristo nuestro Rey, porque el es tambien nuestro Dios, y Señor, él reinará sobre nosotros en tiempo, y eternidad.

¿Pero porqué se interrumpen hoy nuestros gozos con la historia triste y dolorosa de su pasion, que se nos va á cantar bien presto? ¿Qué tiene que ver con la alegría el dolor, las músicas con el llanto, la muerte con los vivas, las palmas con la cruz? Quien podrá acordar en un dia estos dos

écos. *Hosanna filio David: tolle crucifixe?* La Iglesia, hermanos mios, si: el espíritu divino, que la dirige, y nos exhorta á alegrarnos aclamando por Rey á Jesucristo, *Gaude, et lætare*, por medio de su pasion nos pone á la vísta los títulos, y soberanos derechos que tiene á esta suprema autoridad. *Ecce Rex tuus*, yo me explicaré.

Despues que una fatal desobediencia, bien lo sabeis, y llorais, fieles, desmembró del imperio del supremo Rey todo el linage de los hombres, sujetándolo á los mas viles, y crueles tiranos, no podía aquel legítimo Señor restaurarlos á su dominio, segun sus eternas misericordias, sino ganándolos en guerra viva, venciendo los injustos usurpadores, triunfando del pecado, la muerte, y el infierno, y afianzando asi esta posesion á su corona, con el nuevo título, y derecho de conquista, mediante las batallas mas sangrientas: para esto bajó del Cielo, y por esto elige para entrar triunfante en Jerusalen el dia mismo, en que se acopiaban, segun la ley, las víctimas para los sacrificios de la proxima

Pascua, el que venía como cordero de Dios para ser sacrificado por la salud de los hombres, y adquirirse el Reino á costa de su sangre. *Rex tuus.*

¿Y no fue siempre una sabia costumbre de los Pueblos en los triunfos de sus grandes Reyes, Conquistadores y Generales, el juntar á su aclamacion la historia de sus valerosas, y gloriosas acciones? Asi pues la Iglesia, con divino consejo, junta hoy á las aclamaciones de Jesucristo, las actas sagradas de sus batallas, las heróicas acciones de su valor, y los títulos auténticos de su conquista. Ni pudiera haber leccion mas grata, y propia de este dia, para que podamos al mismo tiempo celebrar nuestra libertad, y su triunfo.

Aquí debemos decir al paso que se nos vaya cantando. Aquí en este huerto, en que fue su primer combate, en que de una vez lo acometieron todos los pecados del mundo, sumergido en amargura, bañado en su propia sangre, deshizo, y destruyó con la virtud de la oracion toda la fortaleza de sus con-

trarios. Aquí en estos tribunales inicuos, tratado como el mas infame de los hombres, sin despegar sus labios, rindió, avasalló, y destrozó los enormes gigantes de la soberbia, y el orgullo: vanos vengativos caed bajo este egemplo. Aquí en este átrio del Presidente desnudo, y cubierto de heridas atacó, demolió, y confundió todas las trincheras, y últimos asilos de la concupiscencia, y sensualidad, delincuentes, y delicados, avergonzaos, y escondeos. Mas allá, vendados los ojos, y mofado como insensato, auyentó, y disipó las tinieblas funestísimas de la ignorancia, y ceguedad; despertad ciegos á tanta luz. Aquí en este monte del calvario emprendió la accion mas decisiva, acometió, venció, y despojó al fuerte armado, que señoreaba la tierra, y cosido á un madero con tres clavos, rompió, y despedazó con ellos la escritura fatal, y títulos iniquos del tirano. Allí á costa de su vida misma, venció de todo punto á la muerte, hizo astillas sus venenosas saetas, y le arrancó sus presas mas preciosas. Muerte avara y presuntuosa, tu te jac-

tabas vanamente, sobre tu indispensable tributo, y las puertas de hierro, y robustos cerrejos de tus horrorosas, y tenebrosas cabernas; sal ahora, muéstranos tu victoria. Allí levantado en alto, atrajo, sujetó, y se apropió todas las cosas, y se hizo reconocer del universo, que le tributó su homenage, y en la cruz como en un trono real egerció toda la autoridad de su soberanía. Estableció, proveyó, y aseguró su reino, promulgó sus leyes, y soberanas ordenanzas, y firmó con su sangre los solemnes pactos, y tratados de nuestra libertad; nos abrió las eternales puertas del empíreo, como nos han representado poco ha esas puertas abiertas al toque de la cruz. Nos allanó los caminos, nos franqueó la Gloria con una victoria tan completa, que ganó no solo para si la corona de Rey supremo, sino tambien eternas coronas para todos sus vasallos; porque él es Rey de Reyes, y Señor de Señores, cuyo reino no acabará jamás. *Rex tuus.*

Ved pues, hermanos mios, si tal Rey merece las alabanzas que hoy le damos, y con

cuantas fatigas se ha ganado esta gloria. ¡Cuantos enemigos ha postrado! ¡Cuantos tiranos ha vencido! ¡Cuantos sudores, anhelos, y sangre le ha costado el adquirirse un Reino de todas las lenguas, tribus, y naciones del mundo! ¿Quien ha merecido reinar sobre nosotros por mas títulos? El es nuestro Rey por el título de la creacion: porque el es quien nos ha criado, y no nosotros á nosotros mismos. *Rex tuus.* El es nuestro Rey por el título de la redencion, porque siendo siervos del pecado nos trajo á la libertad de hijos suyos. *Rex tuus.* El es nuestro Rey á título de compra; porque reflejad, dice el Apostol, que habeis sido comprados á gran precio, nada menos que toda la sangre de un Dios; y el es tambien nuestro Rey por el título de eleccion: porque voluntariamente nos alistamos bajo sus banderas en las aguas saludables de la regeneracion, y toda la ceremonia, y pompa de este dia, no es sino una solemne ratificacion de nuestra fidelidad á aquel tratado. *Rex tuus.*

Pues amados mios, si sois fieles, si tan-

tos motivos os empeñan algo, levantad vuestras voces, clamad con aquellos ancianos venerables del Apocalipsis, digno es el cordero, que ha sido sacrificado de recibir el Reino, el poder, la virtud, y divinidad, la sabiduría, y fortaleza, el honor, la gloria y bendicion, porque nos ha redimido con su sangre, y nos ha hecho un Reino espiritual, eterno, y divino cual corresponde á nuestro Dios. Gloria le sea dada en lo mas alto de los Cielos: hermanos mios, que todos con lágrimas de gozo, y de consuelo con la mayor ternura de sus entrañas, con el esfuerzo mas valiente de su corazon, acompañen aquel *Amen* eterno de los millares de millares angélicos á que estamos unidos este dia. Ah! que nuestras aclamaciones, y obsequios no cedan á los suyos. ¿Qué digo yo? ¿Si nosotros pudieramos aventajarnos en afectos á aquellos soberanos espíritus, no tenemos sobrado motivo para hacerlo á la venida de este Rey? *Venit tibi.*

Una vez vino para salvar á los Angeles, y á los hombres, y todos ellos entraron en ge-

neral en aquel beneficio comun. Pero ¿á cual de los Angeles se le pueden dirigir con verdad las palabras, que hoy dirige la Iglesia á todos, y cada uno de vosotros? tu Rey viene para ti. *Ecce Rex tuus venit tibi.* Si hombre, miserable en ti mismo, y objeto de emulacion en esto de los mas encumbrados serafines, deja ya de suspirar aquel dia que entró triunfante en Jerusalen, y la suerte feliz de aquellas tropas que lograron ver, oir, y aclamar su adorable persona. Oye lo que te dice la Iglesia en tus dias, no una vez sola, ni por una causa comun, sino muchas, y por tu propio interes, Jesucristo Rey eterno de la Gloria viene para ti, y para ti en particular, *venit tibi.* No ya ostentando su divinidad, que aterraría tu bajeza. No ya sentado sobre un jumentillo ostentando su humanidad, para que solo pudieras verle, oirle, y adorarle, sino disfrazado bajo las especies de pan, y vino para que puedas recibirle, comerle, estrecharle en tu corazon unirle tu espíritu, y vivir con él una misma vida divina. Este es el reino que desea, el

dominio que busca, el trono que te pide, y la aclamacion que espera recibir de su Pueblo, y este es tambien el fin con que la Iglesia nos convida, nos manda, nos apremia, á recibirle esta Pascua. *Venit tibi.*

Oh! que no pueda yo ahora suspender las horas! ¡Quien me diera rayos por palabras que súbitamente ilustraran, encendieran, y derritieran los corazones en las ansias de recibir dignamente á este Rey! Miserables de nosotros, cuando derramaramos toda nuestra sangre por sus caminos, y se consumiera toda nuestra substancia en una hoguera de amor, tributos limitados, como merecerían presentarse delante del inmenso, y en retribucion de un beneficio en que toda su bondad, y poder no tienen mas que darnos: porque no son aquí todas las riquezas, y tesoros de un Dios, sino el mismo Dios de las riquezas, en su persona misma en su divina esencia, en cuerpo, en alma, en mérito, en gracias, en virtudes, en atributos, el que se nos dá, y se nos dá del modo mas íntimo, mas tierno, mas absoluto, mas pro-

pio, mas seguro: porque reflejad hermanos mios, nuestra hacienda, nuestro honor, nuestra salud, nuestra vida, todo es nuestro, demanera, que nos lo pueden quitar á nuestro pesar mil accidentes; pero tu Rey viene para ti, y te se dá de manera, que ni el Cielo, ni la tierra, ni el infierno, ni la muerte pueden quitarte, contra tu voluntad, su plena, quieta, y pacífica posesion. *Venit tibi.*

Cristianos; que ningun soberbio, ningun vengativo, ningun avaro, ningun embidioso, ningun lascivo, ningun iracundo, decididos ya por su pasion dominante, y que gritan en el secreto de su corazon. *Non habemus Regem, nisi cesarem.... Nollumus hunc regnare super nos.* No queremos por Rey á Jesucristo, hemos proclamado ya Rey á nuestro gusto, y no le queremos desagradar; que ninguno, digo, de estos espiritus farisáicos se mezcle á esta asamblea santa, ni se presuma esta Pascua participar á nuestra mesa del Cordero puro, y sin mancha ¿Quien será tan audáz y furioso que se atreva á tragarse su misma condenacion, incorporársela

unirse con ella, y estrecharla hasta la médula de sus huesos comulgando en culpa mortal? este es el atentado mas horrible que conoce la Religion.

Pero vosotros hermanos mios fieles aclamadores de Jesucristo, alegraos al anuncio, que os hacemos de su venida. *Gaude, et lætare.* Vosotros conoceis el caracter soberano de su Persona, *Rex tuus*, y los amorosos designios con que os busca, *Venit tibi.* Imitad á las tropas fieles, que le aclamaron este dia. Salid de la Ciudad, poned fin á vuestras diversiones peligrosas, vuestros tratos ilícitos, vuestras ocasiones criminales. Salid al encuentro al Salvador por los caminos que él trae. Sus caminos son rectos, fundados en verdad, equidad, y justicia. Entrad en ellos. Arrojad allí vuestros vestidos. Despojad, os dice el Apostol, al hombre viejo de todas sus vestiduras antiguas, sus apetitos viciosos, sus pasiones dominantes, sus carnales apegos, sus licenciosas costumbres, el fardo enorme de sus pecados, vestiduras de que el Príncipe de este siglo se vale para aprisionar, y

hacer caer en sus cadenas. Corred á hacer este despojo á los pies de Jesucristo en el santo tribunal de la penitencia mediante una confesion entera, sincera, verdadera y dolorosa; y libres asi de toda dominacion tirana, empuñad la palma de vuestra victoria, ostentad los ramos de vuestra piedad: dilatad vuestro corazon, y ofreciendo ese trono á vuestro Rey, recibidle gozosos, y clamad con la Iglesia universal. *Benedictus, qui venit in nomine Domini.* Amen.

RESURRECCION.

Surrexit non est hic.

No está aquí, resucitó. S. Marc. Cap. 16.

Si Jesucristo Redentor del mundo, y encargado de Dios para destruir el imperio de la muerte, y del pecado; despues de haber muerto en un suplicio como el mayor de todos los pecadores, no hubiera resucitado glorioso, segun habia ofrecido, ya bajo la alegoría del Templo, ya bajo la figura de Jonas. ¿qué juicio se podria formar de su Persona, su mision, su doctrina, sus promesas, y aun de sus prodigios? ¿Qué apariencias habria de que hubiese triunfado de la muerte, el que despues de haberle pagado un tributo tan vergonzoso, quedase confundido en el sepulcro con los demas hijos de

Adan? ¿Ni cómo nos podriamos lisongear entonces de que Dios habia aceptado ya su sacrificio, y su sangre borrado nuestras culpas, si contra las esperanzas que anunciaba David, hubiera dejado á su Santo Cuerpo entregado á la corrupcion que es hija solo del pecado? Sí amados mios, nuestra fe, nuestra religion, nuestra esperanza, todo sería en vano, si Jesucristo no hubiese resucitado segun estaba escrito, así lo dice el Apóstol á los fieles de Corinto, *Si Christus non resurrexit, inanis est et fides vestra.*

Pero no, su Resurreccion gloriosa es un hecho tan constante, tan demostrado, tan notorio, tan testificado de los hombres, de los Ángeles, de toda la naturaleza, del infierno mismo á su pesar, y confusion, que no admite la menor contestacion, ni duda. *Surrexit, non est hic.* Las ligaduras de la muerte, la losa enorme del sepulcro, el sello de la autoridad, la Guardia toda, la precaucion de sus enemigos, lejos de oponerle el menor obstáculo, han concurrido solo á dar el testimonio mas glorioso, el menos sospechoso

del poder infinito de su Persona. Él ha hecho ver en esta ocasion, que tenia en su mano la potestad de perder su vida, (que nadie le podia quitar) y recobrarla igualmente por sí mismo, despues de perdida. Porque (sin la menor dificultad) cuando quiso, en el tiempo, y circunstancia, que habia anunciado viviendo, sin ayuda agena, por la virtud sola de su Divinidad, que nunca interrumpió aquella union íntima, hipostática, de su sagrada persona con su cadáver yerto, y su alma, aunque separada, volvió á reunir entre sí estas dos partes, dándolos ya no solo vida nueva, sino una vida tal cual convenia á un hombre Dios, que triunfa de la muerte. *Surrexit sine adjutorio inter mortuos liber.*

Jesucristo ha resucitado. Y ved aquí exclaman los Padres el fundamento mas sólido de nuestra creencia, el apoyo incontrastable de nuestra Religion; resucitando Jesucristo se ha acreditado con esto verdadero hijo de Dios, y Dios como el Padre, por consiguiente sus Oraculos son divinos,

sus promesas infalibles, su verdad eterna, su autoridad sin límites, nuestra fe segura, nuestra esperanza cierta, nuestro gozo sólido. *Surrexit.* Dias felices, vosotros sois testigos, vuestras luces renovarán en todos los siglos el mayor gozo de la Iglesia con la memoria de esta gloriosa Pascua, ó paso triunfante de vuestro Criador. Este será por excelencia, entre todos los dias del año, el dia del Señor, dia que el Señor ha hecho para júbilo, y alegría universal, dia claro, dia sereno, dia sin noche, que no será seguido de tinieblas porque el Rey de Gloria, el árbitro soberano de la vida y de la muerte resucita para nunca morir. *Christus resurgens ex mortuis, jam non moritur.* Iglesia Santa, desconsolada Sion, tus muros abatidos de pena han arrastrado hasta ahora el mas funesto luto, tú sumergida en llanto y amargura viéndote despojar de tu hermosura, destruido tu Santo Templo, profanado tu altar, perdida toda tu gloria, y tu mejor ornamento: tiempo es ya ¡ó tiempo afortunado! tiempo es ya de cam-

biar los aparatos lúgubres por la mas festiva, y augusta pompa, y que todos tus ángulos resuenen en cánticos, de gozo, y alegría; tiempo es ya que la tierra, el Cielo, y las criaturas todas que acompañaron tu luto, celebren hoi tus glorias, y tu dicha, y vosotros principalmente amados cristianos mios, venid hoi enhorabuena á tomar parte en el gozo de vuestra Madre, se trata vuestra causa; vuestros intereses, vuestro logro, vuestra restauracion, vuestra vida inmortal, vuestra felicidad completa son los frutos inefables del triunfo de este dia

Sí hermanos mios: Porque como dice S. Pablo, si Jesucristo ha resucitado, ha triunfado de la muerte, libertándonos de su prision, y por consiguiente ningun fundamento sólido, ninguna razon prudente hay para negar que todos resucitarémos algun dia. *Si Christus Resurrexit, quomodo quidam dicunt in vobis, quoniam resurrectio mortuorum non est?* hace relacion el Santo Apóstol al miserable Cerinto, y sus secuaces, que negaban este artículo de nuestra creencia. Igual-

mente si Jesucristo ha resucitado destruyendo la muerte, ¿quien puede dudar que en este hecho ha quebrantado el único estímulo, el ahijon ó arma cruel sola con que ella nos hacía guerra, y dominaba, que era el pecado, *stimulum mortis peccatum*, libertándonos tambien de esta infausta, y tiránica esclavitud? Asi lo asegura el Apóstol, *Christus surrexit propter justificationem nostram*. De este modo el segundo Adan ha restaurado completamente los daños, que el primero nos ocasionó en cuerpo, y alma, sujetando aquel á la muerte, y esta al pecado.

Yo me determino amados oyentes, á haceros comprehender estas dos victorias, frutos preciosísimos del misterio, que hoi celebramos, y que harán igualmente la division de mi discurso. Jesucristo ha resucitado glorioso, luego nuestros cuerpos resucitarán algun dia á su egemplo revestidos de gloria. ¡Qué motivo de alegría, y consuelo para los justos. Primera parte. Jesucristo resucitado para nuestra justificacion,

ha despojado la muerte de su único estímulo, luego nuestras almas deben resucitar de la muerte del pecado, á la vida de la gracia! ¡Qué motivo de consuelo, y aliento para los pecadores! Segunda parte. Justo consuélate, esperando tu resurreccion corporal. Pecador anímate, procurando tu resurreccion espiritual. Justos, y pecadores, ayudadme todos á pedir la gracia para que la palabra de Dios, que es principio de vida, logre en nosotros sus maravillosos efectos.

AVE MARÍA.

No es mi ánimo, amados oyentes persuadiros hoi el misterio de la Resurreccion general. El es un artículo capital de nuestra creencia, y como dice S. Agustin, la fé peculiar del Cristiano *propria fides Christianorum resurrectio mortuorum.* Apenas tiene la Religion artículo de mayor consuelo, y suavidad. Aunque no fuera verdad decia S.

Ambrosio, al meditarlo, yo querria engañarme con una ilusion tan agradable, y tan conforme á los deseos de mi corazon. Yo os contemplo á todos penetrados de iguales sentimientos de piedad, y religion. Mi intencion es solo, siguiendo el pensamiento de S. Pablo en su primera carta á los de Corinto, de que me propongo sacar toda la sustancia de mi oracion, haceros comprehender la conexion y dependencia admirable, que tiene nuestra Resurreccion corporal, con la gloriosa Resurreccion de Jesucristo que hoi celebramos, y que el Apóstol denotaba claramente escribiendo á aquellos primeros fieles cuando les decia: si Jesucristo no ha resucitado en vano esperais vuestra Resurreccion, *inanis est, et fides vestra.* Pero si Jesucristo ha resucitado, ninguna razon hay para no esperarla. *Si Christus resurrexit, ¡quomodo quidam in vobis dicunt quoniam resurrectio mortuorum non est.* No para aquí el Apóstol. La Resurreccion gloriosa de Jesucristo no solo es el principio, sino que es tambien el modelo de la nuestra. *Reforma-*

bit corpus humilitatis nostræ configuratum corpori claritatis suæ. Dulces esperanzas, hermanos mios; deleita entender estas verdades, registrar estos misterios de nuestra religion, y ningun peligro hay siguiendo las luces de este gran Maestro de ella, aplicaos á estas dos reflexiones. La Resurreccion de Jesucristo es el principio de nuestra Resurreccion corporal. La Resurreccion de Jesucristo es el modelo de ella. Ved aquí el nudo, ó enlace de aquellas consecuencias del Apóstol.

Jesucristo con ser la sabiduría eterna por quien, y para quien el Padre hizo, trazó, y ordenó todas las cosas, habiéndose humanado por nosotros, es todo por nosotros, para nosotros, y en órden á nosotros. Su nacimiento, su vida, su muerte, su Resurreccion admirable, todos sus misterios miran á nuestro provecho, y nuestro egemplo. Nace hijo del hombre para que nascamos hijos de Dios: muere para destruir nuestra muerte, y resucita para que resucitemos, ó mas bien, segun el Divino Oráculo de la Escritura, él es nuestra misma Resurrec-

cion, entra en la gloria de su Padre para tomar posesion por sí, y á nuestro nombre del Patrimonio que nos pertenece á todos como hermanos. El mismo que se apellida en la Escritura nuestro Rey, nuestra cabeza, el primogénito de los hombres, no ha desdeñado el epitecto de primogénito de los muertos, y primicias de los que duermen, esto es de aquellos, para quienes la muerte no siendo mas que un sueño, han de despertar, y en este sentido él es tambien el primero de los que despiertan como dice el Apóstol, *Christus surrexit primitiæ dormientium.*

Ya compreendeis, Señores, la fuerza de este razonamiento, porque si Jesucristo es el primero de los hermanos. *Primogenitus in multis fratribus*, necesariamente le han de seguir los demas: derecho tienen todos los hijos de un Padre á seguir los pasos del primero, y tomar parte en su Patrimonio, como dice sobre este lugar S. Agustin. Y qué ¿estaría bien honrada esta excelente primacía de Jesucristo si despues que el Se-

ñor hombre sacado de la tierra *Jesus homo de terra*, á título de primero nos arrastró á todos por sus mismos pasos hasta el el polvo del Sepulcro, Jesucristo segundo Adan venido del Cielo mejor cabeza, y Primogénito de los hombres, *secundus homo de Cœlo Cœlestis*, no nos pudiese conducir hasta la gloria de su Resurreccion? Dice el Apóstol si el hombre terreno nos hizo terrenos como él. *Qualis terrenus ita terreni*, el hombre Celestial nos hizo Celestiales. *Qualis Cœlestis, ita et Cœlestes.* Aquel nos trajo la muerte, este la Resurreccion. *Per hominem mors, et per hominem Resurrectio mortuorum.*

Pero lo que acaba de dar una luz clara á esta verdad, es la calidad de cabeza que Jesucristo nuestro Señor tiene respecto de los hombres miembros suyos. Porque reflejad hermanos mios cuales son las funciones esenciales de una cabeza. Ella debe estar unida á sus miembros, debe comunicarles su mismo vigor y actividad, constituyéndolos en una perfecta conformidad, y estado.

Pues suponed Señores por un momento que Jesucristo hubiese resucitado sin dejarnos esta esperanza. ¿Qué union tendrian entonces con esta cabeza? Jesucristo glorificado en la suprema elevacion de la diestra del Padre y sus miembros en eterna separacion y olvido (en la bajeza, y abatimiento) del Sepulcro. Asomaos á esa vil morada de gusanos, examinad esas cenizas frias, esos huesos secos, roidos, asquerosos, y decidme: si encontrais en ellos alguna señal de la vida gloriosa, hermosura, vigor, y movimientos propios de un Dios que tienen por cabeza. Asi es indispensable, dice el Apóstol, para mantener esta perfecta union, esta comunicacion íntima de miembros, y cabeza entre Jesucristo y los hombres, que nuestros cuerpos miserables despogen toda su corrupcion y se vistan de inmortalidad. *Oportet corruptibile induere incorruptionem et mortale induere immortalitatem.* Ni el triunfo de Jesucristo hubiera sido completo, si la libertad de la cabeza no hubiera pasado al cuerpo. Ni el Rey inmortal de los siglos cu-

yo reino no tendrá fin, hubiera conservado su reino sin hacerse sus vasallos inmortales, porque no es Dios de muertos, sino de vivos. Por eso una vez resucitado Jesucristo, el Apóstol habla de nuestra resurreccion como de una cosa ya hecha, diciendo que Dios nos ha resucitado á todos en su hijo.

Hermanos mios, hijos de la eternidad, este es el hermoso nombre con que os honra la Escritura, levantad ya vuestras miras sobre tan magníficas esperanzas. ¿Para qué os afanais tanto por el soplo débil de una vida fugitiva que se os escapa, por una salud que incesantemente se destruye? ¿Á qué tanto cuidado en la conservacion de vuestro cuerpo, previniéndole necesidad que no tiene, sin lograr remediarle las verdaderas, ni poder detener un punto la carrera precipitada con que camina al sepulcro? Dejadle llegar allá, no quedará en él para siempre. Jesucristo ha resucitado, y ese magnífico epitafio, que publica el Angel sobre su sepulcro *surrexit*, os compreenderá á todos igualmente: dia vendrá en que pue-

da sostituirse en los vuestros, en lugar de aquellos lúgubres epitafios, en que el último esfuerzo de la vanidad mundana juntando títulos, dignidad, y empleos que pasaron, viene á hacer con ellos un triste, y miserable omenage á la muerte.

El Sepulcro, ese lugar que habeis mirado hasta ahora con horror como el escollo fatal donde viene á estrellarse, y perecer todo poder y autoridad, todo talento, y hermosura, todo nombre y fortuna, despues que Jesucristo ha salido de él, debeis mirarlo como vuestra mejor cuna, puerto de vuestro verdadero honor y grandeza, mas benéfico, y propicio para vosotros que el seno mismo de vuestras Madres, porque si formados en este de un barro proscrito sujeto á todas las enfermedades y dolores, habeis recibido con la vida una semilla de muerte, de que cada momento es un ensayo, y que no cesará hasta lograr vuestra entera destruccion en el seno del Sepulcro: ese mismo barro amasado y preparado de nuevo por una mano Divina y purifica-

do de toda mezcla impura, recibirá una semilla de inmortalidad, que os pondrá á salvo de corrupcion, y perpetuará vuestra duracion por todos los siglos. Ved ahora si tenia razon el Santo Job, quien decia á los gusanos, á la podredumbre, y corrupcion, vosotros sois mi Padre, mi Madre, y mis hermanos. *Putredini dixi, Pater meus es tu, Mater mea, et soror mea vermibus.* Penetrado de estos sentimientos conocia muy bien que mediante la corrupcion del Sepulcro, el cuerpo que depositaba en él como una semilla corruptible segun la frase del Apóstol, renacería incorruptible, incapaz de toda alteracion. *Seminatur corpus corruptibile surget in corruptibile.* El cuerpo infestado cubierto de hediondez y de ignominia, saldria revestido de gloria y resplandor, *seminatur ignobilitate surget in gloria.* El cuerpo terreno, grosero, y animal seria transformado con calidades y ventajas propias de espíritu, *seminatur animale surget spiritale.*

¡O vida nueva, estado feliz, esperanza

magnifica! cómo eres olvidada de los hombres! ¿Quien me diera que fuesen escritas mis palabras con caracteres indelebles, que á golpe de cincel fuesen gravadas sobre el duro mármol ó conservadas en láminas de bronce, ¡ó si lograse yo que un rasgo de llama penetrante los fijase en lo íntimo de vuestras almas! *Quis mihi det, ut scribantur sermones mei?* Sé que vive mi Redentor, y con esta seguridad el sepulcro es ya el único asilo de mi esperanza, bajaré contento á él, y despues que mi cuerpo haya sufrido la corrupcion á que está condenado, volverá á levantarse de su seno, *de terra surrecturus sum*: en este estado de integridad recobraré todas las menguas que hayan padecido mis miembros, estos volverán á hermosearse con su vestidura antigua, *rursum circumdabor pelle mea.* Y mis ojos obscurecidos ahora, estos mismos ojos que no registran por donde quiera que los vuelva, sino el horror, miseria, y suciedad, recibirán entonces la dulce impresion que les imprima el aspecto amable de mi Salvador. *Vi-*

debo Salvatorem meum, et oculi mei conspecturi sunt. Esta esperanza que es todo mi alivio, y mi consuelo enmedio de mis males, nadie la podrá arrancar de mí, porque la guardo en lo mas secreto de mi alma *repostita est hæc spes mea in sinu meo.*

Tales eran los sentimientos de un Justo atribulado antes de la ley, y del Evangelio: á quien la esperanza sola de la resurreccion hizo superior á la mas deshecha tempestad de males, que pudo descargar jamás sobre un hombre la empeñada furia de Satanás.

Acercaos á aquel muladar hermanos mios, vosotros que pasais la vida en una contínua queja, y lamento, ponderando siempre vuestras desgracias, y miserias. Traed á cotejo si os atreveis vuestras enfermedades y dolores, vuestra escasez, vuestros insultos, vuestro desamparo, vuestras pérdidas, vuestra persecucion, todos vuestros trabajos, desastres é infortunios con los de este Justo inculpable. Entonces os parecerán todos delicias, y regalos. Sin embargo, Job está pacífico y tranquilo esperando su resurreccion. ¿Te-

neis acaso vosotros ménos motivos de esperarla? ¿os está negado á vosotros este consuelo? Es porque acaso no comprendeis, como Job, bien las ventajas de esta dichosa reformacion. ¿Y quién podrá daros una idea perfecta de ella? Lo lograría yo ahora, aunque tuviera las voces y expresiones de un Angel! Lo único que os puedo decir con el Apóstol es, que el cuerpo de Jesucristo resucitado es el egemplar que ha suplido, vosotros amados hermanos mios, fijad los ojos en el cuerpo de Jesucristo resucitado, y colegid por ahí, (por qué este es el egemplar, dice el Apóstol) que ha de servir de modelo en la resurreccion de los nuestros, *reformabit corpus humilitatis nostræ configuratum corpori claritatis suæ.*

Deslumbran vuestros ojos los resplandores de ese hermoso astro del dia? Ah! esa es la luz menguada que se concede á unos desterrados en este valle de miserias. Su claridad se ofuscaría, si apareciese el ardiente resplandor de aquella lucerna hermosa, con-

que se alumbran los bien aventurados en la Patria. *Lucerna est agnus.* La luz sola que refleja del cuerpo de Jesucristo en los Santos, como en lunas perfectas, excede incomparablemente al mas hermoso y claro de nuestros dias.

En este estado feliz apartad ya no solo todas las ideas de deformidad y flaquezas que gravó el pecado en nuestros cuerpos, degradando esta hermosa imaginacion del Criador, sino tambien toda la grosería, dureza, pesadez y demas calidades consiguientes á la materia de que fue formado. ¿Qué vista terrena podrá ya seguir la velocidad de sus pasos? La carrera del rayo es perezosa en su comparacion. Solo el pensamiento, que recorre sin tardanza y fatiga las distancias de los objetos en que piensa, puede serle semejante en la agilidad. ¿Qué prisiones serán ya capaces de encerrarlo, ni sujetar la fuerza de su accion? ¿Qué lugar hay cerrado para él, ni tan escondido que no esté sujeto á sus exámenes? La materia mas sólida, y mas fuerte, la mas obscura

y opaca no pueden retardar un punto lo penetrante de sus miradas, y lo fuerte de sus caminos. Por el corazon de las piedras se pasea, como por un ambiente libre, en virtud de su sutileza.

Ya no hay actividad criada, que le pueda causar el menor sentimiento ó dolor. Si batallase con todos los elementos, él lograría antes destruirlos todos, que lograsen ellos alterar el mas pequeño de sus miembros, ni cortar un pelo de su cabeza. Las espadas, las ruedas, los cuchillos, las llamas, los venenos perdieron ya sus puntas y sus filos, para él nada es capaz de herirle ni ofenderle la impasibilidad de que goza. El espíritu á que está unida con lazo indisoluble es el único Dios de sus acciones y movientos, él le dilata, ó le contrae á su gusto, él se deja ver, ó se niega á la vista segun quiere, él viene, y va donde le agrada, y si permite alguna vez que se le observen algunos accidentes de materia, es en cuanto conduce á sus intentos y deseos.

¿Pensais, acaso hermanos mios, que os di-

vierto con ilusiones hermosas y agradables? pues observad á Jesucristo resucitado. Aquí se escapa á los ansiosos deseos de Magdalena, allí se deja sondear las llagas de un discípulo incrédulo: en el camino de Emaus no desdeña tratar, y confortar dos vacilantes: luego desaparece de sus ojos como un relámpago, ya se presenta á todos juntos en el Cenáculo, sin abrir las puertas, y ya para convencerlos de la realidad de su cuerpo, que creían fantasma, come, y bebe con ellos: hoi se proporciona á la flaqueza de sus miradas, y dentro de cuarenta dias levantándose sobre un trono de luz, los deslumbrará con un rayo de su gloria.

¡Ó estado perfecto, Resurreccion gloriosa, renovacion magnífica! ¡Cuantos de vosotros, hermanos mios, no desean ahora tener parte en unas prerogativas tan admirables! Á todos se nos franquean; pero las lograrémos todos en efecto? Terrible sentencia la del Apóstol. *Omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur*, todos resucitarémos; pero no todos en aquel estado de inmortalidad

gloriosa, que nos haga conformes al cuerpo de Jesucristo resucitado. Sentencia que nos trae precisamente á la memoria la espantosa idea que yo quisiera separar enteramente de las glorias de este dia, de la resurreccion que ha de llegar tambien á aquellos horribles y asquerosos cuerpos de los malos destinados al estanque de las llamas, y que llena de susto y sobresalto á la Iglesia santa. Esta tierna Madre para precaver á sus hijos de una suerte tan infeliz, á que los sujeta la esclavitud del pecado mas tiránica y miserable que la de Egipto, despues de haberlos preparado cuarenta dias con ayunos, mortificaciones, y penitencias, los exhorta, á sacudir sus cadenas, y celebrar la Pascua misteriosa, ó paso de la muerte del pecado, á la vida de la gracia por medio del Sacramento de la reconciliacion, y la participacion de aquel Cordero Sacramentado que es la Resurreccion y la vida, y cuya gloriosa Resurreccion, asi como es el principio y modelo de nuestra resurreccion corporal, lo es tambien de nuestra resurreccion

espiritual como dice el Apótol, *Christus surrexit propter justificationem nostram*, que es lo segundo que propuse.

La justificacion del pecador, que es la Pascua mas alegre para los Angeles, es una verdadera resurreccion ó paso de muerte á vida, porque segun la Doctrina de la Iglesia asi como el cuerpo vive por el alma, y muere por su separacion; asi el alma vive por la gracia, y muere cuando la pierde por el pecado. El alma en este estado miserable es un verdadero Cadaver espiritual, sus ojos estan cerrados á la luz de la verdad, sus pies y manos ligados sin fuerzas, sin accion, sin movimiento su corazon elado, esteril sin fecundidad, sin mérito, sin virtud, sin resorte alguno de vida sobrenatural, toda asquerosa, y hedionda exala el mal olor de su corrupcion, pegada á la tierra por sus viciosas inclinaciones, metida en un sepulcro de horror, y obscuridad, cubierto con la losa enorme de su pasion dominante, que cierra toda comunicacion á los rocíos saludables del Cielo, marcada con el se-

llo del Príncipe de las tinieblas, que la sujeta, y custodia con una guardia infernal.

O luz penetrante de la gracia! O calor de la caridad! O actividad de la fé! O fragancia de la virtud! O hermosura, vigor, y fortaleza de la vida espiritual cuan lejos habeis huido de este miserable cadaver! ¿Quién podrá vencer estas distancias, y obrar tan prodigiosa resurreccion? Jesucristo, dice el Apóstol, ha resucitado para eso. *Surrexit propter justificacionem nostram.* ¿Podreis dudar pecadores, que habiendo triunfado de la muerte, y del pecado, habiendo roto sus cadenas, y quebrantado sus postigos de bronce, las haya dejado enteras, y cerrados para vosotros por cuya libertad ha sostenido esta guerra? Todas las circunstancias que ha querido juntar en su sepulcro y en su gloriosa Resurreccion, que son otros tantos misterios de vuestra resurreccion espiritual, convencen, que ha resucitado para nuestra justificacion. *Surrexit propter justificationem nostram.* Observadlas bien, pues os deben servir de modelo.

Asi como el cadaver de Jesucristo en el sepulcro habia conservado siempre con su union á la Divinidad el principio, y raiz de su Resurreccion glosiosa, asi el alma del pecador, aunque muerta por el pecado, conserva todavia con la fe que él no destruye, un principio de vida sobrenatural, como la llama el Apostol, la cual encendida con el soplo fuerte, y suave de la gracia, hará llegar á aquella alma una claridad, que disipando las fatales tinieblas de su entendimiento, le haga conocer el estado miserable de su sepulcro: ¿Y quién podrá conocerlo, sin sentirlo? sentirlo sin detestarlo? detestarlo, sin poner por obra todas las diligencias que dictará la misma luz de la fe para libertarse de él por medio de una verdadera penitencia?

Entonces es cuando todas las cosas van entrando en órden segun el original. La tierra de nuestro corazon se extremece, dice S. Agustin, á la fuerza del dolor, como anunciando la resurrecion cercana, una luz grande sucede á las tinieblas, el sello de iniquidad

con que el Mundo autorizaba nuestra infeliz prision con sus máximas y sus egemplos, pierde toda su fuerza, y su respeto, el peso enorme de aquella pasion dominante, que como una losa grande os impedia la libertad, y os parecía imposible de levantar, por vuestras propias fuerzas, como allá á las piadosas mugeres que decian *Quis revolvet nobis lapidem ab ostio monumenti?* la encontraréis levantada sin trabajo por una mano celestial, y quitada ella, vereis aterrados y sin fuerza toda la infernal guardia de enemigos que os custodiaba, toda la tropa de apetitos y pasiones desordenadas, que os rodeaba, como dice el Apóstol, *omne circundans nos peccatum*: y saliendo de esta esclavitud, os hallaréis en una libertad amable, para empezar á gozar con Jesucristo resucitado una vida semejante á la suya, una vida nueva, una vida manifiesta, una vida constante, de que él mismo nos ha dado egemplo en su gloriosa Resurreccion. *Ut quemadmodum Christus resurrexit, ita et nos in novitate vitæ ambulemus.* Seguid estas reflexiones.

Dige vida nueva: porque habiendo renunciado el pecador sinceramente del pecado, y convertídose á Dios de todo corazon, no debe ya vivir sino en Dios, y para Dios con Jesucristo resucitado. Todo debe ser una criatura nueva, nuevos pensamientos, nuevas inclinaciones, nuevos deseos, nuevas obras, nuevas costumbres, de modo que pueda decir con el Apóstol, *vetera transierunt, ecce nova facio omnia.* Lo antiguo pasó, ya es nuevo cuanto hago. Todo debe mudar en este hombre de semblante hasta hacerlo desconocido. La intemperancia, la impureza, el lujo, la ociosidad, los juramentos, la mala fe, las injusticias, la avaricia, el olvido de Dios, los odios, las venganzas, todas las pasiones del hombre viejo deben desaparecer, para dejar reinar en su lugar la piedad, la justicia, la caridad y todos los sentimientos del hombre nuevo, de que se ha revestido en su resurrecion. *Vetera transierunt, ecce nova facio omnia.*

Ni basta solo renunciar al pecado es menester cortar hasta la raiz y sacar las anti-

guas semillas y reliquias de él: *expurgate vetus fermentum* dice el Apóstol. Esta levadura que la ley prohibia con tanto rigor á los Israelitas en la celebridad de la Pascua, figura de nuestra resurreccion espiritual, facilmente pudiera corromper toda la masa de nuestras acciones, si conservara nuestro corazon alguna parte de ella. Entendiendo por esta levadura todos los lazos, ocasiones, y peligros de pecar. Aquellas medidas imaginarias que se toman para dimidiar ciertos comercios, conservando lo que parece autorizar la urbanidad y buena crianza, sin llegar á lo criminal: ciertas licencias en lo permitido, que son resvaladero á lo prohibido, son unos recursos, con que toman asilo en la letra de la ley nuestra embidia, nuestra pereza, nuestra codicia, nuestro amor propio, conservando siempre una raiz contraria á su espíritu. Todas estas pasiones deben destruirse de tal manera, que queden como muertas, sin influjo alguno en la conducta de nuestra vida en aquel estado que las tenia el Apóstol cuando decia. Yo vivo, pe-

ro no soy el que vivo, porque no es el hombre antiguo, no es mi primera naturaleza la que obra, sino el nuevo hombre Jesus tiene en mí su lugar, él es el que dirige y gobierna todos mis movimientos y estos no son otra cosa, que una rendida obediencia á sus órdenes. *Vivo ego jam non ego... in novitate vitæ ambulemus.*

Tal es la vida nueva; pero debeis tambien hacerla pública, de manera que convenza á todos de vuestra mutacion, porque Jesucristo resucitado no esconde su vida nueva de los hombres; antes por el contrario se manifiesta á ellos todo el tiempo de cuarenta dias, sometiéndose repetidas veces á todas las pruebas que desean, para convencerlos de la verdad de su resurreccion, *palpate, et videte.* Asi tambien vosotros debeis dar al Mundo un público testimonio de la vuestra. ¿Y qué pensais hermanos mios que él tendrá para vosotros, una credulidad que no tuvieron para Jesucristo sus Discípulos mismos. Ah! lo que fue en Tomás una culpable obstinacion *nisi videro non credam*, no

lo creeré si no lo viere, será la regla única por donde el Mundo se persuada de nuestra resurrecion: él ha sido testigo de vuestra muerte escandalosa, y discurrirá del mismo modo: si no viese en las manos de ese pecador, heridas antes de la prodigalidad ó de la codicia, las señales de su caridad y misericordia con los pobres; si no observase sus pies acostumbrados antes á correr por los caminos anchos de la iniquidad, caminar ahora firmes por las estrechas sendas de la Justicia, si no sondease su corazon y encontrase en él un depósito de humildes y castos deseos en lugar de la ambicion, y liviandad de que estaba herido, jamás tendré por verdadera su resurrecion *nisi videro non credam.*

Pero ved aquí un desengaño, que no debeis reusar al Mundo, para reparar en él el escándalo de vuestros antiguos desórdenes. El os seguirá, y observará por todas partes, él os buscará en los lugares de vuestros antiguos sepulcros, poned al Angel del Señor en estado de satisfacerle con aquella gloriosa respuesta que dió á las Mugeres sobre el

Sepulcro del Salvador. *Surrexit, non est hic.* Esta es la casa de juego, de intemperancia y disolucion en que estaba sepultado aquel antiguo pecador; pero ya no lo encontraréis mas en ella porque ha resucitado. *Surrexit.* Esa persona era el Idolo infame que tenía su corazon esclavo y sujeto á la mas fea, y brutal pasion, ahí estuvo sepultado, pero ya no la ve, ni la oye, se separó del todo. *Surrexit.* Esa concurrencia de libertinos, cuyas bocas son en expresion del Profeta sepulcros abiertos á la fama, y honor del prógimo que destruyen con sus mordaces lenguas, cebándose como animales inmundos en revolver todas las heces y basuras mas asquerosas del Pueblo, esa concurrencia, digo, era tambien el Sepulcro de aquel pecador, pero ya no le hallaréis en esa pestilencial compañía. *Surrexit.* ¿Buscais á aquel antiguo avaro y codicioso por los rincones en que escondia sus vergonzosas riquezas frutos de sus injusticias? es verdad que ese fatal, y aliciente metal habia ligado su corazon comunicándole su peso, y su dureza, y aba-

tiéndolo hasta las entrañas mismas de la tierra donde se cria, ese era su vergonzoso sepulcro, pero ved ahí ya esos despojos, señales ciertas de su resurreccion, esas restituciones, esas liberalidades, y limosnas os deben convencer de que resucitó. *Surrexit, non est hic.*

Pero no solamente la reparacion de los escándalos ocasionados á vuestros hermanos, sino tambien los intereses de Dios, ofendido publicamente pide que le volvais la gloria que le habeis quitado. Porque habiendo ultrajado mil veces á los ojos de los hombres al Dios de la Magestad, ¿os avergonzaréis ahora de parecer humillados, y subordinados á sus órdenes.? Le habeis irritado en público, no basta que le apacigüeis en secreto y á escondidas. Es menester que os declareis abiertamente por Dios, de modo que vuestra resurreccion sea manifiesta.

Ultimamente debe ser estable, y permanente; porque la duracion es la calidad que decide del mérito, y estimacion que merece cualquiera estado. Una vida de pocos momentos es en sí misma despreciable, ved aquí

en lo que la Resurreccion de Jesucristo os dá el último egemplo. *Christus resurgens ex mortuis jam non moritur, Mors illi ultra non dominabitur.* Jesucristo, dice el Apóstol, habiendo salido del Sepulcro, no ha vuelto jamas á él habiendo pasado de una vida mortal á una inmortal, la muerte no tiene dominio alguno sobre él ¿y de aquí que concluye el Apóstol? *Ita et vos excistimate mortui esse peccato.* Persuadios que habeis muerto para siempre al pecado. Pues morir al pecado, no es por un simple desmayo, ó desfallecimiento pasagero, que con todas las apariencias de muerte, no es muerte en realidad, áun ligero ambiente que se mude, los espíritus que se habian retirado al corazon, presto vuelven á circular y aparece la vida que estaba escondida en él.

Esto es lo que puntualmente pasa á muchos pecadores en este santo tiempo, en que el precepto de la confesion anual los obliga á comparecer ante el sagrado Tribunal, se presentan hiriendo sus pechos, la confusion en el rostro, la confesion en la

boca, la humildad, y abatimiento en su compostura, y todas las demas apariencias de penitentes verdaderos; el Confesor mismo que los absuelve cree lleno de consuelo, que son unos hombres verdaderamente muertos al pecado; pero que poco tarda el desengaño! La Pascua por lo regular es término de su desmayo. La Pascua, si, este santo tiempo de alegría, y renovacion espiritual, de gozos puros sobrenaturales para los verdaderos cristianos es el tiempo de relajacion, y amplitud para los malos; en que olvidándose ya de sus resoluciones, y propósitos, vuelven á soltar la rienda á sus pasiones mal apagadas, se empeñan de nuevo en sus diversiones peligrosas, en sus comercios arriesgados, se entregan al regalo, á la ociosidad, á la blandura por donde presto vienen á perder la vida espiritual. Estos salen como Lázaro del Sepulcro para volver á él, no como Jesucristo para gozar de una vida inmortal. Mirad les dice S. Bernardo que la Pascua, es tránsito, no vuelta. *Pascha transitus est, non reditus.* Asi hermanos

mios, si habeis celebrado vuestra Pascua, si os hallais libres de la dura esclavitud del pecado, cuyo yugo no podiais ya sufrir, y os ha hecho gemir tantas veces, gozad de la amable libertad en que os ha puesto la gracia, y no querrais sujetaros de nuevo á unas cadenas tan pesadas. *State, et nolite veteris jugo servitutis contineri?* Si habeis resucitado con Jesucristo, cuanto hay en la tierra es indigno de vosotros. Buscad ya solo los bienes verdaderos, los bienes estables, los gozos puros, la hartura imponderable, que os estan preparados en el Cielo. *Quæ sursum sunt quærite*, para que viviendo ahora en espíritu segun Jesucristo resucitado, logreis participar algun dia en cuerpo y alma su gloriosa Resurreccion y entrar en aquella vida inmortal que goza con el Padre y el espíritu Santo por los siglos de los siglos Amen.

[illegible] vuestra Fuerza,
[illegible] de dicha esclavitud
[illegible] ya salia
de [illegible] tantas veces, gozad de la
libertad en que os ha puesto la
[illegible]
[illegible]
[illegible] cuando hoy [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] por algun dia en cuerpo y alma [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] dicha.

Cum esset desponsata mater Jesu María Joseph.

Estando casada con José, María madre de Jesus. Mat. 1º

Estas palabras solas con que el Evangelio nos declara el íntimo y sagrado enlace de José con las dos adorables personas de Jesus y María, presentan desde luego una idea tan alta de su grandeza, que antes de emprender yo su elogio, me parece preciso prevenir y fortificar vuestra fe, no sea que deslumbrados con el resplandor de sus títulos, os dejeis precipitar en algun error, confundiendo su dignidad con la de su esposa, verdadera madre de Dios.

No hermanos: José aunque legítimo esposo de María, no es Padre verdadero y natural de Jesus, como dijeron algunos espíri-

tus obstinados contra el Oráculo de la verdad, que habia terminantemente pronunciado la Concepcion y el parto de esta Vírgen: *eccè Virgo concipiet et pariet.* El Espíritu Santo por un modo maravilloso fué el autor único de la Concepcion de Jesus, sin que José tuviese en ella parte alguna; pero como esta obra de los siglos se consumó en las entrañas de María, que pertenecía á José como esposo suyo, José por consiguiente adquirió un derecho legítimo á Jesus como á cosa nacida en fondo propio, ó como el fruto pertenece á el dueño del árbol que le produce; y Dios, de quien dimana toda paternidad, como dice S. Pablo, ratificó á José estos derechos, dándole todas las propiedades, gages, y accidentes de padre de Jesus, con cuyo nombre fué conocido, no solo del mundo que ignoraba el misterio, sino de su Esposa, y de Dios mismo, como tantas veces consta en la Escritura: este es el sentido católico en que quiero me entendais siempre que yo le dé este nombre.

Pero aunque esta diferencia entre el Pa-

dre y la Madre de Jesus nos haga conocer la sola, la única, la incomparable dignidad de la que es verdaderamente Madre de Dios, respecto de cualquiera otra pura criatura, sin embargo ¿qué juicio deberemos formar nosotros de aquel siervo fiel que la sabiduría de Dios escogió para esposo de María, y para llevar dignamente sobre la tierra aquel título de Padre de Jesus, con que Dios se honra en la eternidad, constituyéndolo así Señor y cabeza de aquella familia, la mas augusta y considerable de cuantas tuvo y tendrá jamas el mundo? *¿Quis putas est fidelis servus et prudens quem constituit Dominus super familiam suam?*

Solo quien lo eligió lo conoció: y asi lo crió cual convenía á los designios, que se propuso sobre esta admirable y dichosísima criatura, por cuyo medio habia de recibir el Verbo mucha parte de nuestras humillaciones y miserias, sobre las que habia recibido ya de su Madre con la humanidad: porque si María le dió á luz al Verbo vestido de carne, José con su condicion pobre y humil-

de, lo obscureció y confundió todavía mas, y así ocultó el misterio de su nacimiento eterno, todo el tiempo que convenia segun los Divinos decretos en que Jesus fué tenido en desprecio como hijo de un hombre miserable, y comun que ganaba su vida en un taller.

Y ved aquí Señores los rasgos diferentes, y al parecer opuestos, que forman el caracter propio de nuestro Santo. Por una parte una dignidad encumbradísima, unos títulos, y prerogativas verdaderamente inefables, con una santidad eminente que hace como el espíritu y substancia de aquellos títulos efectivamente animados y llenos. Por otra parte un abatimiento y obscuridad profundísima, para decirlo así de condicion y de profesion, sostenida de un aspecto de vida, nada brillante, nada singular, todo ordinario, todo sencillo, todo comun. Digámolo en dos palabras: rasgos de luz: rasgos de sombras, claro y obscuro que forman el mejor retrato de José: rasgos de luz, que le hacen el objeto mas digno de nuestra admiracion: rasgos de som-

bras, que le hacen el objeto mas digno de nuestra imitacion. ¿Si yo lograse proponeros hoy á José bajo estos aspectos, quedará algo que desear á vuestra piedad y devocion? No será esto juntar todos los intereses del dia, su gloria y nuestra utilidad? Roguemos pues á el Padre de las luces me asista con su gracia por la intercesion de la Santísima Vírgen María.

AVE MARIA.

§. 1.ª P. §.

Sr. Ilmo: si he de hablar como debo de José, he de incluir precisamente á Jesus y María. Esta Trinidad de la tierra tiene un enlace tan íntimo, una familiaridad tan contínua, unos intereses tan comunes, tan unos, que la hace del todo inseparable. Los Evangelistas guardan en esto un religioso acuerdo: jamas nombran á José sin recordar sus

calidades de Esposo de María y Padre de Jesus. Acabamos de oir un egemplar de S. Mateo. *Cum esset desponsata Mater Jesu Maria Joseph.* Sigamos sus pasos. Estas dos admirables prerogativas nos van á descubrir todos los brillos de la exaltacion de José. Insistamos en ellas.

Las elecciones de Dios llevan consigo la equidad y justicia: porque una Sabiduría infinita, y una voluntad Omnipotente, dice Sto. Tomas, si no encuentran el medio proporcionado ya para el fin, le proporcionan por la misma eleccion, y asi, decir que José fué escogido de Dios para Esposo de María, es decir, fue criado con calidades que le hicieron digno de tal Esposa. Ved aqui por donde empieza la carrera de elevacion de Jesus: en este solo y primer paso de gigante, ya se aventaja á cuantos varones eminentes habian hasta entonces producido los siglos. Yo me lo imagino desde este punto á la frente de todos los Héroes de la antigua Alianza, Patriarcas, Jueces, Reyes, Profetas, Capitanes, cuantos componen la gloriosa ge-

nealogía de Jesucristo representada segun el pensamiento de S. Ambrosio, en la misteriosa escala de Jacob, con otros tantos escalones, que la remontan hasta el Cielo, concurriendo cada cual con su altura á la suprema elevacion de aquel en que se coloca José con su Esposa, de donde ya no se puede pasar sin llegar á Dios. *Jacob genuit Joseph virum Mariæ de qua natus est Jesus.*

Aqui vienen á parar, y reunirse cuanta virtud, nobleza, soberanía, poder, y perfeccion habian corrido dispersas hasta entonces por los hermosos y robustos miembros de este árbol, de que Jesus habia de ser el mejor fruto, no por otra razon, sino porque llegasen á José mas puras, acrisoladas y perfectas. En él se vieron excedidas la fe de Abrahan, la obediencia de Isaac, la fortaleza de Jacob, la castidad de José, la mansedumbre de David, la prudencia de Salomon, la piedad de Josias, el celo de Josafat, la rectitud.... pero qué me dilato. ¿Intento acaso sujetar á números, medidas, ó comparacion, la virtud, y perfecciones que forman un Esposo

digno de María? Si puede compararse será solo á su Esposa.

Adan no está bien, aunque dueño de cuantas criaturas acaban de salir de nuestras manos, todas maravillosas y perfectas, todas dignas de nuestra aprobacion Divina; porque no halla compañera que le sea semejante entre todas. Esto dijo Dios á el establecer el primer matrimonio del mundo: ¿al celebrar el matrimonio de su misma Madre, de la primogenita de todas las criaturas, pensaria de otra manera? No. Demos, diría el Señor, demos á María un compañero semejante: formemos á José A. m. ¿Podré yo contener ahora la reflexion mas natural? Queria traer á la memoria cuantas ideas magnificas, cuantas figuras admirables, cuantos pasmosos elogios ha trazado el Divino espíritu por las bocas de los Profetas, los Apóstoles, los PP., los DD., la Iglesia toda, de la incomparable y dichosísima Madre de Dios y por ellas me lisongeaba daros á conocer la grandeza sin igual de José: porque no podia Dios menos de haber imitado, al for-

marle, aquellas soberanas ideas, para dar asi á la mas pura, la mas humilde, la mas casta, la mas ilustre, la mas fiel, la mas dotada de todas las Esposas, el mas puro, Santo, humilde y digno de todos los Esposos. *Faciamus ei adjutorium simile sibi.*

¿Qué nos espantarémos ahora de que muy graves DD. para allegar mas y mas la semejanza de estos Esposos, en cuanto no es contrario á la fe, digan que José fué santificado en el claustro materno, que fue confirmado en gracia, que fue no solo exento de pecado, sino tambien de concupiscencia ¿porqué si la prudencia humana cuando ella fuese interesada en un matrimonio perfecto, no descuidaría calidad alguna posible de igualdad; la sabiduría infinita estaria menos atenta ó liberal al formar el matrimonio de sus mismos Padres? Concluyamos pues que la eleccion sola de José para tal Esposa, le hizo la persona mas semejante á María. *Faciamus &c.*

Pero cuando José no hubiese entrado al matrimonio prevenido de tantas bendi-

ciones y favores del Cielo, cuando no las hubiera logrado por sí mismo, ni se hubiera verificado en él aquella sentencia del Eclesiástico: *Mulier bona dabitur viro pro factis suis*: á lo menos despues que por este sagrado enlace, vino á ser la Persona que la soberana Reina del Cielo debió amar y honrar sobre todas las criaturas, ¿no pondría ella sobre la cabeza de José la mas brillante corona? segun la otra sentencia, de los proverbios. *Mulier diligens Corona erit viro suo.* A la verdad SS. si María segun el caracter de Madre de Dios y dispensadora de los tesoros de la Omnipotencia ha engrandecido asi á todos los Santos por sola la calidad de Siervos con tantas maneras de celestiales dones, que forman aquella armonía de luces semejantes, segun el Apóstol, á las estrellas mas y menos brillantes del firmamento ¿No era muy conforme, justo y aun debido por el honor mismo de María, que para aquel solo que ella debia mirar como Esposa suya, su Señor y cabeza, desplegase todo el poder de sus larguezas y favores haciéndole brillar en-

tre los escogidos como el sol entre los demas astros.[2]

Pues añadid SS. que José durante el matrimonio, no hizo mas que obligar á María á que tuviese con él esta conducta. Jamas se vió en el mundo Esposa mas querida, mas respetada, mas asistida y servida de su Esposo. José no hacia, ni pensaba cosa, que no fuese á la contemplacion de María, en quien se miraba como un dechado de perfeccion arreglado en el Santuario. Qué celo y vigilancia, no empleó en su servicio, que candor y ternura en su trato, que prontitud y esmero en su asistencia? Pero si estos oficios generales de buen Esposo os parecen poco, José añadió otros tan particulares, que María no pudo menos de quedarle muy obligada á proporcion que le fueron infinitamente mas considerables y ventajosos.

Entregada á José con el dominio de Esposo, ella le debió la gloria de la Virginidad. Porque siendo él tambien amantísimo de esta virtud, ofreció voluntariamente al Señor un sacrificio irrevocable del derecho

que el matrimonio le daba de que jamas usó; y asi lejos de ofender la integridad de su Esposa, fue un protector y testigo de su Virginidad, y un escudo fortisimo, como dice S. Agustin contra los insultos que ella pudiera tener en el mundo. *Desponsata est viro non violenter ablaturo, sed potius contra violentos custodire quod illa jam voverat.* Por esto aquella modestísima Vírgen, que se habia conturbado á el aspecto solo de el Angel en figura humana, trata sin recelo y con la mayor confianza á José, en quien mira un hombre transformado en Angel por su pureza.

Digo mas, ella le debió tambien su honor, su reputacion y su vida. Porque cuando ignorando todavia José el Sacramento encerrado en su Esposa, el testimonio claro de sus ojos casi le forzaba á dudar de su fidelidad, asaltado asi de la mas violenta de las pasiones, cuyos golpes, duros como el infierno son capaces de amargar y trastornar el corazon mas recto y mas piadoso; entonces, que Dios mismo parecia poner en sus manos las piedras y la infamia, que habrian

de cubrir á su Esposa segun la ley, con sola su declaracion ante los Jueces de Israel. Entonces ah! José, lejos de tomar un partido tan injurioso á María, en cuya presencia no percibía otra cosa que fragancias de inocencia y castidad purísima, en el exceso de su afliccion y angustia, como si él fuera el único culpable en haber visto y sospechado, parece que convierte contra sí, y contra sus ojos toda la pena, privándose y privándolos, con un retiro de su Esposa, del mas dulce consuelo de su vida. *Voluit occulte dimittere eam.* Qué raro modo de obligar!

¿Qué mas dice? ella le debió tambien en cierto modo la gloria de la divina Magestad. No por los caminos ordinarios; no, lejos de nosotros toda idea torpe y grosera de carne y sangre, lejos de los fieles el blasfemo error de Cerinto; sino porque ni el Espíritu Santo hubiera obrado este misterio, sino á la sombra de José, como nube que debia ocultar este Tabernáculo, para que el Señor le ocupase de un modo conveniente al honor de la Madre á la buena nota del Hijo, y al

secreto de este Sacramento que quiso ocultar no solo á los hombres, sino tambien á la sagacidad del Demonio; que por un modo contrario á el de Abimelec quedó miserablemente engañado en esta ocasion. Pues si aquel Rey de Gerara tuvo por demostracion de hermanos los que eran efectivamente de Esposos entre Abraham y Sara, el Príncipe de las Tinieblas, supuso aqui haber obras de Esposos donde no hubo otras que de hermanos, y asi tuvo á Jesus por hijo de una Esposa sin conocer á el Hijo de la Vírgen. *Dum eum putat non de Virgine sed de uxore generatum*, que dice S. Ignacio; para estos fines que Dios se propuso, Fue indispensable José á quien llama S. Bernardo Coadjutor fidelísimo de Dios en este gran misterio, que segun el órden de Decretos no se hubiera verificado sin su ministerio, ni María por consiguiente hubiera sido Madre de Dios.

Pero si María sin José no hubiera logrado esta inefable dignidad; mucho menos hubiera logrado José, sino por María, la dignidad asombrosa de Padre de Jesus á que

nunca podia él aspirar por sí mismo. Y ved aqui la exacta correspondencia de María y el principio de nuevos y mayores brillos de José: ella como principio único de la fecundidad en este Matrimonio, en que todas las cosas sucedieron muy al contrario de lo comun, fue la que dando á su Marido un Hijo, le dió tambien con el título, elevacion y grandeza de Padre de Jesus.

Título hermanos mios, que hace crecer las luces y brillar la elevacion de José sobre la altura de los Angeles, y Serafines mas encumbrados. Porque si Jesucristo demuestra su superioridad á estos Celestiales espíritus por el nombre de Hijo, con que el Padre le llama en la Escritura, *cui unquam Angelorum dixit, filius meus es tu, ego hodie genui te.* Igualmente puede blasonar José, dice S. Basilio, sobre el nombre de Padre de Jesus con que la Señora tan frecuentemente lo honra, de que los Angeles no pueden señalar un egemplo. No hay, Señores, ni en el Cielo, ni sobre la tierra, quien pueda gloriarse de este augusto nombre con José, sino aquel So-

berano primordial origen de la Divinidad que habia engendrado antes de los Siglos en el esplendor de los Santos á este mismo Hijo de José. Desfallece mi espíritu, y se acobarda mi pobre capacidad en unos privilegios tan asombrosos, propios mas bien para la admiracion y el silencio que para la rudeza y frialdad de mis expresiones.

Parecen paradojas de piedad las consecuencias legítimas que se siguen necesariamente de la elevacion de José, á esta Dignidad. ¡Qué un hombre humilde se eleve no solo á una relacion tan inmediata, y tan honrosa respeto á Dios, como la de Padre, sino que por ella Dios mismo se le subordinó, respetó y obedeció como á su superior legitimo! Qué asi se diga en la escritura sagrada *erat subditus illis*, no por hipérbole ó exageracion excesiva, como se decia allá de Josué, sino en un sentido propio, literal, rigoroso, ni de una obediencia arbitraria, ó gratuita, sino necesaria, y de una estrecha obligacion en Jesucristo, una vez que no vino á destruir, sino á cumplir la ley hasta en sus ápices! ¡Pasmosa

elevacion! Que nos refiera ahora el antiguo José su soñada grandeza al verse reverenciado de los mayores ástros del Cielo. Todos conocerémos que ni aquel sueño, ni su aparente realidad en Egipto, fueron otra cosa que sombras, y figura sin cabal cumplimiento hasta ver á el verdadero sol de Justicia, Cristo, y la Luna perfecta, María, respetar obedecer y humillarse delante de nuestro José.

Parece tambien paradoja que aquel que es la sabiduría increada del Padre que bajó á ser guia, camino, y luz que ilumina á todo hombre estuviese dependiente y sujeto á la direccion de José, recibiendo sus instrucciones desde sus tiernos años en que aprehendía á hablar (siendo la eterna palabra) hasta su edad provecta en que aplicaba sus conatos á imitar las virtudes de José, en cuya escuela dice la escritura, crecia Jesus en gracia y sabiduría, esto es, la manifestaba mas y mas á proporcion que se adelantaba en edad. *Jesus proficiebat sapientia et ætate.* ¡Qué asombro! Ya sabeis hermanos mios que los demas Santos han sido tanto mas eleva-

dos, cuanto han seguido con mas exactitud la Doctrina de Jesucristo, regla universal y consumada en perfeccion: pero José ha sido el modelo que Jesucristo mismo no ha desdeñado proponerse como buen Hijo todos los años de su vida oculta, guardando con él una perfecta conformidad de conducta por aquella mucha inteligencia, en que José recibia de Jesus las interiores, y Jesus de José las exteriores reglas de la vida, á la manera, y mas cumplidamente que nos dice la sagrada Escritura de Simeon. *Senex portabat, puerum; puer autem senem regebat.*

Ultimamente parece tambien paradoja; Que el autor de cuanto tiene ser, por quien todas las cosas viven y se mueven, recibiese su propia conservacion y subsistencia, de el miserable afan de un Artesano, que para no morir de necesidad se veia obligado á sostener todo el dia una laboriosa tarea. De manera que puede decirse con verdad que aquella vida preciosísima de Jesus comenzó dulcemente en la sangre de María, se conservó, aumentó, y perfeccionó con sudores

amargos de José. No sé, exclama S. Bernardo qué cosa admirar mas en estos puntos: Si la humillacion de Jesus ó la elevacion de José.

Sería interminable en semejantes reflexiones si quisiese recorrer los privilegios, y excelencias que se siguen como naturalmente de los oficios peculiares al Padre de un hombre Dios, que por consiguiente es Maestro, Ayo, Nutricio, Defensor, Custodio, Cabeza y Dueño suyo. Títulos todos de amor, zelo, ternura y frecuencia con Jesucristo, y que dejan comprehender bastante el fondo de virtud, y santidad que deben suponer en quien los llene dignamente. Penetremos hermanos mios, hasta este santuario de José, corramos un tanto el sagrado velo, y con una piadosa osadía, registremos en cuanto alcancen nuestras fuerzas los brillos de sus virtudes, y santidad.

Si tratas con el Santo nos dice David, serás Santo como él. Que podremos conjeturar de quien por tantos lazos, y maneras estuvo unido tan estrechamente á el Santo de los

Santos fuente y manantial de Santidad. Simeon fué lleno de espíritu de Dios, una vez que tuvo en brazos á Jesus. Una reclinacion en su pecho hizo á Juan el amado, la emulacion Santa de los Apóstoles. Una palabra suya levantó á Pablo á el tercer Cielo. Una mirada sola consolida á Pedro débil, en piedra firmísima: el Bautista es santificado en su inmediacion aun sin verlo, ni oirlo. ¿Luces pasageras, exalaciones momentaneas, y fugitivas, que teneis vosotras de comun con el gran luminar que mide con sus rayos los dias y los años? Felices fuisteis vosotros á la verdad, y las primícias del cristianísmo: Pero la felicidad de José la admirará y contará la Iglesia de un órden y gerarquía tan superior que yo no encuentro espresiones que la signifiquen como sus mismas voces. *Tu vivens, superis par, frueris Deo, mira sorte beatior.*

Tres años de trato con Jesus transformaron un mundo impío y desatento. ¿Qué harían treinta en José que en un extasis de admiracion, como nos lo pinta S. Lucas, re-

cogía y meditaba en su corazon todas las palabras, acciones, y misterios del Dios humanado? Qué sentiría, qué conocería, qué aprendería, qué afectos concebiría, y explicaría José en una compañía contínua, en una familiaridad tan íntima, en una posesion tan larga y tan completa de Jesus? ¿Qué raudales de gracias y dones celestiales, innundarían su alma entre sus ocupaciones domésticas con el Hijo de Dios? A donde llegaría la claridad de su altísima contemplacion, ilustrado su entendimiento tan de lleno de este Sol purísimo de justicia? Qué misterios, por ocultos y reservados que fuesen á las supremas inteligencias, no le descubriría en aquellas confianzas reservadísimas tan comunes entre Padres é Hijos. ¿Cual sería el incendio de caridad que ardería en su pecho, abrasándose tan estrechamente con aquel sagrado fuego que siempre arde, nunca se consume, y todo lo transforma? Qué fe, qué humildad, qué gratitud, qué obediencia, qué pureza y ternura, qué paciencia y valor, qué piedad y justicia tendría

un alma ási favorecida? Tales, tales, hermanos mios, que merecieron tener por panegirista al mismo Dios, que apropió á José el elogio de justo ó caval en todas por una justicia universal que abraza todo el cumplimiento de la ley, y consejos. *Joseph autem cum esset Justus.* Tal fue y tal debía ser el Esposo de María y Padre de Jesus, admirable en el resplandor de sus títulos, inefable en el brillo de sus virtudes, objeto dignísimo de nuestra devocion, nuestros cultos, pero muy superior á cuanto podemos comprehender. No porfiemos mas en débiles y vanos exfuerzos, lo que no ha podido alcanzar nuestro entendimiento en sus luces, pueden observar sin fatiga en sus sombras nuestros mismos ojos. Quereis ved un rasgo de su obscuridad, seguidme.

§ 2.ª P. §

Yo os le mostraré no ya como sucesor de David, en el magnífico Palacio de Sion,

entre las delicias de una Córte brillante, recibiendo aplausos y aclamacion de sus Pueblos, sino en un rincon de Galilea, confundido con lo mas obscuro, y humilde de la plebe, sin empleo, sin mando, sin autoridad, sin nota alguna que lo distinga del comun, sino el ser entre todos los vecinos de Nazaret aquel á quien el Cielo parece haber tratado con mas descuido, y á quien la fortuna ha dado menos, y ha quitado mas de sus naturales ventajas. Reducido á una pobreza suma, capaz de obscurecer, y desairar un nacimiento mediano, se vé obligado á profesar un ingrato, humilde, y miserable egercicio en el lugar mismo en que veinte y tres de sus Abuelos, ungidos de Dios, habían dado leyes soberanas.

Entrad: no desdeñeis esa humilde choza, cuyo despreciable aspecto, y pequeñez anticipan desde luego la baja idea de quien la ocupa: entrad, si quereis observar la conducta de ese hombre escondido, que no halláréis entre los concurrentes, y bulliciosos, del Pueblo, tras las vanas alegrías, y diversiones

públicas. ¡Cuanto me deleito yo, hermanos mios, en contemplar á José encerrado en un taller estrecho, pobre, y toscamente vestido, la herramienta en la mano, afanado en adelantar, y perfeccionar la tarea, de que espera el pan necesario para sacar del dia á su familia! Hasta aquí llegan todos los términos de la ambicion, y pretension de un hijo de los grandes Reyes de Judá.

Observadlo bien: No vereis en su porte, ni oiréis en sus palabras señal alguna de engreimiento por la gloria de sus ascendientes, ni resentimiento ó queja contra el injusto usurpador de sus derechos. El gozo, y la paz se derráman en su rostro, por haberle dejado la Providencia en su triste jornal el medio de llenar sus sagradas obligaciones. No busqueis aquí, milagros, ni prodigios, ni virtudes siquiera de aquellas ruidosas, y extraordinarias, que no pueden menos que captar los aplausos públicos del Mundo, por mas injusto que sea y enemigo de toda virtud. El cuidado, y provision de su casa, la asistencia y amor á su Esposa, la crian-

za, y educacion de su Hijo, la atencion á las órdenes de Dios, su prontitud, á seguirlas, el retiro, la oracion, el silencio, son sus ocupaciones ordinarias. Nada brilla, nada sobresale en José. Los mismos oficios que continuamente practica con Jesus, y María, actos todos elevadísimos de Religion, frutos preciosos de la gracia y virtud sobrenatural, parecen en él efectos ordinarios, é hijos, solo de la naturaleza. Su calidad, sus obras, sus virtudes, todo tiene un aspecto de comun y menguado, que por ninguna parte merecen fijar la atencion de los hombres.

Pero no paran aquí sus sombras: José es obscuro hasta en las comisiones mas honrosas, y brillantes del Cielo: conjurado Herodes contra la vida de Jesus, José recibe la importante comision de librarle de este tirano. Quién no diría que iba á manifestar á José haciendo en el Mundo un papel glorioso, segun parecía estar escrito por él en los Proverbios. *Custos Domini sui, glorificabitur.* Herodes no menos ambicioso, cruel, y obstinado, que Faraon, no cederia sino á

un brazo invencible, y una mano fuerte, y pesada; y la libertad de Jesus importaba mucho mas que la de Israel. Qué asombrosos milagros, y escarmientos iremos á observar en manos de José que lo hagan mas Ilustre y famoso que el antiguo libertador de aquel Pueblo! ¡Herodes, cüantas plagas van á llover sobre tu cabeza! Pero qué digo, hermanos mios.? A donde me he dejado llevar de la prudencia humana? Si, José librará á Jesus, y Herodes por mas que haga innundar la Judea de sangre inocente, y extremecer con los gemidos tristes de Raquel las calles de Rama, no lograría apagar su sed bárbara en el hijo de José. Él solo está encargado, él solo bastará por toda la naturaleza, y tomará sobre sí la redencion del Redentor del Mundo. Bien pueden el Cielo, y la tierra quedar inmobles, y descansar sobre su vigilancia; pero en una empresa tan heróica, tan alta, nada habrá de glorioso, y brillante que pueda extraer á José de su obscuridad y bajeza, antes parecerá mas confundido, porque el único medio de que se

vale, es el mas bajo, obscuro, humilde, y vergonzoso á los ojos del Mundo. Una cobarde, pronta, y temerosa huida con Jesus. ¡O misterios de confusion, y sombras de José!

¡Que no pueda yo ahora, hermanos mios, haceros seguir los pasos, y observar las fatigas de estos Ilustres fugitivos. O! cuanto tuvierais que admirar y aprender! Pero el tiempo, vuestra paciencia, mi cansancio todo me ataja. Yo tiro solo á concluir.

Las sombras de José crecen siempre mas: en Nazaret era un hombre confundido con el comun. En Egipto es enteramente desconocido. El Dios de Israel está seguro entre los enemigos de este nombre á la sombra de José, que como una niebla espesa le roba de sus ojos. Vuelve con él á Nazaret. Jesus crece. Llega el tiempo de los decretos. La luz del Mundo empieza á iluminar á los hombres; el Salvador se presenta, derrama por todas partes beneficios, las turbas le siguen, y le aclaman, y entre los aplausos del Hijo, no falta quien levante la voz, y glorifique tambien á la Madre, bendiciendo

las entrañas felices, que le engendraron, y los pechos que le dieron su primer alimento: pero nadie, nadie hay que celebre á el Padre ni se acuerde de José.

Me engaño, hermanos mios; si, muchos hay que se acuerden, y hablen de José, mas lejos de ser esto para hacer resaltar en el Padre la gloria de tal Hijo, antes es para deprímir y rebajar esa misma gloria del Hijo con las sombras, y obscuridad de tal Padre. En efecto, Señores, aquellos mismos á quienes los milagros nunca oidos del Salvador, no podian menos de obligar á conocerle por un enviado singular de Dios, superior á todos los Profetas, se creian bastantemente engañados en esta pretendida ilusion con solo volver los ojos á el miserable Artesano, que todos conocían por su Padre de cuya esfera, creian no podría pasar el Hijo. *Nonne......Fabri filius.*

Jesucristo se empeña en descubrir su verdadero Padre, sus admirables obras, y palabras le demuestran hijo de Dios. Israel reconoce su Mesías, los Pueblos le aclaman, bri-

lla su persona, y autoridad, y cuando ya esta gloria, ni podia, ni convenía ocultarse con las sombras de José cesa su ministerio y José muere: pero como? cuando? de qué? donde? con quién? qué se yo? vuestra piedad os responderá. Hasta en esta última, y perentoria ocasicn no encuentro mas que sombras. La Escritura igualmente que la tradicion callan en este punto, habiéndonos dejado tan circunstanciadas relaciones de los últimos alientos, lágrimas, sepulcro, honor y funerales, de tantos otros menos considerables Patriarcas sus ascendientes.

Arcano de la Sabiduría de Dios. Yo venero el abismo de vuestros secretos. El hombre que habeis engrandecido, y sublimado mas sobre la tierra, ha sido precisamente el mas obscuro, y confundido á los ojos de los hombres! Mundo, carne, y sangre siempre fuisteis tan contrarios á Dios en vuestros juicios! Y hay todavia quien anhele vuestros aplausos y se atormente por vuestros honores y grandezas. Hermanos mios, si todos aspiramos á ser grandes por una fuerza na-

tural que nos arrastra á buscar siempre nuestro bien; la conducta de Dios con José nos demuestra la verdadera grandeza; la de José para con Dios nos enseña el verdadero camino de llegar á ella. Si los brillos de su exaltacion, nos deslumbran, y acobardan como innaccesibles, sus sombras, y obscuridad nos alientan como fáciles para todos. No hay calidad, estado, clase ni condicion alguna de persona que no pueda seguir este modelo de santidad sólida, sencilla, facil, obscura, y ordinaria cada cual en sus respectivas obligaciones. Sigamos todos á José.

Sacerdotes del Señor. Nosotros que por una vocacion graciosa fuimos sublimados á el linage Santo y Real de Jesucristo como sus especiales familiares y domésticos, aprendamos de José la pureza, el amor y respeto, con que debemos tratar su Cuerpo Sacro-Santo. Aprendamos á andar en sus caminos, sin perderle jamas de vista, y si por desgracia le perdemos José nos enseña tambien á buscarle con afan y prontitud en el Templo aquí es donde enseña á las Doctores

aquí le hallarémos en los negocios de la gloria del Padre á que nos ha asociado, y que quiere sea nuestra ocupacion, *Volo Pater ut ubi ego sum, ille sit, et minister meus.* Que tenemos con el siglo nosotros que no somos de el Mundo. *Nesciebatis, quod in ea quæ Patris mei sunt, oportet me esse.* Ved aquí la respuesta que debemos dar á cuantos cuidados temporales nos soliciten. Corramos á el Templo. *Non turpis lucri gratia, meminerimus quod Dominus pars hæreditatis nostræ. Non innanis gloriæ cupidi, sed in ministerium propter eos, qui hærædítatem capiunt salutis.*

Casados, aprended de José la entrada á vuestro estado, por el amor casto, que no se propone otra cosa que los fines Santos del Sacramento; no por el amor interesado y sensual que siempre tiene fines brutales y funestos. Apreended el acuerdo de voluntades, la paz, la ayuda, la asistencia mútua que pide la fidelidad de vuestro estado. Aprended el cuidado de vuestros hijos: su crianza y educacion deciden de su temporal, y eterna felicidad.

Vírgenes, aprended de José la pureza de cuerpo y alma, la modestia en el trato, el recogimiento el silencio, el trabajo, la oracion, medios por donde se logra en carne esta vida de Angeles. Nobles, aprended de José á contar poco sobre los derechos de un nacimiento ilustre lejos toda vanidad, orgullo y presuncion mundana, que se alimenta de un humo que mañana desaparece. La nobleza del corazon y del espíritu, nos debe hacer aspirar á la exactitud de la eterna innaccesible corona, que se prepara á los humanos, pobres, plebeyos, trabajadores, abatidos, aprended de José á contentaros con lo poco, sujetos sin murmuracion á la providencia: llevad con alegria y paz vuestro trabajo diario: amad la pobreza. Dios la buscó en José, y ella es rico patrimonio de los Santos.

Enfermos, afligidos, tristes, perseguidos, hambrientos, pecadores, cualquiera que sea vuestra necesidad, en ese valle árido y consumido de Gesen: aprended de José á esperar el remedio del Cielo, y si quereis lo-

grarlo prontamente acudid tambien á José. Miradlo sentado no como el Redentor de Egipto, sobre el carro de Faraon, limitado á proveer en la general miseria un alimento corporal, sino sobre aquel trono soberano de gloria que corresponde al Padre del Rey Supremo, difundiendo por toda la tierra todo género de beneficios: él ha sido probado en trabajos, humillacion, y miserias; no será insensible á las nuestras. antes parecemos serlo nosotros, si no acudimos á él con entera confianza. *Ite ad Joseph.* Sigamos sus pasos en la obscuridad de esta vida para participar de su claridad en aquella eterna Patria de Luz que os deseo en el nombre del Padre del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Stabat juxta Crucem Jesu Mater ejus.
Estaba junto á la Cruz de Jesus María su Madre. San Juan 19.

Cuando veo congregado el Pueblo Cristiano en esta Casa de Oracion y piedad; cuando logro un auditorio de fieles, que no pueden desconocer las dos personas Sacrosantas que nos presentan hoy la trágica y dolorosa scena del Calvario, yo debería subir á este lugar, solamente para llamar vuestra atencion hácia este Monte Santo de donde bajan aquellas palabras sentidísimas de la boca de una muger: ¡O vosotros que pasais pór ese camino sembrado todo de desgracias, trabajos é infortunios, atended, y ved si en todo el discurso de los siglos ha habido algun dolor semejante al mio! ó

bien para no dejaros la menor duda de este dolor de quien lo padece, y lo ocasiona, debería repetir claramente la cláusula que se acaba de leer en este sagrado sitio: estaba junto á la Cruz de Jesus, María su Madre y cumplido asi mi ministerio yo debia cerrar mis labios, dejar este lugar, y bajando á unirme con vosotros entregarnos todos al mas triste desconsuelo á un pasmo y silencio profundo sin permitirnos otro desahogo que las lágrimas, los sollozos, y los suspiros.

Apenas descubrieron á Job sus amigos en un estado tan diferente de su antiguo explendor y primeras prosperidades cuando oprimidos del mas vivo dolor quedaron por mucho tiempo sin voz y sin aliento. Heridos del fatal golpe de las desgracias de su amigo comun, dice la Escritura, pasaron siete dias contínuos en un triste y lúgubre silencio.

¡O cuanto mas espantoso, y lamentable espectáculo hemos venido á observar hoy amados oyentes mios, cuánto vá de amigo á

amigo, y de dolor á dolor. De la verdad, y realidad á la sombra y figura! No, no es aquí un amigo, ni un conocido como quiera ese Varon de dolores, que mirais como un leproso, cubierto de sangre, y de ignominia, hecho el oprobio de los hombres, clavado á un leño infame, es nuestro Dios, nuestro Padre, y nuestro Salvador. No es una muger, ni una madre cualquiera la que oís gemir tan amargamente sumergida en ese golfo inmenso de penas, y dolores, es María Santísima nuestra dulcísima, y soberana Madre, y Madre de Jesus la mas tierna y compasiva de todas las madres del mundo.

Yo, señores, os confieso que á vista de tan lastimoso espectáculo no estoy capaz de hablar. Se embarga mi lengua, mis entrañas se conmueven, mi corazon se deshace, me faltan las palabras, y el discurso, ni sé que tomar, ni que dejar, ni por donde empezar. Os habeis engañado, hermanos mios, si esperabais un sermon estudiado que os deleitase con pensamientos nuevos, discursos sublimes, figuras pomposas, exageraciones bri-

llantes, ni otras flores y atractivos del arte. Léjos de un asunto tan piadoso, tan tierno, é interesante como el mio, estos débiles recursos y socorros de la elocuencia. Léjos de este lugar santo tal profanacion, y léjos tambien de mi auditorio cualquiera que fuere traido de tan siniestros fines á oir los Dolores de nuestra dulce Madre, mi objeto pide mas sentimientos que razones; yo no dirijo mi oracion á los sábios del siglo; quiero un auditorio de humildes y sensillos. Busco corazones sensibles, las almas piadosas y devotas que siguieron á María hasta el Calvario, sabrán hoy dignamente compadecerla, y derramar en lágrimas sus afectos y sentimientos al oir referir sus Dolores sencillamente, que es lo que me propongo en este rato, ciñéndome á la idea que nos da el Evangelio en las palabras que he citado: *estaba junto á la Cruz de Jesus, María su Madre.*

Jesucristo en la Cruz, y María á sus pies. ¡Qué espectáculo tan cruel y espantoso á los ojos de la naturaleza! ¡Qué misterio tan

profundo, y admirable á los ojos de la fe! Jesucristo padeciendo por nosotros, y María padeciendo por Jesucristo, son dos objetos que encierran toda la economía de la Justicia, y Misericordia de Dios. Unida de corazon á su Hijo único, María padece segun toda la extension de su amor, por consiguiente su dolor sin límites. Animada de una fe viva, y una sumision sin reserva á los decretos del Altísimo, María padece con todo el valor que inspira la religion mas perfecta, y su alma se mantiene en paz. ¡A qué triste estado redujo á esta tierna Madre el sangriento sacrificio de su Hijo viendole tan de cerca en la Cruz! *Juxta crucem Jesu Mater ejus.* Pero qué valor y constancia la sostiene y eleva sobre todas las flaquezas de la naturaleza para conservar su sitio y su postura! *Stabat:* comprehendeis, señores, las dos partes á que dirijo vuestra consideracion y mi discurso No separemos estos dos objetos que enlaza el Evangelio. El Dolor de María, la constancia de María. María ama á su Hijo natural Jesus, y este amor es la medida de su dolor,

llantes, ni otras flores y atractivos del arte. Léjos de un asunto tan piadoso, tan tierno, é interesante como el mio, estos débiles recursos y socorros de la elocuencia. Léjos de este lugar santo tal profanacion, y léjos tambien de mi auditorio cualquiera que fuere traido de tan siniestros fines á oir los Dolores de nuestra dulce Madre, mi objeto pide mas sentimientos que razones; yo no dirijo mi oracion á los sábios del siglo; quiero un auditorio de humildes y sensillos. Busco corazones sensibles, las almas piadosas y devotas que siguieron á María hasta el Calvario, sabrán hoy dignamente compadecerla, y derramar en lágrimas sus afectos y sentimientos al oir referir sus Dolores sencillamente, que es lo que me propongo en este rato, ciñéndome á la idea que nos da el Evangelio en las palabras que he citado: *estaba junto á la Cruz de Jesus, María su Madre.*

Jesucristo en la Cruz, y María á sus pies. ¡Qué espectáculo tan cruel y espantoso á los ojos de la naturaleza! ¡Qué misterio tan

profundo, y admirable á los ojos de la fe! Jesucristo padeciendo por nosotros, y María padeciendo por Jesucristo, son dos objetos que encierran toda la economía de la Justicia, y Misericordia de Dios. Unida de corazon á su Hijo único, María padece segun toda la extension de su amor, por consiguiente su dolor sin límites. Animada de una fe viva, y una sumision sin reserva á los decretos del Altísimo, María padece con todo el valor que inspira la religion mas perfecta, y su alma se mantiene en paz. ¡A qué triste estado redujo á esta tierna Madre el sangriento sacrificio de su Hijo viendole tan de cerca en la Cruz! *Juxta crucem Jesu Mater ejus.* Pero qué valor y constancia la sostiene y eleva sobre todas las flaquezas de la naturaleza para conservar su sitio y su postura! *Stabat*: comprehendeis, señores, las dos partes á que dirijo vuestra consideracion y mi discurso No separemos estos dos objetos que enlaza el Evangelio. El Dolor de María, la constancia de María. María ama á su Hijo natural Jesus, y este amor es la medida de su dolor,

1ª parte. María ama á los hombres sus hijos adoptivos deseando su redencion, y este amor y deseo es la razon de su constancia, 2ª parte.

Yo creería señores injuriar á vuestra piedad, si tuviese por necesario suplicaros una atencion constante en un asunto que tanto os interesa. No supongo esto oyentes mios, sé vuestra piedad, y ojalá os embebais tanto de la ternura de mi asunto, que descuideis, y desatendais la tibieza de mis palabras que deberian hoy ser interrumpidas con lágrimas de sangre. Sí, Madre mia dulcísima, no se puede hablar de otra manera dignamente de tus Dolores. Alcanzadnos las gracias, y sentimientos necesarios para que no queden sin fruto las tiernas memorias que la Igle:ia nos propone en este, os lo rogamos con la salutacion Angélica. Ave María.

§ 1ª P. §

Pensad, señores, cuanto puede hacer un dolor mas acervo, y cruel, ya de parte de la persona que siente, ya de parte del objeto sensible, ya de parte de la aplicacion, y presencia de este objeto, todo vereis que conspira á hacer sobremanera grande é incomprehensible el dolor de María, y lo que es digno de admirarse que con un enfasis propio de la palabra de Dios, todo lo embebe el Evangelio en las cuatro palabras de mi tema. *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.* Es María Madre de Jesus la que siente: siente la muerte mas ignominiosa y cruel de su hijo, y la siente al pie de la misma Cruz. Parémonos un poco en cada uno de estos principios de dolor.

Es María Madre de Jesus la que siente Y como el amor es la medida del dolor, nada nos entrará tanto, dice, S. Ambrosio al conocimiento del dolor de María como su

calidad de Madre. *Matrem cogita, Matrem considera*. Porque á la verdad, hermanos mios, quien dice una Madre ya parece que ha dado el símbolo mas expresivo de la ternura, y del amor. Cuando Dios quiso explicar las ternuras de sus afectos se compara por Isaias á una Madre apasionada. Yo te amaba decia tambien David á Jonatas (y no le quedaba que ponderar) yo te amaba como una Madre ama á su unigénito. Las entrañas, y el corazon de una Madre son el lugar propio, y el depósito natural del amor justo, ni hay en toda la naturaleza un lazo mas tierno, mas suave, mas fuerte, y poderoso que este amor maternal.

Pero si reparamos en María, las circunstancias particulares que le agravan, si consideramos la Madre mas justa, y mas perfecta para con el Hijo mas completo, y digno de amor que pudo haber jamás, si miramos el amor de esta Madre no dividido entre muchos hijos, sino ceñido aun Hijo solo á quien habia dado el ser sin concurso de varon á quien por esta causa juntaba en uno

el amor paterno y materno, si atendemos á que la concepcion de este Hijo obrada en el seno de la Vírgen por la operacion inefable del Espíritu Santo, que es el amor personal de Dios, habia transformado y consagrado las entrañas, y corazon de esta Madre en santuario vivo del amor divino; si reparamos en la gran conformidad de complexion, temperamento, costumbres, virtudes, é intereses (todas causas de amor é inclinacion) que hubo aquí entre Hijo y Madre; Y últimamente, si reflejamos que esta dulcísima Madre de Jesucristo siendo la mas ilustrada sobre la persona adorable de su Hijo, no le amaba solo con amor natural como á su Hijo único, sino mucho mas como á su Dios, su Criador, su Preservador, que la habia elegido para su Madre entre todas las del mundo digno de ser amado por sí solo con amor infinito y en cuyo amor empleaba ella toda aquella plenitud de gracia, aquel hábito casi infinito de caridad sobrenatural, que el Espíritu Santo habia derramado en su corazon; ¿Cómo podremos menos de

quedar espantados á vista de este golfo inmenso de amor y caridad? Y si de aquí hemos de colegir las avenidas del dolor de María en la muerte de este hijo, ¿Quién podrá decir las inchadas y furiosas olas que embestirían su tierno corazon por la parte de este amor maternal? ¡ O cuanta razon tiene S. Ambrosio para encomendárnosla. *Matrem cogita, Matrem considera.* !

Crece tambien el dolor de María de parte del objeto sensible. Porque no solo padecía su Hijo, sino que padecia unos tormentos tan vivos, y crueles, unas humillaciones tan vergonzosas é injuriosas, unas penas tan nuevas, tan universales, que le arrancan aun mismo tiempo la fama, el honor, la sangre y el alma, ofendiéndole asi en todos los bienes del modo mas inhumano, y cruel. Recaian todos estos males en la Persona de Jesucristo, cuya delicadísima y perfectísima constitucion y organizacion le hacian mas aprensiva de la pena, y sensitiva del dolor. Se acordaba muy bien la triste Madre de que la imaginacion sola de tantos, y de tan atro-

ces tormentos le habian puesto en el huerto en la agonía mortal que se explicó en aquel espantoso sudor de sangre jamas observado hasta entonces, y de que acaso no volverán á ver los siglos egemplar ¡O hijo de mis entrañas, diria, si tal congoja, si tan maravilloso extremo de dolor sufriste imaginando solo tu dolorosa pasion! ¿Cual estaria tu corazon y tu alma engolfada ya en lo mas alto de tus sufrimientos.? ¿Pero quien comprenderá tan poco, dulcísima Vírgen, la amargura y afliccion de tu espíritu en la compasion de un objeto tan tierno y tan doloroso?

Ultimamente crecen los dolores de esta Señora de parte de la aplicacion y presencia de este objeto. Porque no se contentó con observar desde lejos como se escribe de algunos amigos, y parientes del Redentor los trabajos y suplicios de su Hijo; sino que con un espíritu generoso y resuelto le sigue hasta el Calvario, rompe por aquella chusma de gente infame y desatenta, se abre camino por entre los mismos verdugos y minis-

tros de iniquidad, y se fija á la vista de su hijo junto á la misma Cruz. *Juxta crucem Jesu Mater ejus.*

Esta es, señores, la grande escena, este el grande espectáculo que debe parar mas vuestras atenciones, para suplir lo que no alcanzan mis palabras. ¿Porque quien podrá decir aqui los transportes de dolor y congojas, las avenidas de amargura y afliccion mortal que por todos los sentidos envistieron de acuerdo á el alma ternísima de aquella triste Madre? Alza los ojos á aquel Santo Madero, y descubre todas las heridas y dolores que padece alli el Señor de la Magestad: mira aquel inocentísimo cuerpo, que ella habia alimentado á sus pechos virginales con tanta suavidad y dulzura, todo sangriento, sembrado de llagas y cardenales, y reventando sangre por todas partes. Mira aquella Santa Cabeza penetrada de espinas, caida de flaqueza, y de desmayo sobre los hombros aquel rostro divino en que desean mirarse los Angeles manchado con salivas inmundas, arrollado de sangre, cubierto de amarillez mortal, y tan dese-

mejado, y afeado que apenas podia conocerle su misma Madre: mira aquella frente antes tan serena, aquellos ojos mas hermosos que el Sol obscurecidos y empañados con la sangre, y presencia de la muerte aquellos oidos que merecian ser recreados con cantares del cielo atormentados con horribles burlas y blasfemias, los labios cárdenos, la boca denegrida y seca pidiendo misericordia para sus mismos perseguidores y verdugos.

Mira la afligida Madre aquellos brazos poderosos que abarcan y sostienen toda la redondez del Mundo estirados, descoyuntados, y sujetos en el madero, aquellas manos criadoras del cielo, y obradoras de maravillas cosidas á la cruz con duros clavos y desgarradas con el peso del cuerpo, aquellos pies sagrados que nunca entraron en caminos de pecadores mortalmente heridos y traspasados. Examina por todas partes aquel cuerpo santísimo, le mira de pies á cabeza sin encontrar parte sana en que pueda descansar su vista. O Madre aflgidísima. ¿Quien te ha traido á ver tal espectáculo? Porqué has queri-

do estar tan cerca para observar tan lamentable, y dolorosa figura? No es esta vista para una Madre: alza, alza los ojos ternísima, y enamorada Esposa, ves ahí la cama donde yace y descansa al medio dia tu Esposo celestial cuan dura es y cuan estrecha! mirá como no tiene allí donde reclinar la cabeza. ¡O cabeza divina del Salvador! O brazos de María! O seno virginal! adonde estais ahora? Cuanto se necesitaban aqui vuestros oficios? ¡Pero ó la mas desconsolada de todas las madres! ó vanos exfuerzos y deseos de un amor frustrado, no te se concederá hoy la menor sombra de consuelo.!

Este fue señores, para la Vírgen el mayor colmo de amarguras y dolor, ver padecer á su hijo de tantas maneras, y sin poderle dar ningun género de alivio; antes por el contrario estar redoblando sus tormentos con su vista, y presencia sin poder no obstante apartarse de él ¡O Providencia de Dios! ¡O como pareces rigorosa en este lance! María vé á su hijo santidad por esencia acusado de gravísimos, y feísimos delitos sin poder vindicar

su inocencia, ni bablar una palabra en su abono. Le vé desnudo sin poderle cubrir, herido sin porderle curar, sucio sin poderle limpiar. Los torrentes de su sangre caían á la tierra en que era pisada de los verdugos y pecadores, y la triste Madre que conoce el valor de aquel licor preciosísimo, no tiene medio alguno para impedir esta horrible profanacion y desprecio.

Oye á su hijo quejarse desde la Cruz de una sed ardiente que lo atormentaba: *sitio.* Palabra capaz de derretir en agua las mas duras piedras. Las entrañas, y corazon de la Madre se liquidarían á la fuerza del dolor, y deseo de socorrer, y remediar aquella estrema necesidad. ¿Cual sería su sentimiento en no poder dar á su hijo ni el ligero consuelo de una gota de agua que pedia muriendo abrasado, y extenuado á la violencia del suplicio? A! si una esclava de Abrahan se hallase en el conflicto de ver aun hijo morir de sed, el Cielo se movería á compasion, si no la tenian los hombres; los Angeles vendrían á mostrar á Agar las aguas vivas, y ella logra-

ría el consuelo de aplicar á Ismael á sus corrientes. Pero tu Reina de los Angeles, hija la mas esclarecida de Abraham no tienes que esperar del Cielo compasion. El Padre ha desamparado al Hijo, y la misma suerte ha de comprender á la Madre; y el consuelo que puedes esperar de los hombres será una nueva crueldad; la bebida que presentaron á tu hijo en esa sed ardiente, y mortal será un brebaje de hiel y vinagre que aumente sus tormentos.

Pues de donde vendrá á tu corazon algun consuelo, Vírgen Santa, en una tormenta tan deshecha? El cielo se ha hecho de bronce; los parientes, y amigos se han negado en este dia de miserias; bien puedes clamar con el Profeta sumida estoi en el profundo de las aguas sin encontrar donde hacer pie, esperé si habia alguno que se entristeciese conmigo y no lo hubo; busqué quien me consolase, y no lo hallé.

Tu hijo solamente Señora no te deja, ni desatiende; él te ama, y te compadece; él vé y estima cuanto padeces por su amor, con-

suélate á lo menos con tu hijo. ¿Pero que digo, amados hermanos mios.? Aqui el último trance de dolor y desconsuelo, hasta aqui pudo llegar, y nada mas se puede ya añadir. Jesucristo habla á María en este lance por la última vez y en esta despedida que por todas las circunstancias parecian habia de ser la mas tierna y cariñosa parece que la desconoce y como si no fuera su madre le trata con la mayor indiferencia y sequedad llamándola muger. *Mulier ecce filius tuus.* Muger ves ahí á tu hijo. O palabra! O dolor! O desconsuelo último! Muger. Este era el tratamiento que debería esperar en la ocasion que está acreditando mas que nunca que es verdadera Madre con la prueba mas decisiva, y costosa! ves ahí á tu hijo, ¿Qué cambiò es este exclama San Bernardo, le dan al siervo por el Señor, el hijo del Zevedeo por el hijo del Altísimo! O conmutacion! O conmutacion.!

Pero ¡O misterio de caridad! ¡O excesos de amor! ¡O cuidados de la providencia paternal! Jesucristo padecía por los hombres

y ellos le merecen los principales cuidados en aquel lance tan estrecho. Ya les habia dejado su doctrina, sus egemplos, su sangre; su cuerpo iba á perder por ellos su vida, y urgia la hora de concluir su testamento y de declarar su última voluntad sobre el único bien que le restaba que era su Madre, cuyo amparo y proteccion necesitarían para lograr los preciosos frutos de su redencion. Atended hermanos mios, no perdais una palabra de esta última voluntad de nuestro Padre; este Señor estando ya muy cerca de la agonía, entre los últimos suspiros casi sin aliento para formar las palabras, ordenó en la persona de S. Juan que María tuviese por hijos suyos á todos los hombres y que nosotros desde aquel punto la recibiesemos, honrasemos y sirviesemos como á nuestra Madre. Mirad qué fortuna, qué honor, qué consuelo para nosotros. María es nuestra Madre. Si: á nosotros pertenece por un testamento eterno, cerrado y sellado con la sangre de Jesucristo. ¿Pero quien recibe bien á esta Madre? Quién la ama? ¿Quién la sirve? ¿Quien la compadece? Ah! Apártate, apártate

de mi triste refleccion, pensamiento mas funesto, y terrible, que todos los dolores de la Vírgen, y que la muerte misma de un Dios que me muestras despreciada, é inutil. Almas piadosas no temais que yo os atormente hoy con largas pinturas de tan horrorosa y negra ingratitud con que los pecadores no solo no aman, ni compadecen, ni aun reciben á esta Madre dulcísima, sino que se complacen en traspasar su corazon cada dia crucificando de nuevo á su hijo Jesucristo. O! que espantoso juicio se preparan. Vosotros aplicaos á comprehender el aprecio, estimacion y correspondencia que debeis tener á esta Madre dulcísima por el amor, estimacion y aprecio con que ella aceptó y recibió nuestra Maternidad, de manera que si el amor de su hijo habia hecho subir á tan alto punto sus dolores, el amor á los hombres, sus nuevos hijos, hizo brillar no menos su valor y constancia que es la segunda parte que propuse manifestaros.

§. 2ª P. §.

María constituida así Madre de los hombres empieza ya á cambiar de intereses y de cuidados; tiende los ojos sobre toda la miserable posteridad de Adan caida, enferma, degradada, esclava, envilecida y destinada á muerte y perdicion eterna. Un Dios solo podia reparar tantas quiebras y el órden inmutable de los decretos divinos habia aligado esta maravillosa restauracion á la muerte, y muerte la mas afrentosa de aquel Señor que se habia humanado para este fin en sus entrañas. Aqui el piadoso corazon de esta tierna Madre, se halla fuertemente combatido de dos afectos estremados, pero enteramente opuestos é incompatibles. El amor á la persona de su hijo que estimaba incomparablemente sobre la suya le hace sentir su muerte sobre todo encarecimiento. El amor de la salvacion de los hombres que no

podia venir por otro medio, le estrecha á desearla con el mayor ardor. Qué nueva y estraña clase de tormento! A! hermanos mios! el primero era mas tierno, el segundo mas fuerte y poderoso, el uno previene su martirio, el otro prepara su sacrificio. Aquel agita cruelmente su alma, este la afirma y asegura; uno levanta la tempestad, otro la calma. La constancia no disminuye nada su dolor. Su dolor no debilita de modo alguno su constancia.

¿Qué partido seguiría María en lance tan estrecho? No lo dudemos Señores. Ella vé al Padre que amaba á su hijo con infinito amor, amar al mundo de tal manera que no duda entregarle á la muerte por su redencion; vé á su hijo ofrecerse gustoso al sacrificio, y perder voluntariamente una vida que nadie le podia quitar para dar al hombre otra vida que no habia creido pagar en mucho al infinito precio de su sangre. Entonces comprehende porque su hijo la ha llamado muger desde la Cruz, como á quien habia consumado ya las funciones de su primera Ma-

ternidad y le encomienda los oficios de la segunda *ecce filius tuus.*

Desde este punto dice S. Buenaventura, María no duda ya entregarse á este segundo amor. Los infelices pecadores, los hijos adoptivos entran á la posecion de su corazon sobre el amor de la vida de su hijo natural. Jacob se apodera del Patrimonio de Esau y los hijos de sus Dolores son preferidos al primogenito parido sin dolor. Confundámonos hermanos mios, abismémonos á vista de tan estrañas comparaciones y cotejos á tan altos misterios y finezas de amor. Y reconoced aqui el principio admirable del valor y constancia de María que el Evangelio nos demuestra en el modo mismo de asistir al sacrificio de la Cruz. *Stabat.*

Estaba en pie como delante del altar en que se consumaba el grande sacrificio del hombre Dios, que solo podia volver el honor debido al Padre y reconciliar el Cielo con la Tierra. En pie, ofreciendo al Padre la hostia inmaculada que habia recibido de sus manos y participando con su hijo las

funciones de su eterno Sacerdocio, penetrada de un santo horror á vista de los grandes misterios que se cumplían á sus ojos y cuyo velo estaba descorrido para ella.

En pie, sin dar la menor señal de flaqueza ó turbacion encerrando dentro de su corazon aquel torrente de amargura que apresado en un dique tan poderoso, ganaba cada instante nuevos aumentos, pero sin poder traspasar los límites del valor de María. *Stabat*. Al pie de la Cruz de su hijo no despegó sus labios para quejarse de los verdugos, no se le oyeron gemidos, ni clamores ni fulminó contra el Calvario en que perdia toda su sangre el mejor fuerte de Israel aquellas maldiciones é imprecaciones que descargaron en otro tiempo con menor motivo sobre los montes de Gélvöe, ni rasgó sus vestiduras, ni salió en aquellos movimientos descompuestos y acciones alteradas que son tan disimulables en los grandes impulsos del dolor, y que no pudo contener un Rey tan valeroso como David á el anuncio solo de la muerte de su mal hijo Absalon. Quien du-

da que este Príncipe inchiendo todos los ángulos de su Palacio con gemidos y clamores, poniéndolo todo en turbacion y sobresalto dió otro tanto alivio á la pena, susto y consternacion de su corazon que se desahogaba por sus ojos, por su boca y todas sus acciones alteradas; pero María superior al exceso de su dolor, se mantuvo constante, inmovil, pacífica y segun quiere San Ambrosio sin derramar una lágrima al pie de la Cruz todo el tiempo que duró aquel sangriento sacrificio. *Stabat.*

Alli estuvo observando en las mutaciones del rostro de su hijo, todos los indicios del dolor acerbisimo que le causaba el suplicio, las congojas y angustias que iban y venian, y todos los mensageros y señales terribles de la muerte mas violenta y cercana. Vió levantarse aquel Divino pecho, enronquecerse la voz, afilarse la nariz, y aparecer la amarilléz de muerte ¡O qué vista para tal Madre! Vió empezar ya la agonía, vió la dificultad y lentitud de los últimos suspiros, vió Ah! (escusadme hermanos mios el

dolor de decírlo) en el momento ya mas decisivo de los siglos, los oidos de la triste Madre oyeron prorrumpir al hijo en aquel clamor esforzado que subió hasta el Cielo, y separó su alma de su cuerpo, sus ojos le vieron inclinar la cabeza y perder la vida mas preciosa que logró el mundo.

Todo esto lo vió María á rostro firme sin dar una sola queja, sin padecer un desmayo, sin accion indecente ó indecorosa á el valor invencible de la Madre de Dios, y el dolor que compartido entre todas las criaturas sensitivas hubiera bastado segun San Buenaventura, para matarla de repente fue tan cruel para María que ni le quitó la vida, ni siquiera le embargó los sentidos y razon para minorar su dolor *Stabat*. Qué valor! Qué generosidad! Qué constancia. Esta fue sin duda la mayor que una pura criatura pudo dar en expectáculo á todos los siglos.

En la circunstancia precisa que se trastornaban los elementos, que la tierra se conmovía hasta su centro con horrorosos temblores que parecia haberse quebrantado las colum-

nas del firmamento, y anunciar la ruina general del mundo por la muerte de su Autor, la tierna Vírgen estaba inmovil, pacífica y constante, guardando su sitio y compostura en este desorden general *Stabat*. Se rompen las peñas y las entrañas de la Madre se mantienen enteras, el sol obscurecido y la luna teñida de sangre, cubren la naturaleza de unas densas tinieblas y espantoso luto para escusar la vista de un Dios muerto y no se obscurece la razon de la Madre, ni sus ojos se apartan un punto de la Cruz *Stabat*. ¡Qué intrepidez, qué fuerza, qué constancia!

Si os parece poco Señores pensad todavia algo mas de el valor de María; se habia conformado de tal manera con la voluntad de Dios en la muerte de su hijo, deseaba con tal ardor la redencion de los hombres que si no hubiera encontrado el infierno Ministros bastantemente crueles para egecutar aquel tan horroroso suplicio, las manos de la Vírgen (me atreveré yo á decirlo fieles, lo dice San Bernardino de Sena,) las tiernas manos de la Madre hubieran hallado en su obediencia y

conformidad, fuerzas bastantes para consumar el sangriento sacrificio de su Hijo hasta en la última gota anunciada por los Profetas. No os escandaliceis señores, cuando yo veo levantado el brazo de Abrahan sobre la cabeza de su unigenito para firmar con aquel mortal golpe, el testimonio heróico de su fé y obediencia no puedo menos de pensar alguna cosa mayor de esta ilustre Madre de los creyentes si hubiera sido necesario.

Conocia María que en aquel lance en que iba á perder á su Unigenito se aseguraba una innumerable y dichosa posteridad de hijos que no podia dar á luz sin unos esfuerzos de valor tan exorbitantes y el amor de estos hijos, el deseo de estos hijos, que ya habia concebido en su corazon, le hacia abrazar á cualquier tormento con una resolucion á toda prueba. Allá cuando Rebeca llegó á probar los dolores en que la puso el parto trabajoso de los mellizos, ya no se acordaba de sus antiguas tristezas, y deseos de fecundidad y como arrepentida de ellos esclamaba; ah si tanto me habia de costar el ser Ma-

dre mejor me hubiera estado permanecer esteril. Transporte verdaderamente de dolor, pero vos amantísima Señora y Madre nuestra, o Madre de corazon, Madre verdadera, decidnos ¿cuando os hallasteis en el lance mas apretado, cuando os visteis embestida de los tormentos y dolores inmensos que os costó nuestra maternidad, pensásteis alguna vez que os hubiera estado mejor quedar sin estos hijos? ¿deseasteis por algun momento que los pobrecillos hombres, vuestros hijos hubieramos quedado para siempre sin ver la luz de la gracia, sin nacer á la libertad de hijo de Dios? ¿qué hubiesemos quedado sín remedio sepultados en las tinieblas de la culpa, en la esclavitud del Demonio, destinados á una infelicidad eterna.?

Ah Señora y Madre nuestra, me horrorizo de proponerlo! No, no Señora, no lo pensamos asi, no hacemos esta injuria á vuestro piadosísimo y esforzadísimo corazon, sabemos cuanto nos has amado, nos llena de consuelo y reconocimiento esta creencia, y no dudamos que en los transportes de tu dolor mas ansiosa de tus hijos que Raquel, clamarías

al Señor con sus ternísimas y sentidísimas palabras. *Da mihi liberos, alioquin moriar.* Padre eterno, Padre clementísimo si para la salvacion de los hombres esperais la sangre de mi hijo natural, aqui la teneis, yo os la ofrezco, mirad á la cara de vuestro Ungido, y mirad tambien mi corazon atormentado con este cruelísimo espectáculo, y si quieres aun mas sacrificios, toma el de mi vida; pero no me niegues la de mis hijos. *Da mihi liberos*, porque si ellos se pierden, despues de haber perdido á mi unigenito, esta será la pena á que yo no podré sobrevivir. *Da mihi liberos, alioquin moriar.*

Hermanos mios, ¿qué corazones son los que no se quebrantan á tales golpes, los que no se rinden á tanto amor? Pecadores, con vosotros se entienden tambien esos clamores, á vosotros los dirige vuestra madre, si os ha merecido alguna compasion la grandeza de los dolores que la habeis visto padecer al pie de la cruz de su Hijo, *Juxta crucem Jesu Mater ejus*, si os ha obligado algo la grandeza del valor y constancia con que los ha sufrido

por vuestra salvacion, *Stabat*, mirad lo que respondeis á sus clamores. Perdonad os dice, ya á mi hijo. No le volvais á crucificar; vuestros pecados renuevan cada dia su pasion, y mis dolores; tened compasion de mi, vuestras culpas me son aun mas dolorosas por que inutilizan tantas penas, y sangre derramada; á tanto no alcanza mi valor; ellas me quitan el consuelo único que me quedaba de otros hijos en la muerte de mi Unigénito, *quærunt scintillam meam extinguere*, apiadaos tambien de vosotros, yo habré de morir si estos tambien me faltan, compadeceos de vosotros mismos; no os obstineis en perderos contra tantas expensas hechas por vuestra salvacion. No Madre nuestra, Madre piadosísima nuestra, nuestro consuelo y única esperanza; no haremos tal; estamos resueltos, antes perderémos mil vidas, antes elegiremos arder siempre en penas infernales, que volver á ensangrentar nuestras manos en la adorable persona de tu Hijo, y que volver á traspasar tu amantísimo corazon con nuestras culpas. O quien nunca hubiera ofendido á tal Hi-

jo! O quien siempre hubiera amado á tal Madre; misericordia, misericordia, y gracia final Amen.

Missus est Angelus Gabriel.

Fue enviado el Arcangel S. Gabriel. Luc. Cap. 1º

¿Quien podrá callar, decía á Job uno de sus amigos, el concepto premeditado? ¿Y quien podrá por el contrario, digo yo, hablar aquello que no ha podido concebir? Cansado de meditar el Evangelio, fatigado de consultar los Oráculos de los PP. que encuentro poseidos de admiracion y espanto; ¿convendria acaso, Sr. Ilmo., Nobilísimo Senado, Pueblo escogido del Señor, convendria que yo hubiese tomado hoy este lugar para frustrar vuestra expectacion respetable, y dejar ayuna vuestra piedad? Ah! Por Sion no callaré, y por Jerusalen no tomaré descanso, hasta que aparezca en mis palabras la gloria de Jerusalen, y de Sion

María, sino como entre antorchas luminosas, que la ilustren, al menos como entre centellitas pequeñas de mi amor que la den un tanto á conocer.

¡Pero qué de abismos encuentro en el Evangelio! Un Dios anonadado á nuestro barro! Un polvo levantado hasta el solio mismo de la Deidad! ¿Pudo Dios ó en lo excelso, ó en lo profundo dar mayores señales ó prodigios, ni osar jamas un hombre pedirlas, ni aun pensarlas por mas que fuese invitado para ello? *Pete tibi signum.* Si quiero registrar lo excelso de su primera generacion, la gloria de la Magestad me oprime: si miro á lo profundo de la segunda un caos de obscuridad me cerca, y me embaraza. Adoremos en silencio, carisimos. No, no nos fijemos hoi en descubrir el misterio inefable de Jesucristo. La Iglesia tiene tambien su dia para esto; pero no por eso pensemos evitar el conflicto indicado por el Profeta. Oid casa de David, decía él, llamando por tres veces la atencion. *Audite... Ecce... Ecce.* Ved ahí que el Señor

por sí mismo, y movido solo de su piedad, se anticipará á vuestros deseos, y llevará sus misericordias hasta donde no se han atrevido vuestras súplicas. Sabed que una Vírgen concebirá. *Ecce Dominus ipse dabit vobis signum....Ecce Virgo concipiet.*

Esta maravillosa señal: este prodigio nuevo, y nunca visto sobre la tierra: esta Vírgen Madre anunciada en todos los siglos, á cuyo honor os hallais congregados, y que hoi debe ser el objeto de mis elogios, es tambien el tormento de mi discurso, que por cualquiera parte que camine se encuentra atajado de los escollos mismos de excelso, y de profundo impenetrables. Porque sí quiero registrar su grandeza, ¿quien alcanzará su elevacion de Madre? Sí quiero descubrir su mérito, ¿quien penetrará los abismos de su humildad? Ni Dios pudo levantarla mas alto: Ni ella pudo abatirse mas bajo. Tal es el aspecto que nos presenta la sencilla, nobilísima, y agradable historia del Evangelio. Vosotros tendreis lugar de confirmarlo así, mientras

yo recorro fielmente sus cláusulas, que serán el apoyo de mi flaqueza. O vos estrella de la mañana, Aurora de la gracia, que diste al mundo la increada luz, ¿qué deseo yo ahora, ni qué pretendo sino vuestra gloria, y encender mas y mas los afectos tiernos que os profesa este devoto Pueblo? ¿Podreis negarme acaso vuestra proteccion? Oid propicia nuestros ruegos, y aceptad de nuestra boca los elogios mismos con que Gabriel os saludó este dia.

AVE MARIA.

Llegada la plenitud de los tiempos, y queriendo Dios descubrir aquel misterio escondido á los siglos, aquel Sacramento de inestimable piedad, que tanto recomendó su inmensa caridad por el mundo, pues sin necesidad de los hombres, cuando estos eran sus enemigos, solo por las entrañas de su infinita misericordia determinó enviar á su

Unigenito para nuestra salud, y remedio, y que vestido de nuestra carne, se celebrasen aquellas paces tan deseadas entre el Cielo, y la tierra, por medio de este místico desposorio, que el hijo de Dios iba á contraer con nuestra humana naturaleza, era preciso ya tratar de este negocio, y convenir las voluntades de una y otra parte, como sucede en todo matrimonio. Para esto debia haber una persona entre los hombres, que haciendo cabeza del linage, entrase en estos pactos con el Cielo, y diese su consentimiento, y beneplácito por toda la descendencia del infeliz Adan; pero como todos sus hijos fuesen miembros corrompidos, y degradados por su reato, solo se hallaba una Vírgen escogida y privilegiada en quien la naturaleza conservaba toda la perfeccion de su primera integridad, la cual por esta causa era, y debia ser cabeza de los hombres, y á quien el Cielo debia dirigir sus Oráculos, y porque en esto resplandecia una sabiduría verdaderamente Divina. Pues si una Muger fue la pri-

mera infractora del antiguo pacto, convenia que fuese otra muger la mediadora de la alianza nueva, y quedase vencida la Serpiente por el medio mismo de que ella se valió para vencer.

Pues á esta esclarecida Vírgen llamada María, que vivia en Nazaret, pequeña Ciudad de Galilea, y estaba casada con José de la Tribu de David, fue á quien el Señor dirigió su embajada por medio del Arcangel S. Gabriel como nos lo dice el Evangelio. *Missus est Angelus Gabriel à Deo in Civitatem Galileæ, cui nomen Nazaret, ad Virginem desponsatam viro, cui nomen erat Joseph de Domo David, et nomen Virginis Maria.* Ved ahí, hermanos mios, la embajada mas gloriosa, y magnífica que hubo jamas: ya se mire la Magestad de aquel Señor que la envia, Rey de Reyes, y Señor de los que dominan: ya la nobleza, y gerarquía del enviado Gabriel, que lleva en su nombre, el caracter, é indicio de la fortaleza de Dios: ya la grandeza é importancia del negocio que se trata en ella, que es el centro de

los intereses del Universo, el objeto de todos los eternos designios: y ya de aquí se deja conocer tambien, el grado, elevacion, y dignidad de aquella tierna Vírgen á quien se busca, y se consulta para esto.

Estended ahora, carisimos, vuestras ideas, y sondead, si os atreveis hasta los abismos impenetrables; y juzgad, si la simple exposicion que os acabo de hacer á la primera vista de esta embajada no eleva la dignidad, y grandeza de María sobre cuanto hay, y puede haber de mas noble y grande cerca de Dios. *Sive in excelsum*: pero veamos la contraposicion: opongamos sombras, para que resalten mas aquellas luces. No os parece, hermanos mios, que al juicio de todos los sabios, y prudentes del mundo, la dichosa criatura, que habia de recibir tal embajada, debia estar revestida de todo el esplendor que rodea los tronos mundanos, ó á lo menos exenta de toda humillacion capaz de envilecer, ó deprimir la humanidad? Jueces inicuos de la verdadera grandeza, inseparable del verdadero mérito,

aprended: la sabiduría eterna confunde hoy vuestra falsa sabiduría: Dios es grande, y por eso mismo mira á los humildes.

No: Gabriel no buscará los soberbios Palacios, las testas coronadas, los títulos ponposos, y brillantes, las inmensas riquezas, los talentos famosos, ni aun las virtudes mismas ruidosas aplaudidas, y publicadas. El arca de la alianza antigua estaba no solamente oculta en el secreto del Tabernáculo, sino cercada de espesos velos: y el arca de la nueva alianza, sobre que viene á tratar el Angel, no presentará otra cosa, por cualquiera parte que se le mire, sino nubes, obscuridades, velos, que se añaden unos á otros. Si Dios la elige de la Tribu Real de Judá, para cumplir en ella las promesas hechas á sus mayores, es cuando el Cetro y la Corona faltaron ya de su linage augusto: si la hace nacer de los antiguos Patriarcas, y mas poderosos Reyes de Israel, no se ve ya rastro alguno de su opulencia: si la elige Vírgen pura, y sin mancha, cual convenia á su pro-

pia gloria, él le destina un Casto, pero pobre artesano por Esposo: era preciso pues para que subiese al mas alto rango, que antes se viese deprimida al mas bajo: ni pudo parecer tan grande á los ojos de Dios hasta que se desvaneciese, y desapareciese del todo cuanto pudo tener de brillante á los ojos del mundo: la nobleza de su extraccion, por el despojo de su linage: la abundancia de su Casa, por la pobreza de su estado: el brillo de su Virginidad, por la sombra del Matrimonio: y la santidad misma de su vida, por su grande retiro.

Tal es la Vírgen á quien se dirige la gloriosa embajada. ¿Qué pudo pues encontrarse en ella proporcionado á tan singular eleccion? No lo dudemos carisimos: su profunda humildad. Estos son los abismos en que encierra Dios sus tesoros, y el muro impenetrable con que María encubria, y aseguraba á un tiempo aquel cúmulo de virtudes, y gracias, aquella plenitud de dones, con que se hallaba prevenida desde el principio, capaces de haberla hecho conocer, y

admirar del mundo, apesar de la obscuridad de su suerte, si él hubiera podido romper, ó adelgazar estas nubes. Aprended Vírgenes, exclama S. Ambrosio, á conbatir y refrenar ese deseo natural que os arrastra á parecer en público, y hacer ostentacion de unas gracias, ordinariamente tan vanas, como funestas á vosotras mismas, y á los que os miran. Examinadlo bien, y hallaréis, que ese fue el primer escollo en que naufragó lastimosamente vuestro pudor, y perdieron freno vuestras pasiones. La purísima y humildísima Vírgen guardaba su retiro, á que ningun hombre hubiera podido hallar entrada, franco solo á la comunicacion con el Cielo. Solo la pureza Angélica se hubiera atrevido á penetrar aquel Virginal Santuario.

En efecto Gabriel en fuerza de su comision vuela desde el Empireo á la pobre Casilla de Nazaret: y el que asiste en pie delante del Trono del Señor no se presenta á esta tierna Vírgen sino doblando su rodilla, y saludándola con las palabras de mayor acatamiento, y respeto. *Et ingresus Angelus*

ad eam, dixit, Ave gratia plena Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus.

Ave, le dice, Dios te Salve, alégrate, vive felicísima llena de honor, y de consuelo: vive porque ¿á quien conviene vivir mejor que á tí, que darás nuevo ser al Autor mismo de la vida? Eva fue llamada la primera muger, honroso nombre que la daba á conocer por Madre de los vivientes: ella por una inversion fatal de su voluntad, que atrajo al mundo la maldicion, y la muerte deshonró aquel caracter, y fue hecha Madre de los que mueren. No te llamo ya Eva, sino Ave, haciendo inversion feliz de aquel desgraciado nombre: pues tu cambiarás sus maldiciones en bendicion y en alegría su llanto, y la Iglesia de los que viven, tus hijos, tomarán de mi boca esta alabanza en sus himnos, y cánticos por todos los siglos, mirándote como el fundamento de su felicidad, y su paz. *Sumens illud Ave Gabrielis ore, funda nos in pace, mutans Evæ nomen.* Sí, ellos aplaudirán haber logrado por tí una nueva vida espiritual in-

comparable, que los conduce á la vida que no ha de tener fin. Por esto, y para esto has sido tú llena de aquella vida, que es la gracia, para que todos reciban de tu plenitud. *Gratia plena.*

Llena eres de una manera tan singular, que solo pudiera convenir este elogio á tí, en quien el Señor se ha complacido mas que en el resto de todos sus escogidos: porque si ellos tuvieron gracia que los proporcionase á la cualidad de amigos, en que todos convinieron, tú sola, y sin semejante has logrado aquella gracia singular, que te proporciona á la incomparable dignidad y alteza de Madre del Señor. Con razon las almas santas que te contemplen dirán que en las demas criaturas la gracia se ha distribuido por partes, pero en tí se ha infundido junta toda la plenitud, aquella misma con que está lleno el Unigénito del Padre, aunque de otra manera. Dirán que tuviste el principado de las gracias porque el Espíritu Santo vino á tí en calidad de Príncipe, y autor de la gracia. ¿Qué mu-

cho pues que estes tu llena de ella, si el Señor está contigo de este modo el mas íntimo y perfecto? *Dominus tecum.*

Está contigo no solo por esencia, presencia y potencia, como en las demas criaturas, no solo por gracia actual ó auxiliante, como está aun con los mismos pecadores, no solo por agrado y amistad como con los justos, ni solo por aquella proteccion especial con que asiste á sus escogidos, sino por una presencia singularísima cual conviene á la eleccion que ha hecho de tu persona, en que ha de habitar real y substancialmente segun el espíritu y segun la carne: porque contigo ha determinado contraer la mas estrecha relacion de alianza y parentesco Divino. Contigo está en tu mente el que será bien presto fruto bendito de tu vientre, en quien y por quien serán benditas todas las tribus de la tierra. ¿Pero quien será la primera á merecer y recibir estas aventajadísimas bendiciones de dulzura? Tu sin duda María: tu eres la mejorada y aventajada entre todas las hijas de Israel, por mas que ellas se apresu-

ren á atesorar riquezas. *Benedicta tu in mulieribus*. Eres, sí, la bendita por excelencia entre todas las de tu sexo. Pues si Jaël, Abigail, Judit, y otras, se han llamado benditas; ellas se contentaron con el honor de haber sido tu figura, ó tu sombra; y esto solo les ha bastado á merecer aquel nombre. No: no escaparon ellas la maldicion pronunciada contra todas en la persona de la primera muger: *parirás con dolor*. Tu sola serás exenta de esta maldicion, y de la otra fulminada en la ley contra las estériles, porque juntarás el honor de la Virginidad con la gloria de Madre, y así se reunirán en tí las bendiciones propias de todos los estados. *Benedicta tu in mulieribus*.

Tan magnificos fueron los primeros anuncios de Gabriel. Carísimos, yo dejo á vuestra piedad ponderarlos, y el registrar si pudiereis el punto de elevacion en que aparece María sobre tales oráculos pronunciados por el órgano de la verdad. ¡O como un golpe de tanto resplandor y grandeza debió sorprehender el corazon mas modesto, y humil-

de! Se conturba la Vírgen ¿Y que otra cosa la asusta y sobresalta, sino su misma humildad? No teme así el avaro el robo de sus riquezas asaltadas del ladron nocturno, como el humilde teme su mejor tesoro asaltado de aplausos y alabanzas, tanto mas peligrosas, cuanto salen de una boca amiga de la verdad, y enemiga de la lisonja.

¿Que es esto jóvenes cristianas? ¿María teme aun las alabanzas de un Angel que le habla de parte de Dios, y no temeis vosotras las groseras lisonjas de libertinos instigados por el padre de la seducion? Aun cuando seais virtuosas y dignas de aplauso, sabed que el último y mas artificioso recurso del tentador, cuando no haya podido otra cosa, será emplear la gloria que os resulta de las mismas virtudes para haceros perder todo el mérito. El humo envenenado, pero agradable de la alabanza, saca fuera de sí á quien le recibe con gusto, le embriaga y espone á mil desbarros. Prudente conducta de María. ¡O cuanto nos enseña tu turbacion! Al paso que unas alabanzas nunca oidas le colocan sobre todas

las criaturas, ella por un prodigio no menor de humildad, busca en su condicion y bajeza el último lugar de todas. Considera aquella grandeza de Dios, que no tiene horror de su vientre, y este inefable anonadamiento de la Magestad, es el modelo sobre que se humilla María. El peso mismo de la dignidad que le anuncian, le estremece y abate hasta el profundo de su propia nada, y caminando su pensamiento entre tan distantes estremos, no pudo dar á el Angel otra respuesta que un rubor virginal que hermosea su rostro, y un temeroso encogimiento que sella sus prudentes lábios. ¡Oh! elocuentísima y humildísima contestacion. *Quod cum audiset, turbata est in sermone ejus, et cogitabat qualis esset ista salutatio.*

Seguid observando carísimos la gloriosa emulacion y competencia entre Dios y María; Dios á levantarla, y María á humillarse. El Angel que conoce su turbacion, y el fondo de humildad de que nace, la conforta llamando su atencion hacia la parte mas capaz de alentarla, y entra ya claramente en el so-

berano asunto de su embajada. No temas María, le dice, *invenisti enim gratiam apud Deum.* No temas, no te espanten, ni asusten los desusados elogios, y títulos con que te he saludado hasta aquí: mayor es todavia su fundamento; aunque eres tan pequeña á tus ojos, por eso mismo mereces ser la mas agradable á los de el Señor. Hallaste lo que buscabas, y era el blanco de tus deseos: hallaste la gracia para con Dios: gracia que ninguna criatura ha podido encontrar: gracia que establecerá la paz entre Dios, y los hombres rompiendo el muro de division, destruyendo la muerte, y reparando la vida. Porque, llegado es el tiempo anunciado mas ha de siete siglos por Isaias, en que una Vírgen ha de concebir y parir un hijo: esta felicísima Vírgen tan deseada y suspirada de los Justos eres tú. *Ecce concipies, et paries filium.* Sí: tu misma eres la que concebirás en tu seno, y daras al mundo este hijo de las antiguas promesas. Á tí como su Madre corresponde darle nombre sobre la tierra, y ha

de ser aquel nombre sobre todo nombre con que su Padre le ha distinguido ya en el Cielo. Le llamarás Jesus, como que viene con el caracter, y oficios de Salvador. Será grande de todos modos; sus obras, y prodigios le harán reconocer por hijo del Altísimo: él recibirá de tus venas la sangre augusta de David, y ocupará su Solio; no ya aquel transitorio, y terreno, que tuvo el hijo de Jesé, sino como mejor David, ungido con la misma Divinidad, un nuevo Reino, heredado de su Padre Dios, cuya extension no tendrá otros términos, que el Universo, ni su duracion otros límites que la eternidad. *Et regnabit in domo Jacob in æternum.* ¿Qué pudo añadir el Angel para sublimar á María? ¿Toda esta grandeza del Hijo, no resultaba precisamente en la Madre? Carisimos yo os confieso de mi flaqueza que no la alcanzo en su exaltacion, busquémosla en su humildad.

Promesas tan magníficas, pruebas tan decisivas, citas tan seguras, tal Hijo, tan imponderables ventajas, intereses tan grandes,

tan universales, y presentados de una vez á aquella ilustradísima Niña, ¿no os parece, carisimos, que al menos en el pronto no podrian dejarle libertad, para no ocuparse toda de la gloria, y grandeza de su fortuna, su elevacion, y su dignidad? ¡O asombro de humildad! La Vírgen ni en tales circunstancias se olvida un punto de sí, ni pierde de vista su grado, su condicion y sus mas humillantes obligaciones; y cuando la pureza de la boca angélica no le trata sino de concepcion y de parto, ella que hasta entonces ha guardado el mas recatado silencio, despega sus lábios mas puros que de Angel, solo para abogar por su integridad, virginidad y pureza.

¿Y como ha de ser esto? pregunta, ¿como han de tener efecto en mí vuestras promesas? Por mas que ellas sean ventajosas á mi elevacion y fortuna, si para llegar á ser Madre, aunque de tal Hijo cual me ofreceis, es preciso dejar de ser Vírgen: mi eleccion está hecha, mi partido está ya tomado: yo no podré jamas aceptar la Divina Materni-

dad, pues no puedo renunciar á la virginidad que he ofrecido al Señor. *Quoniam virum non cognosco.* ¡Qué respuesta! ¡Qué asombro! ¡Qué Oráculo! ¿No es verdad, mis amados, que ha tenido razon S. Bernardo para decir, que si por un milagro de gracia una Vírgen tan pura y humilde, pudiera al mismo tiempo ser Madre, no lo podria ser sino de un Dios, y que si por un milagro de bondad un Dios se quisiera hacer hombre, no pudiera tomar por Madre sino una Vírgen tan humilde, y tan pura?

Demos, hermanos mios, demos en horabuena, gloria y honor á la virginidad de María, pues que ella sin precepto, sin consejo, ni egemplo, fue la primera que consagró por voto esta preciosísima joya tan agradable á los ojos de Dios, y tan estimable á los de María, que llegó á preferirla á su misma maternidad. Pero de aquí saco yo cuanto estimaba mas su humildad: porque ademas que aquel voto encerraba una humillacion muy profunda por la esterilidad consiguiente, mirada como oprobio

en Israel, es constante que sufrió María
aparecer á los ojos del mundo como des-
pojada de la integridad virginal:. la sombra
santa del Matrimonio obscurecia constante-
mente sus brillos, y ya la vió Simeon con-
fundida en el Templo con las demas muge-
res manchadas practicar las ceremonias le-
gales, como si necesitara purificarse, con-
solándose entretanto María de que la men-
gua aparente, ó descrédito que sufria su
integridad, resultaba en verdadero incremen-
to y realce de la humildad su virtud pre-
dilecta. Es verdad, que agradó al Señor
por aquella: *virginitate placuit*, pero tam-
bien lo es que le concibió por esta: *hu-
militate concepit*. Estuvo solícita de la vir-
ginidad; pero inmovil en la humildad; por-
que no preguntó dicen los PP. como fal-
ta de fe á las promesas del Angel, pues
que el Espíritu Santo por el Oráculo de
Isabel recomendó la fe de María, sino que
creyendo con humildad, y sujetándose con
rendimiento á las órdenes soberanas, quiso
como prudente y celosa del voto oir y sa-

ber el modo con que se obraria el misterio: ¿*Quomodo fiet istud.*?

A tan razonable y recomendable dificultad no tardó en satisfacer el celestial enviado. No delicadísima Vírgen, le dice, no trata de deslucir tu pureza, el que quiere acrisolarla y santificarla con su presencia: no intenta romper ó desatar ese hermoso lazo con que le estas unida, el que solo piensa estrecharse mas y mas contigo. Eres Vírgen consagrada perpetuamente al Señor y el Señor hace uso de lo que es suyo por ese título tan interesante á su honor, para hacer tuyo por otro título el mas interesante á su gloria. Eres Vírgen, y por eso te ha elegido por Madre; pero no serás tu Madre por el modo ordinario que todas. El que formó del barro al primer hombre, y de un hueso á la primera muger, no necesita intervencion de varon, ni conmistion de sexos. Él será el autor de este nuevo prodigio. Vendrá sobre ti el espíritu de pureza, el Espíritu Santo y Santificador: su sombra te amparará contra el ardor de la concupiscen-

cia, de que será exenta esta concepcion milagrosa. Por tanto el que nacerá de ti será Santo no solo por la union hipostática al Verbo de Dios, sino tambien por el modo purísimo de su concepcion del Espíritu Santo. Aquí se agolparán milagros sobre milagros; ¿pero qué cosa será imposible á la fuerza y vigor de la Omnipotencia? El que ha hecho fecunda á la esteril Isabel tu Prima, que cuenta ya el sexto mes de su embarazo, quiere obrar en tí mayores prodigios, dando fecundidad á una Vírgen sin mengua alguna de su pureza. *Quía non erit imposibile apud Deum omne verbum.*

Hasta aquí, carísimos, hasta aquí el embajador de la Gloria. El no pudo hacer mejor sus oficios, ni adelantar por su parte mas este negocio sumo. El habia aclarado las dudas, allanado las dificultades, conciliados los intereses, y franqueado para todos los tesoros de la omnipotencia, sabiduría y bondad del Altísimo. Pero el Cielo no tenia aun sus ventajas, ni la tierra lograba todavia su Salvador: el universo entero y su

Criador estaban pendientes de la decision y respuesta de aquella tierna Virgen.

Aquí sin duda fue donde el Eterno levantó su voz y le clamó del Cielo. Habla Amiga mia, inmaculada mia, heriste mi corazon con la sencillez de paloma, y te has apoderado de mis tesoros, salga á tus labios de la abundancia de tu corazon la respuesta dulcísima que espero: dame tu palabra transitoria y yo te daré mi palabra eterna. ¡O la mas hermosa entre las hijas de Adan, diría el Divino Esposo! Llegue á mis oidos el eco suavísimo de tu respuesta. Callando me agradaste y hablando tambien me agradarás. Haz que yo oiga ahora tu voz, y yo te haré ver el exceso de mi amor y el misterio de la redencion. El deseado de las gentes pulsaría á su corazon diciendo: abreme hermana mia, amiga mia, recíbeme piadosa en tu albergue, vísteme con el trage de tu humanidad y yo te vestiré con la gloria de la Magestad, y pues abriste el corazon á la fe, abre tu boca á la confesion y tus entrañas al Salvador.

Del seno de la tierra subirían otros clamores á encontrarse con los del Cielo: alégrate hija de Sion, regócijate hija de Jerusalen diria el triste Adan con toda su desgraciada posteridad, y pues el Señor ha dado á tus oidos alegria, oigan nuestros oidos de tu boca una respuesta que lleve la alegría y refrigerio á nuestros huesos humillados y enflaquecidos. Mira á los Justos Abrahan, Isaac, Jacob, David y demas Santos tus augustos progenitores, detenidos en tinieblas y sombra de muerte. Criados por la palabra del Eterno, con todo eso morimos, seamos vivificados ahora por tu palabra para nunca morir. De tu respuesta pende el consuelo del Universo, la redencion de los cautivos y la salvacion de los hombres. Los Cielos claman, la tierra suspira, el Rey y Señor de todo la desea y el Angel debe ya volverse á quien le envió.

Y bien prudentísima Virgen guardarás todavia silencio, tendrás por mas tiempo suspenso al mundo de tus labios? Ah! No, María habla, María satisface, María llena

todas las esperanzas y concluye felicísimamente el gran negocio de los siglos, pero sin desmentir jamás su caracter, llevando siempre adelante su empeño y gloriosísima emulacion. Ve empeñado el brazo del Altísimo en sublimarla al extremo mayor de grandeza que puede concebirse, y ella excogita en los secretos abismos de su humildad otro extremo el mayor de bajeza, y abatimiento que puede imaginarse para aparecer en este caso de tanta gloria, mejor diré, para esconderse, ó como perderse á pesar de tanta luz. He aqui, dice al Angel la esclava del Señor *Ecce ancilla Domini.* Carísimos, me confundo y pierdo pie: destinada, inaugurada, proclamada para la suma dignidad de Madre del Verbo, ella insiste, se fija, se publica en la mas vil y baja de todas las condiciones! *Ecce ancilla Domini.* La esclava! Ah! la voz de esclava habia de romper el silencio, y hallar lugar, en tan soberanas y magnificas circunstancias! ¡O humildad inefable, infalible precursora de toda exaltacion.! Albricias Cielos, hombres respirad, vuestra felicidad es se-

gura. Dios va á habitar inmediatamente con vosotros. La nube misteriosa se ha extendido ya sobre el Tabernáculo, una obscuridad impenetrable le acaba de robar de nuestros ojos: de repente le va á llenar la gloria del Señor á la primera palabra que profiera María.

Acercaos Gentes, y oid: Pueblos atended: suene el eco dulcísimo de esta voz por toda la redondez de la tierra: alégrense los valles y destilen dulzura los Montes, y tú habitacion de Sion alégrate y levanta la aclamacion á tu Reina, que fecundada del espíritu de Dios con toda la abundancia de riqueza, bondad y misericordia vá á producir una palabra, que ha de hacer manifiesta la gloria de su voz muy semejante á la gloria de Dios Padre, pues el verbo de Dios, y de María no serán dos verbos, ó palabras sino solo una.

Fiat, dice María al Angel en este punto, *fiat mihi secundum verbum tuum*. Cúmplase en horabuena: hágase en mi conforme á tus palabras ¡O Palabra poderosísima y sa-

pientísima fuente de la sabiduría de Dios en las alturas, y principio de la iluminacion del Mundo. Palabra que habló María y dio ser mejor á todo; que mandó y todas las cosas fueron reformadas. ¡O corazon purísimo mas ancharoso, hermoso y dilatado, que el Cielo, corazon glorioso, salutífero, Deífero del cual salió á tu boca tan dulce y misericordiosa palabra! ¡O boca graciosísima, puerta del Paraiso, torrente de las delicias de Dios, que asi llenó de alegría y consuelo al universo, que en un instante consoló á todos los que lloraban y se entristecían en Sion, dándoles corona por la ceniza, uncion de alegría por el llanto, y vestidura de alabanza por el espíritu de tristeza, *fiat*.

¡Quién investigará esta palabra¡ ¡Quién penetrará su virtud! ¡Quién numerará sus provechos! ¡Quién se atreverá á explicar el verbo de Dios y de María! La palabra Dios y la palabra hombre: verbo antiguo y verbo nuevo, verbo no hecho ni criado, sino engendrado de la substancia misma del Pa-

dre, y verbo hecho, criado y engendrado de la propia substancia de la Madre! Verbo no hecho sino hacedor y verbo hecho á la imagen del pecador. ¡Carísimos desfallecen en tan incomprehensibles arcanos mis tristes luces. Ni encuentra mi lengua voces para desahogar los afecto en que se anega mi corazon. ¡O luz indeficiente sagrada obscuridad de la fe, llave inestimable de las confianzas del Eterno con los mortales, báculo segurísimo sin el cual ninguno estará firme, ni dará paso cierto á su salvacion, conforta ahora mi flaqueza y despierta á los que me oyen para que entiendan, agradezcan y adoren el principio de su eterno remedio, que les trajo María con su palabra *fiat mihi secumdum verbum tuum.*

En el instante mismo que María dió su consentemiento el Espìritu Santo obró en su seno virginal la mayor y mas estupenda de todas las obras de Dios. Tomó de la purísima sangre de la Virgen la materia vastante y conveniente á un cuerpecito humano; lo formó, organízó y dispuso en toda per-

feccion y semejanza á los demas niños: lo animó con la mas noble y bien dotada de todas las almas racionales, criada al mismo punto, en esto y para esto: y sin dejar correr instante en que esta humana naturaleza pudiera subsistir por sí y ser puro hombre, el Hijo del Altísimo, el Verbo de Dios ¡O prodigio! desposó consigo aquella criada naturaleza, tomó posesion de ella, la apropió á su Persona con un vínculo eterno indisoluble, por la union mas íntima, real y substancial, que puede imaginarse, que llama la Iglesia union hipostática, ó de Persona. De modo que sin destruir el verbo el ser de hombre que tomó, dio al hombre el ser de Dios, que jamás hubiera podido tener, sino por este inefable desposorio entre la Divina y humana naturaleza, de que resultó Jesucristo Dios, y hombre. Dios eterno, como hijo del Padre, y Niño de un dia como hijo de la Madre: sin que puedan llamarse dos hijos, no habiendo mas que un Cristo ó una Persona Divina: Hombre para poder padecer, y Dios para bastar á satis-

facer. Pues á esta Persona se aplican todas las acciones y propiedades de una y otra naturaleza, de modo que puede decirse con verdad y propiedad católica, que el Eterno empezaba á vivir, el inmenso estaba encerrado, el Inmortal corria ya peligros de muerte. Como tambien que en su primer instante aquel Niño era ya Omnipotente, Sapientísimo, Eterno, Infinito en todas sus perfecciones y atributos Divinos, y el mismo engendrado de la sangre de María concebido y parido por María, y por consiguiente verdadero hijo de María, y María verdadera Madre del mismo Dios, que el Padre engendra en la eternidad.

A esta voz de Madre de Dios, hermanos mios, yo os confieso, que no quisiera añadir otra, por no borrar y obscurecer su grandeza. Madre de Dios! Carísima Madre de Dios! Nuestro entendimiento ha podido llegar á esta idea, porque nos la han enseñado; y con todo eso llegamos creyendo con humildad, no escudriñando, ó queriendo comprehender. Pero no midamos ya esta

altura por nuestros alcances pobres limitados; preguntemos mas bien, ¿los hay acaso en los tesoros de la Omnipotencia, ó en los arcanos de la sabiduría de Dios para levantar algo mas una criatura pura? Aqui reunen su voz todos los Padres nuestros. Mayores Cielos, mejores criaturas, universo, ó universos, mas y mas perfectos, bien puede Dios hacer, pero mayor ni mejor Madre que la Madre de Dios, es imposible aun á quien todo lo puede.

¿Veis ya carísimos á qué punto de elevacion condujo á María su humildad? Su humildad sí. ¿Por qué cuando fue cuando subió á tanta altura, sino cuando ella sacó de la profundidad de su nada aquel felicísimo consentimiento, aquella humildísima y rendidísima contestacion *Ecce ancilla Domini fiat mihi.*? Ah! qué no se me hable ya de aquel *fiat* primero que saliendo de la Omnipotencia tuvo solo por término criaturas. Ya no veo ahí lo espantoso; pero que el *fiat* de María sacado de la nada de su humildad, tuviese por término al Criador, haciéndola

participante de la Divina fecundidad *ad intra*, y muy semejante en el modo á la gloria solo propia del Padre; eso es lo que no se puede bastamente admirar. Ved la semejanza pasmosa. Mira el Eterno Padre á sus perfecciones Divinas, y como en esta purísima contemplacion de su inmensa grandeza produce al Verbo, le engendra por consiguiente imágen viva de su substancia, Dios como él, é igual en todas sus perfecciones Divinas. Y mira por el contrario María, no su grandeza, perfeccion y virtudes, sino su propio fondo y pequeñez, su nada como criatura, cuando dice, *Ecce ancilla Domini fiat mihi.* Y como en esta profundísima contemplacion de su nada, concibe á su Unigenito, por consiguiente aunque Dios verdadero le engendra anonadado, humillado, abatido, y en todo semejante á su Madre ¡Qué asombro! Al mirarse el Padre, Dios le dió la forma de Dios. Al mirarse esclava Marìa le da la forma de siervo. *Humilitate concepit.* ¿Qué tal fue la humildad que asi obscureció la deidad? ¡Qué tal la exaltacion,

que tuvo tal poder sobre Dios! Pensadlo carísimos, yo no lo sé ni os quiero molestar mas.

¡O María! Que en horabuena todo se cumpla segun vuestra palabra. Que el sol Divino se levante en fin y siga su carrera como el Esposo en el dia solemne de sus bodas, dando con alegria esos pasos de gigante del Sumo Cielo, hasta la tierra humilde y virginal de tus entrañas, y no haya quien se esconda ya á sus benignos rayos. Que la eterna verdad aparezca y resuene en todo el Orbe, ilustre y disipe nuestros errores, que la justícia y la paz, enlazadas en vuestro vientre, salgan á derramar la misericordia sobre los afligidos mortales. Vuestra palabra será quien produzca estos maravillosos efectos, y ella misma á pesar de vuestra humildad profundísima os llevará á estos puntos de poder y grandeza inconcebible. Y si algun gusano de la tierra ha tenido hasta aqui el rídiculo orgullo de hincharse y quererse levantar sobre el polvo que le constituye y le sitia, se avergüence y confunda

á vista de estas portentosas humillaciones de la mayor grandeza y de la misma Magestad de Dios.

De buena fé, Católicos. ¿Qué somos y que tenemos que no hayamos recibido, y si lo hemos recibido porque nos gloriamos en ello como si fuera nuestro? Gloriemonos si nos hemos de gloriar en nuestra enfermedad y flaqueza, para que esta humillacion atraiga sobre nosotros la virtud y gracia de Jesucristo: porque ¿á quién miraré yo, y sobre quien descansará mi espíritu dice el Señor, sino sobre el humilde de corazon? Cuanta perfeccion y grandeza tuvo la Santísima Vírgen María, y con todo eso ¿cuál fué lo que fijó los ojos del Señor para obrar en ella las grandes maravillas de su poder? No podreis reusar el testimonio: la misma Señora lo dijo. *Quia respexit humilitatem Ancillæ suæ.* Su humildad, su profundísima humildad. Seamos muy humildes carísimos, y á cargo de Dios será levantarnos hasta la suma felici-que os deseo á todos. Amen.

Ego Mater pulcræ dilectionis::::et flores mei fructus honoris, et honestatis.

Yo soy Madre del amor perfecto: y mis flores frutos de honor y de honestidad. Ecle. C. 24.

¿Qué circunstancia falta hoy, mis amados oyentes, para hacer completa nuestra alegría? ¿Si algun dia han de salir de madre nuestros júbilos, y ha de ocupar un gozo lleno nuestro corazon, cuando mejor, que cuando el Cielo, la tierra, la Iglesia toda, nuestros amigos, y hasta nuestros enemigos subyugados todos conspiran á labrar nuestra corona, nuestra libertad, nuestro triunfo, nuestra exaltacion? ¿qué objetos son los que ocupan hoy nuestros espíritus? ¿qué sucesos nos recuerda la augusta pompa de esta plausible solemnidad? qué vemos hoy sino

los Cielos inclinados, abiertas las esferas, comunicados ambos orbes, visitada nuestra tierra por la Soberana Emperatriz del Empíreo, rotas nuestras cadenas, enjugado nuestro llanto, resarcido nuestro oprobio, y establecida sobre otro Pedro, como piedra firmisima, una familia de Redentores, que perpetúen entre nosotros aquellas glorias, honras, y beneficios? ¿qué vemos en fin sino las pruebas mas incontestables de una predileccion singular, de la Madre del amor perfecto, y sus frutos mas sazonados de honor y de honestidad? *Ego Mater pulcræ dilectionis::::et flores mei fructus honoris et honestatis.*

¿Quien digera, hermanos mios, que el Espíritu Santo que nos acaba de hablar en este sitio, nos habia de indicar los misterios gozosisimos de esta plausible solemnidad sobre la escena triste y lastimosa del Calvario, y que para hacernos ver á María tan esclarecida y gloriosa en los hijos de su adopcion, nos la habia de mostrar la mas afligida, y desconsolada junto al hijo natural

de su vientre? *Stabat juxta Crucem Jesu Mater ejus.* Por qué si la alegría de la música viene mal al llanto, el llanto vendrá mejor en la alegría?

Pero si reflejamos un poco, y entramos á penetrar en cuanto nos es permitido los arcanos, y misterios de un Dios redentor, que cargando sobre sì nuestras propias miserias se entrega á la muerte para libertarnos, y adquirirse por este medio un reino que le fuese aceptable, entónces conocerémos el intimo enlace, y conexion esencial de este Evangelio con esta solemnidad.

La sangre de Jesucristo entregada por la libertad de los siervos fué el egemplar, y el modelo sobre que Marìa se adquirió para con nosotros todos sus derechos de Madre, engendrandonos por una adopcion dolorosa, así como su hijo nos reengendró por una adopcion sangrienta: de este modo los que como hijos de la primera muger, de la esclava, de la extrangera, éramos compreendidos en su destierro y servidumbre, como hijos ya de la segunda, de la libre, de la señora tu-

viesemos derecho á la herencia de nuestro Padre, y fuesemos como fruto y adquisicion propia de sus dolores.

Así ni la palabra eterna, cuyo decir es hacer, llamó á María Madre respecto de los hombres, hasta que la vió padecer generosamente al pie de la Cruz, cooperando en cuanto estuvo de su parte á nuestra redencion; ni María pudiera gloriarse con el dulcisimo título de Madre, y Madre de un amor perfecto, si no nos hubiera ganado á tanta costa. *Ecce Mater tua. Ego Mater pulcræ dilectionis.*

¿Pero si esta fué una ganancia para María qué ganancia no fué para nosotros? Porque reflejad hermanos mios, que esta adquisicion de María le dió un título eterno, y derecho de propiedad que no habia de perder, ni descuidar jamas. Y á la manera que su hijo subiendo á la diestra del Padre, se aprovecha de todo su valimiento, y los derechos que ganó con su sangre, para hacer allí los oficios del mas fiel abogado por el pueblo de su adquisicion, así

María coronada Reina á la diestra del hijo, jamás ha descuidado la herencia que se ganó al pie de la Cruz con sus penas, para plantar y procurar en ella flores suavisimas de virtudes, frutos de vida eterna, frutos de honor y de honestidad, segun aquel encargo del Calvario. *Ecce filius tuus, flores mei fructus honoris, et honestatis.*

Sobre estos incontestables principios descubro yo ahora claramente como traen su orígen del Calvario todas cuantas gracias recibimos de María; pero muy especialmente aquel favor inponderable, aquella fineza singular que esta Señora hizo á nuestra España en la ocasion de su mayor oprobio, bajando á Barcelona en su socorro, y fundando esta esclarecida familia de Redentores, especialísimos hijos suyos, sobre las ideas y egemplo de la primera redencion: porque si aquella se fundó sobre la inmensa caridad de un Dios, que jamas tuvo semejante; esta se fundó sobre la caridad mayor que puede concebirse. Asi se acreditó María en madre del amor perfecto, y asi está hija de Ma-

ría hizó brillar sus fuerzas de honor y de honestidad. *Ego Mater pulcræ dilectionis, et flores mei fructus honoris et honestatis.*

Ved ai mis amados oyentes, el plan y division de mi discurso. María bajando del alto solio de su elevacion á fundar la Merced, ostenta el esceso de su amor maternal. 1ª parte. La Merced subiendo á la alta cumbre de su perfeccion en la redencion de cautivos ostenta los frutos de su amor filial. 2ª parte.

Todo conspira á nuestro honor y nuestro provecho, no seamos indiferentes hermanos mios, á nuestros mas gloriosos intereses, que solo pueden deslucir y rebajar mi torpe labio; pero vos Dios mio, Dios escondido en ese Sacramento, ¡ah! los ojos de nuestra fé os descubren mucho mas cierta y seguramente que pudieran hacerlo nuestros mortales ojos. ¡Vos sois todo nuestro consuelo, nuestro recurso, nuestro tesoro, y nuestras delicias! ¡Qué gloria para nosotros gran Dios el teneros como aprisionado y cautivo en esos accidentes, obediente á la voz del hombre,

para que nó nós podais dejar solos en el lugar de nuestro destierro, mientras que duraren los siglos! ¡Y qué gloria para vos Jesus mio, el tener como encadenadas nuestras almas á ese viril, y cautivo nuestro entendimiento en obsequio de vuestra palabra infalible, para conducirnos por estas temporales prisiones á la libertad eterna! Obrad Señor, obrad ahora como podeis para gloria de vuestra Madre sin respeto alguno á mi indignidad y mi insuficiencia. ¿Qué parte tienen en ella estos fieles, que llenos de piedad y ternura buscan su luz y el apoyo de su devocion en esta Cátedra de la verdad? Sostened, Señor, nuestro ministerio, y acompañe vuestra palabra interior á mis rudas voces, para que todos mis oyentes sean penetrados de amor y reconocimiento á nuestra comun Madre María, por quien os obligamos saludándola con el Angel.

AVE MARIA.

El Señor usando de su autoridad y poder me dijó *tunc præcepit et dixit mihi.* Tuyas son todas las gentes, tu tienes el dominio y Señorío sobre todos los Reynos y Naciones del Orbe: pero establece tu habitacion en Jacob, funda tu herencia en Isrrael, y echa raices en la tierra de mis escogidos. Asi esplica nuestra Soberana Reyna María los designios que le ha comunicado el Altísimo en el Santo Libro del Eclesiástico; y aunque todos los Reynos Cristianos, místicos hijos de Jacob por Jesucristo su descendiente, aspiran á esta gloria de ser la heredad dichosa y porcion escojida de María, España, hermanos mios, mas feliz en esta sola prerrogativa, que en cuantas ventajas naturales, la hicieron siempre el objeto de la emulacion y envidia de las Naciones, nuestra España ha recibido en todos tiempos unos testimonios tan ilustres y tan evidentes de esta predileccion de María, que ninguna Nacion puede mejor gloriarse de ser aquella herencia singular que esta Señora recibió de mâno del Altísimo para establecer en ella su Tro-

no, fijar su habitacion, recibir homenages de Reyna, y profundizar mas y mas las raices de su proteccion amorosa.

¿Qué Templo vió jamas España en que María no tuviese sus aras? ¿Qué misterio que no tuviese su festividad? ¿Qué título ó advocacion á que no se consagrasen Imágenes, Altares y cultos? ¿Qué Español que no fuese alimentado con esta leche de la devocion Mariana, desde que España recibió las primeras luces del Evangelio por aquel zeloso amante de María, que incorporando las glorias de su Maternidad y Virginidad en el primer Símbolo de los Apóstoles, hizo de ellas un artículo de nuestra fé? ¿Pero acaso ha sido esta obra de nuestra industria? El primero de nuestros augustos Templos, la primera Imágen de María ante quien doblaron su rodilla los Españoles, digannos si fueron obras de la invencion ó del cincel humano. ¡Ah! Las columnas, las piedras mismas clamarán desde aquella antigüedad rayana á los principios de la religion lo que decia el autor de ella á sus mas amados dis-

cípulos. *Non vos me elegistis, sed ego elegi vos.* Sí, María antes que nosotros pensasemos en ella, antes que pudiesemos mirarla con afecto de hijos, ya habia puesto en nosotros sus benditos ojos, y concebidónos piadosa en las entrañas de su caridad, como Madre del amor mas tierno y mas puro. *Ego Mater Pulcræ dilectionis.*

Y si nuestro juicio parece recusable en materia de tanto interes propio, yo convengo en callar, para que sean oidos y creidos solo otros testimonios no menos ilustres y evidentes, que la misma Señora nos ha repetido de su eleccion, en que no puede haber sospecha. *Ego scio quos elegi.* Convengo en callar; porque aunque yo enmudeciese hoy, este dia, este mismo Templo, esta Sagrada Religion Mercenaria, esta piadosa pompa y solemnidad, repetida ya por casi seis siglos en la Iglesia, como podrian menos de testificar y publicar su orígen, ocasion y principio en el amor singular de nuestra Madre, nuestra dulcísima Madre, cuando bajando á Barcelona honró por la tercera vez, y santificó nuestra tierra con sus Sagradas plantas, movida

de la afliccion y miseria de nuestros cautivos; y fundó para su rescate y remedio esta familia esclarecida de Redentores, hijos especialísimos suyos, en que dejó depositada su caridad, aquella caridad sin igual que solo puede ser hija de tal Madre. *Ego Mater Pulcræ dilectionis.*

Para ponderar y reflexionar como debemos hoy hermanos mios, la grandeza de este beneficio, es indispensable recordaros el conflicto lastimoso en que se hallaba España en aquel tiempo: pues que los beneficios crecen cuanto mayores son los males de que nos libran. ¿Pero cómo podre yo representaros aquel conflicto sin afligir vuestros espíritus con las memorias mas funestas y mas amargas? Tiempo hubo ¡oh dias de llanto, de tribulacion y miseria! ¿os llamaré yo desgraciados ó felices? felices os podia yo llamar, porque siempre anda la misericordia cerca de la miseria, y por esta parte se puede llamar feliz hasta la misma culpa ¿ pero qué dias vió España mas obscuros? ellos cubrieron de infamia y de ignominia toda la gloria de esta floreciente Nacion. Dias de sangre y

de tinieblas, de crueldad y captividad, de violencia y barbaridad execrable, dias funestísimos, ¡oh nunca os borreis de nuestra memoria, y que ella nos sirva de escarmiento en todos los siglos que sucedan!

Feliz España, si hubieras estimado siempre tu dignidad y tu eleccion, si hubieras reconocido tu proteccion Mariana, y aprovecháḍote de ella para apoyar tu grandeza sobre tu virtud, si hubieras acogido siempre en tu trono la equidad y justicia, si hubieras hecho consistir la gloria de tu dominacion en la sujecion al supremo de los Señores, y tu libertad en la dependencia de sus preceptos. Estos eran los medios por donde te debia conducir la proteccion de María á coronarte siempre de laureles; pero los escándalos y crueldad de Witiza, la violencia y desenfreno de Rodrigo, la disolucion de una Corte lisongera, los excesos de un Pueblo ciego que se conforma al fatal egemplo de sus Reyes son un diluvio de delitos, que no se puede purgar sin otro diluvio de males.

Desgraciada España, el fuego de la cólera divina se ha encendido, la olla misteriosa del Profeta exala ya su mortal y pestilente azufre, del Aquilon sopla furioso el viento que va á marchitar y consumir toda tu lozanía, y hermosura. Una inundacion de bárbaros á la manera de un torrente impetuoso que todo lo arrastra, sin mas derecho que su ambicion, sin mas ley que su antojo, sin mas límite que su poder, sin mas razones que su espada fuerzan tus barreras, confunden tus términos, angostan tus límites, asolan tus Pueblos, incendian tus campos, pasan á cuchillo á cuantos intentan defenderse: todo lo saquea la codicia de aquellos bárbaros, todo lo mancha su brutalidad sin distincion de sexo, la espada devora, el fuego consume, la hambre persigue hasta en las quebradas de las rocas, y en el seno de las mas altas montañas: vuela el susto, y la desgracia por todas partes, y hasta en las Provincias mas remotas no se oyen sino anuncios tristes de que todo está perdido. Y en efecto no se

hubiera librado cosa alguna, si no fuera por la avaricia, y la saña del vencedor, que reduce á una miserable esclavitud mas amarga, que la misma muerte á aquellos pocos de tus hijos, que perdonan los filos de sus ya cansados y ensangrentados alfanjes. Jamas se vió tan horrible desolacion, ni se cumplió mas á la letra aquel Divino Oráculo del Eclesiástico. *Las maldades son causa de que los Reinos se transfieran de una á otra dominacion.* En menos de tres años casi toda España cayó bajo el yugo de los infieles.

No volvais la cara, hermanos mios, si teneis corazones de carne, y algunos sentimientos de humanidad, no volvais la cara á examinar los estragos de una tempestad tan deshecha. Lo menos son aquellos rios de sangre; aquellos montones de cadáveres yertos, y cubiertos de polvo, que se encuentran víctimas de su honor y su religion; ellos purgan á la tierra de sus delitos, mientras que sus almas libres ya de los tiros de sus contrarios descansan en la region de paz. Lo que mas

solicitará vuestra compasion serán aquellos ayes penetrantes, aquellos lamentos sentidísimos de los que quedan aun en presa de sus tiranos, envidiando la suerte de los difuntos. Aquellos ancianos respetables que agoviados sobre el peso de sus años con el yerro de las cadenas arrollan de nuevo sus consumidas mejillas con mesuradas, pero amargas lágrimas. Aquellos Ilmos. Ciudadanos, que brillaban por su virtud y su nacimiento vestidos de púrpura en los primeros lugares desnudos y arrojados en la obscuridad é indecencia de un calabozo: atropellado el respecto de nuestras nobles Matronas arrancadas á sus consortes indefensos y desfallecidos, y cambiando sus honestos brazos por los ultrages del que las persigue. La honestidad y el pudor de nuestras delicadas doncellas entregadas al desenfreno mas grosero y mas bárbaro, ó reservadas por un odio blando y afable todavía mas peligroso, que amando las sacrifica á sus pasiones brutales. Los infantes tiernos, inocentes é incautos á quienes por

la leche de la sana doctrina sostituyen el veneno de la seduccion mahometana. Un clamor, un gemido universal acompañado con el ruido de los grillos las cadenas y las argollas. ¡Cruel expectáculo! Ah! ¿quien puede reportar su reflexion?

No mis amados, no paseis adelante, ni penseis consolaros ya con aquellos lugares de refugio, que hacian el general consuelo en vuestras desgracias. Los Templos del Señor ¡Ah! aquellas áras sacrosantas en que reposaba el Santo de los Santos, la Magestad del Dios de los Egércitos, despues de profanados por unas plantas incircuncisas, á quienes estaban vedados sus umbrales, reducidos á montones de piedras denegridas, y sus caminos desiertos en los dias de sus antiguas solemnidades; sus Sacerdotes abatidos con el dolor y el llanto, despojados de sus sagradas funciones aumentando las corrientes del Tajo, el Ebro, el Guadalquivir, el Guadiana, y agravando la confusion de sus rebaños saqueados y dispersos.

España ¡Ah! tu que eras la señora en-

vidiada de las naciones, tu que repartias órdenes soberanas á las provincias mas opulentas, tu, ¡ah! tu te viste obligada á abrazar el yugo de la servidumbre mas infame, y á pagar el mas vergonzoso tributo ¡O si yo tuviera ahora el espíritu de un Jeremías para lamentar el catastrofe de esta desgraciada Jerusalen! ¡Que rasgo, que imágen, que figura de cuantas previó aquel Profeta no tuvo entonces su cumplimiento, y pudiera tener su lugar en mi discurso!

Dios grande, Dios piadoso, Padre clementísimo, ¿habreis olvidado para siempre vuestras antiguas misericordias ofrecidas á nuestros padres? dejaréis abandonadas, y sin socorro las reliquias de vuestro Pueblo, para que sean consumidos como muertos en las mazmorras, que hacen resonar vuestro Santo nombre, y que los gentiles tomen de aqui ocasion para insultar vuestro soberano poder? Gran Dios, ¿falta ya cerca de vuestro Trono quien abogue por nuestra causa, y se muestre sensible á nuestras miserias, no ha quedado una Judit en Judá, ni una Débora en

Isrrael? ¿nuestra Ester dichosa se olvida acaso en su elevacion de nuestras desgracias? ¿no tiene esta heredad dueño propio? y si lo tiene puede permanecer insensible ó indiferente en tan horrible estrago, y desolacion?

Estos eran los clamores con que Nolasco hacia suave fuerza al Cielo por los años de 1218, mientras su caridad le llevaba como otro Tobías de un calabozo en otro á ser testigo y consuelo de los infelices cautivos. Cuando veo aquí mis amados oyentes, que en la noche del primero de Agosto ¡O noche mas clara para España, que el mas resplandeciente de tus dias! una luz nueva se desprende de los collados eternos. La estrella hermosa de Jacob vuelve á aparecer en nuestro Hemisferio. La voz de la Tórtola compasiva se oye en nuestra tierra. María, la Soberana Reyna de los Angeles María no fia á ninguno de ellos este encargo; habia aprendido en el Calvario que el negocio de la Redencion es muy personal de la Redentora. Como amorosa Madre no fia á otra el remedio que puede mas bien dar á sus

hijos por si misma. ¡Que asombro hermanos mios¡ ¡Que expectáculo para los hombres, para los Angeles, y para el mismo Dios tan agradable! Los que se pasmaban en su Asuncion de ver subir de la tierra una hermosura tan peregrina; ¿como podrian suspender sus admiraciones viendo bajar á la tierra una grandeza tan soberana? ¿*Quæ est ista quæ descendit delitiis afluens*? Dirán, ¿Quién es esta que baja al lugar miserable donde no hay sino dolor, trabajo y afliccion de espíritu, destilando el panal dulcísimo de su caridad, las entrañas de su misericordia y piedad y la prerogativa singular de su proteccion amorosa? ¿Quién es esta, quién sino la Madre del amor mas fino, y mas perfecto. *Mater pulcræ dilectionis.*

¡O si la hubieramos visto, hermanos mios, aquella noche por Barcelóna, que eficaz, que solicita, ya en el palacio del Rey, ya en el Convento del Confesor, ya en la Casa particular de Nolasco, tratando y procurando nuestro remedio! !O si hubieramos oido sus dulcisimos razonamientos! Nolasco, hijo mio,

Nolasco, le diría, yo he visto la ternura de tu compasion, y el ardor de tu caridad para tus hermanos Cautivos: tu eres la persona mas cabal y adecuada para mis amorosos designios. Tu te has afligido hasta aquí por los males de su cautiverio, piensa como podrá estar el corazon de una Madre que tan tiernamente los ama. Yo he alcanzado del Altísimo el decreto de su libertad y bajo á cumplirlo con la autoridad de mi Hijo: tu y los tuyos que desde hoy reconozco por mis predilectos habeis de ser los que me saqueis con honor de este empeño. Nolasco ya conoces lo que quiere decir Redentor, y á cuanta costa se ganó mi Unigenito este glorioso título. ¿Aquel egemplo no tendrá imitador en el mundo? ¿Y en qué se conocerán los hijos de una Madre si les falta la semejanza? ¡Ah Nolasco, yo delicada Vírgen, Madre tierna, yo tuve valor por amor de mi pueblo para entregar á mi Hijo á los clavos y verle morir en la Cruz. Mi amor á los hombres no se ha disminuido, y los ayes de los cautivos penetran de continuo mis entrañas, ya pue-

des conocer tu destino desde el punto que te llamé mi hijo, ¿tendras valor para aceptarlo todo por su remedio? Pues yo te entrego desde ahora á las cárceles, á los grillos, á las cadenas, á los suplicios, á todo género de penalidad y á la muerte misma, por librar de la opresion y peligro grave en que gimen mis pobrecillos miserables cautivos. *Suscipe nate mortem.* Este será el carácter en que conozca el mundo que sois mis hijos predilectos: á todas partes llevaréis mi nombre por divisa, y yo me gloriare de ser la Madre de la Merced, la fundadora, la inventora y la protectora de una caridad tan heróica. *Ego Mater pulchræ dilectionis.*

Raimundo tu virtud y talento son notorios, tu puedes ayudarme en esta empresa, que me hace bajar del Cielo á interesarte, tu gobiernas las puras, las piadosas conciencias de Jaime y de Nolasco, tus consejos sublimes les asegurarán de mi voluntad y dirigirán en la grande obra de la redencion de cautivos. Yo misma soy la Agente

que la solicita; mucho te digo y mas espero de tu caridad.

Jayme, piadoso Jayme, tu conoces que has recibido de mi el cetro, y me debes todo el acierto en tus leyes y tu gobierno: yo te elegí para la Corona de España, y he elegido tambien tu reynado como el mas propicio á mis intereses que tambien son tuyos: tus vasallos cautivos son mis hijos, mira si por mi, por ti, y por ellos debes proteger y ayudar el proyecto que traigo de su redencion.

Dichoso Jayme, dichoso Raymundo, dichosisímo Nolasco, vosotros solos, que lograsteis ver su peregrina hermosura y recibir de su boca divina estas ordenes soberanas, deberiais hablar en este sitio, solo vosotros pudierais decirnos algo de lo mucho que observasteis de los incendios de su caridad, de los afectos ternísimos de su corazon amoroso, del zelo, suavidad, piedad, ternura, compasion, anelo, empeño, generosidad, y demas dulcísimas caridades que la acreditaban nuestra Madre, y Madre del amor mas

puro y perfecto, *Ego Mater pulchræ dilectionis.* No hay voces, hermanos mios faltan en este lance expresiones dignas de tal objeto. Las lágrimas de alegría y consuelo son las que pueden solamente desahogar un tanto nuestro reconocimiento y gratitud.

Un prodigio tan asombroso, un hecho tan auténtico, un beneficio tan desusado, y tan nuevo vuela luego por todo el Orbe cristiano. Roma se regocija, la Iglesia se alegra, las Naciones se conmueven, España se alboroza, se pasma el Mundo, y hasta los mismos bárbaros admirados admiten contentos el partido de la redencion. Por todas partes se oyen los antiguos cánticos de alabanza, y empiezan á resonar en los calabozos lóbregos las voces de alegría y consuelo. Bendito sea para siempre el Señor Dios de Israel que se ha dignado visitarnos por la Madre de Misericordia, y enviado la redencion á su Pueblo. *Benedictus Dominus Deus Israel &c.*

Nolasco entonces no se detiene un punto: en el mas árduo de todos los proyec-

tos no encuentra dificultad alguna. Ah! se avergüenza de este nombre la caridad, dice S. Agustin, *Amor nomen dificultatis erubescit*. Cual un fuego siempre inquieto y fogoso sale, va, vuelve, camina, habla, solicita, empreende, todo le es favorable á sus designios: el Imperio, y el Vaticano á porfia le autorizan, y le sostienen: levanta su Real religiosa, Militar bandera, y á millares encuentra quien le siga, se aliste y abrace su instituto. Asi casi de repente se ve nacer en el ameno campo de la Iglesia este frondoso árbol mercenario, crecer y extender sus ramas á la manera del Terebinto al par de las corrientes, cual el Cinamomo que exala el bálsamo suavísimo de piedad y misericordia, y como oliva fecunda que se muestra cargada de flores, de virtudes, frutos preciosísimos de honor y de honestidad, como planta propia de María, *Flores mei fructus honoris, et honestatis.* Que es la segunda parte.

Bastaría decir esto, mis amados oyentes para haber hecho el completo elogio de la merced: esta fue obra de María. Este fue un árbol para el que la misma Señora escogió y preparó la tierra: ella profundizó sus raices de caridad perfectísima, ella misma le ha regado, cultivado, y fomentado con el mayor esmero y vigilancia; y si el el árbol bueno no puede dar frutos malos, ¿cuales serán los frutos de este mercenario instituto? No lo dudemos Señores, ellos han sido tales que María no ha dudado reconocerlos por suyos como frutos de honor y de honestidad. *Flores mei fructus honoris, et honestatis.*

Cuando yo digo frutos de honor, Religion esclarecidísima, yo no entiendo esta voz como la entiende el Mundo. No intento hablar del Real blason que te distingue. Es verdad que Jacobo 1º de Aragon no pudo hacerte una condecoracion mas honrosa que colocar por su propia mano sus armas en tu escudo el primer dia que vistió los pechos de tus nobles hijos, ¿pero cuando su-

bieron mas sus barras? ¿acaso no recibieron ellas mas honor logrando por este medio verse colocadas en el soberano pecho de María en tantas ocasiones como se manifestó vestida de tu hábito, ya en el Coro de Barcelona sentada como Prelada en su silla propia acompañada de Angeles cantando las alabanzas Divinas, ya visitando y bendiciendo como Madre por las noches las celdas de sus hijos?

Despues de esta elevacion de tu origen, despues de este primer agigantado paso de tu nobleza, ¿podrá ya referirse como honor tuyo los ilustres ascendientes ni las Reales cunas de algunos de tus hijos, sus títulos privilegios y distinciones, ni aun las mismas dignidades y exaltaciones Eclesiásticas, que por ser de otra Gerarquía espiritual son mas atendibles como consecuencia necesaria de la ciencia, los talentos y las virtudes? quiero decir mas de 13 Capelos que te adornan, mas de 160 Mitras que te ilustran, tantas borlas dignamente colocadas en tus Doctores sin número, las Cátedras desempeñadas con el ma-

yor aplauso, tantos libros, tantos escritores que han merecido los mayores elogios y gracías de la Santa Silla. Las altas confianzas de los Soberanos, las comisiones mas importantes á los Reinos, tantos servicios considerables hechos al estado y á la Iglesia? todas estas glorias, está bien que las publiquen, y hayan transferido á la posteridad de todos los siglos los Sumos Pontífices Inocencio y Alejandro IV, Juan XX, Bonifacio VIII, Urbano VI, Nicolao V, Calixto III, Julio II, Clemente VIII, otros en sus breves, en sus Bulas, en sus rescriptos. Está bien, y es muy justo, que se reconozcan obligados á tus servicios, los Soberanos D. Pedro III, D. Juan I.º y II.º Los Jaimes, los Alonsos, los Martinez, y que se lea para siempre en sus cédulas que tu has sido la honorificencia del Omnipotente, el lustre mayor de sus coronas, la mayor utilidad y provecho de sus Monarquías. Yo sé que estos son testimonios de tu honor, que pudieran por esta parte sola dar materia á muchos elogios en otras

asambleas menos religiosas académicas ó políticas: Pero hablamos delante del Dios anonadado, abatido, y Crucificado por nuestro rescate, y á la presencia de tu Madre que fincó tu mayor exaltacion y honor sobre la imitacion de aquella caridad redentora. *Inspice et fac secumdum exemplar, quod tibi in monte monstratum est.* Asi yo no he de de buscar hoy tu honor en tus barras, sino en tu Cruz, por los calabozos, entre las cadenas, los oprobios y los tormentos. *Honorifico ministerium meum*, decía el Apóstol, henro mi ministerio, este es mi mayor honor: despues que me alisté bajo las banderas del Crucificado, ni mi esclarecido linage por Abraham, ni mis progresos por las letras, en que he aventajado á mis coetaneos, ni mi elevacion al tercer Cielo, nada de esto es asunto para que yo me glorie. Sólo la Cruz de Jesucristo, y aquellas señales con que yo he procurado copiar en mi cuerpo su Imágen dolorosa son el blason de mi honor y mi gloria.

Asi Religion Santa la sangre derramada

por la redencion de tus hermanos cautivos son tus mas preciosas púrpuras. Su libertad es tu corona, las cicatrices, las heridas, los sudores y afanes con que tu ardiente caridad te expone por mar y tierra á todo riesgo por la salvacion y libertad de los infelices cautivos, estos son los caracteres brillantes y Reales cédulas con que se escribe tu distinguido honor y gloria inmortal, y los frutos de honor y de honestidad que tu Madre y Fundadora reconoce por suyos, *flores mei fructus honoris, et honestatis.*

A este punto de vista hermanos mios, que campo tan ameno y tan vasto, que espectáculo tan agradable y magnífico me presenta la Religion Mercenaria. Avergüencese y escóndase la antigua, la ambiciosa, la Señora del mundo, Roma la pagana Los pomposos y soberbios triunfos de sus famosos Héroes conducidos en hombros infelices, seguidos de despojos miserables hacian consistir su funesta gloria en la desgracia agena, y su fatal exaltacion en la ruina de sus semejantes que turbaban con gemidos tristes los aplausos del

vencedor. O que triunfos tan diferentes que incomparables Heróes, que aclamaciones tan ventajosas las que yo descubro.

Yo veo levantarse de cada siglo y alistarse por orden admirable un lucidísimo escuadron de heróes Mercenarios, varones eminentes en virtudes heróicas, en una caridad sin límites, de un zelo infatigable, en un valor á toda prueba, en una humildad consumada, en una incansable paciencia; redentores beneficentisimos que cada uno merecia el panegírico de muchos dias: modelos de dulzura y de suavidad, que pueden gloriarse mejor que Job de haber nacido con ellos la misericordia desde el vientre mismo de su madre María, *ab utero matris meæ egresa est mecum miseratio.* Veo á estos gloriosos campeones y esforzados capitanes cargados de tropeones y esforzados capitanes cargados de trofeos, palmas y laureles, seguidos de una alegre innumerable tropa de Redimidos, que los conducen como en triunfo al templo de la inmortalidad, cantando festivos los prodigios de su valor, las hazañas de su caridad excesiva: no se ven aqui sino cánticos de ale-

gria, de alabanza y de gratitud: clama delante de ellos la voz que los excita; *dicant qui redempti sunt.* Oid hermanos mios, los suaves acentos de esta aclamacion victoriosa.

Nolasco se presenta el primero como capitan general á la frente de esta lucidisíma Milicia, 3773 cautivos que en sus dias y por sus caritativos afanes vieron la libertad, le rodean y forman su brillante coro; nosotros, dicen ellos, nos vimos dispersos y arrojados en las cárceles y calabozos de Baeza, Valencia, Murcia, Almería y Granada, y del otro lado del mar en los de Buda, Tunez, Argel y Tanger. ¡O cuánta era nuestra afliccion y nuestra congoja cargados de miseria y sin esperanza de alivio alguno, la primera vez que sonó á nuestros oidos la voz de Nolasco misericordioso, tierno, compasivo! El golpe de consuelo tan desusado en aquellos lugares de crueldad nos dejó como absortos, y creiamos como con alegre sueño oir en su boca aquellas palabras de Isaias. (61) El Espiritu del Señor ha venido sobre mi: él me ha ungido con la uncion de su caridad pa-

ra aliviar los corazones quebrantados, predicar libertad á los cautivos, soltura á los que estan en las cadenas, y consolar á todos los que lloran.

Testigos somos nosotros del cumplimiento de este vaticinio. El pagó nuestra libertad con inmensas sumas, nos arrancó de la servidumbre, nos hizo volver con milagros á nuestras Patrias y lograr el gusto de abrazar de nuevo á nuestros hijos y nuestros hermanos, y poder servir al Señor en espiritu de libertad, gozando los consuelos de su Santa casa. ¡O cuántas fatigas, cuántos ultrages, cuántos golpes le hemos visto sufrir por librarnos de tantos males, en las ocasiones que le vimos aportar á aquellos obscuros calabozos, surcando mares, sufriendo intemperies, venciendo peligros! toda el agua del mar no pudo resfriar el incendio de su caridad.

Algunos consentiamos ya quedar en prisiones, en la ocasion que sus limosnas no llenaban la codicia de nuestros dueños crueles; ¡pero qué asombro, qué asombro para nosotros y para los bárbaros mismos, cuan-

do Nolasco se ofreció á quedar en rehenes en las prisiones, para que todos fuésemos libres.! Ah, yo mismo, yo le ví con un aspecto afable y placentero abrazar y besar la cadena que á mi me desataron, él mismo metió sus pies en aquellos grillos de que yo acababa de sacar los mios. Tal es el Heróe que celebramos, ved si merece bien nuestros obsequios. Pues repetid turbas, aplaudid redimidos. *Gentes redemptæ plaudite*, estos son los hijos de la Merced, frutos de la caridad redentora de María, varones de misericordia cuyas piedades para con nosotros no han tenido mengua, y cuyas glorias no caeran jamas de nuestros lábios. *Isti sunt viri misericordes, quorum pietates non defuerunt.*

¡Qué justas! ¡qué dignas! ¡qué magnificas aclamaciones! Pues seguid oyendo hermanos mios, el triunfo sigue, los coros suceden y la voz repite, *dicant qui redempti sunt.* Hablan ya los redimidos que conducen glorioso á Nonnato. Nosotros dicen, gemiamos bajo el tirano yugo Sarraceno, desnudos, estenuados y cargados de hierro, cercados co-

mo Daniel en el lago de africanos desapiadados, cuya crueldad era comparable á la de sus hambrientos leones, cuando vimos aparecer á Nonnato como un angel de Dios en nuestro socorro. Entonces fue cuando una luz de alegria y consuelo rayó por la primera vez en nuestras almas que estaban abatidas en aquel lugar de tinieblas y region de muerte. Nonnato, ¡ah que dulce nombre para nosotros! él nos redimió á toda costa, libertó nuestros cuerpos, y sostuvo con la fuerza y dulzura de sus palabras la vida lánguida que quedaba á nuestros espirítus, mas, ¡oh que de males le vimos recibir en cambio de tantos bienes! su boca era un rio de fuego que ilustraba en la fé y abrasaba en la caridad del Redentor Divino, hasta los corazones elados y obcecados de aquellos bárbaros ¡O qué corto dique intentaron oponer á aquel Etna! Sus lábios pudieron ser cruel y sacrílegamente taladrados y sujetos con un candado, pero no por eso enmudecieron en las glorias de Jesucristo. Nunca le vimos mas apacible y contento, que cuando quedaba en precio

de nuestro rescate, repitiendo en el calabozo las palabras: *cum liber essem ex omnibus omnium me servum feci, ut plures lucrifacerem.* Me he reducido á servidumbre siendo libre para ganar á muchos para mi Dios; este, este es el Heroe de nuestros aplausos, repetid turbas, aplaudid redimidos, *gentes redemptæ plaudite*: estos son los hijos de la Merced, frutos de la caridad redentora de María, varones de misericordia cuyas piedades para con nosotros no han tenido mengua. *Isti sunt viri misericordes, quorum pietates non defuerunt.*

Siga, siga la aclamacion: Pascual se acerca, las alegres voces de sus redimidos se hacen ya entender, *dicant qui redempti sunt.* ¿Quién se vió jamas mas infeliz que nosotros, dicen ellos, arrojados en los obscuros calabozos del Africa? nuestros dias se confundian con las noches, como si no hubiera Cielo para nosotros, ni la tierra regada de continuo con nuestras lágrimas, produjera á nuestro favor el alimento que no niega á los animales mas viles; ¿qué nos queda ya que per-

der, nos deciamos unos á otros en el exceso de nuestro dolor? la Patria, los parientes, los amigos, la libertad, la salud, todo está perdido; sola la Religion es el bien de que no han podido hasta ahora despojarnos nuestros contrarios; ¿pero á cuánta costa conservamos este tesoro, y al fin que sufragio recibimos de ella? Separados de nuestros hermanos, los mares parece que han formado un inmenso foso y barrera para que no llegue á nosotros la sangre de Jesucristo, ni la fuente de los Sacramentos, ni el beneficio de la palabra, ni los recursos ni demas medios de salvacion. Nuestros dueños esperan solo nuestra mudanza en este punto, para aliviarnos en todo lo demas. *Tribulatio proxima est, et non est, qui adjubet.*

Así zozobraba ya nuestra fe cuando la voz dulcísima de Pascual penetró aquellas oscuras cabernas. *Redemptionem misit Dominus populo suo.* El Señor ha enviado la redencion á los suyos. Pascual ha venido en vuestro socorro revestido de todas vuestras miserias. ¿Quien de vosotros está en-

fermo, nos decía él, que no reduzca mi corazon á una fiebre la mas aguda? ¿Quien peligra ó se escandaliza que no consuma mis entrañas en un fuego deborador? ¿Porque dudasteis hombres de poca fe? ¡Ah, que impresion hicieron en nuestras almas sus palabras! Próximos ya al precipicio, y para caer en la mas infame apostasía, él afirmó nuestra fe, nuestra religion, nuestra confianza hasta colocarnos en el amado puerto de libertad ¡Qué beneficios tan asombrosos! *tunc repletum est gaudio os nostrum, et lingua nostra exultatione.* Entonces nuestro corazon se llenó de gozo, y nuestras lenguas no podian contener la alegría. El Señor, deciamos, ha franqueado para nosotros los tesoros de su poder y magnificencia. *Magnificavit Dominus facere nobiscum*, y los mismos Paganos admirados no podian ménos de repetir nuestros ecos á su pesar. *Tunc dicent inter gentes magnificavit Dominus facere cum eis.* Todo se lo debemos á Pascual: somos el fruto de su caridad redentora. Pero ¡ó liber-

tad civil y evangélica, en cuanto debemos estimaros! ¡y cuan caro costasteis á nuestro Héroe! ¿Convenia acaso para la incorporacion de estos miembros al cuerpo místico de la Iglesia, y juntarlos con su cabeza Cristo, que la cabeza de Pascual fuese separada de sus santos miembros, por cruel cuchilla? pues todo era inferior á su valor y su caridad. Cristo cresca, decía él, Cristo cresca en sus miembros, aunque yo me disminuya en los mios. Así se preparaba, así le vimos sufrir el último de los golpes por redimirnos. Este, este es el Héroe de nuestra aclamacion. Repetid turbas, aplaudid redimidos, *gentes redemptæ plaudite.* Estos son los hijos de la Merced, fructos de la caridad de María, varones de misericordia, cuya piedad para con nosotros no ha tenido término, cuya alabanza debe ser inmortal en nuestros lábios. *Isti sunt viri misericordes, quorum pietates non defuerunt.*

¡Qué dulce, qué noble, qué sublime expectáculo! ¿Pero qué extraña novedad nos suspende? ¿qué novedad se nos presenta?

¿qué voces diferentes parece que destruyen la armonía de los aplausos de Armengol, en dos écos discordes? Yo descubro á Armengol entre dos lucidísimos Coros, uno de cautivos ya libres, otro de libres ya cautivos bajo el yugo de Jesucristo, disputando entre sí de la preferencia en la gracia y favor de su Héroe, apliquémonos, hermanos mios, á entender las razones de esta contienda. *Dicant qui redempti sunt.* Con nosotros dicen los redimidos cristianos ha manifestado mas el exceso de su caridad y fineza. Deseaba nos decia él, como en otro tiempo el Apóstol, cuando nos halló en las prisiones, deseaba ser anatema de maldicion, y persecucion por librar mis hermanos, por aquellos con quienes ya estoy ligado con los vínculos de la sangre. *Optabam, anatema esse pro fratribus meis.*

Nosotros que teniamos con él una misma regeneracion espiritual, nosotros á quienes miraba como sus amigos y aliados segun la carne; su piedad y compasion, por nuestras desgracias le trageron por esos ma-

res sufriendo borrascas, venciendo peligros y aportando á Argel solo porque nosotros aportasemos libres á nuestras Patrias. Nosotros tenemos mejor parte en su corona. ¡Ah! nosotros tenemos mejor parte en su corazon dicen los gentiles convertidos. Nosotros conocimos muy bien que eran mayores los designios de su venida mas extensos y vastos los límites de su caridad. Nosotros le oimos repetir muchas veces lleno de la mas insinuante ternura aquellas otras palabras de Pablo. *Cupide volebamus tradere vobís non solum Evangelium Dei, sed etiam animas nostras, quoniam charisimi nobis facti estis.* ¡O qué grande ha sido el deseo y anelo no solo de predicaros el Evangelio y haceros conocer á Jesucristo, sino tambien de derramar por vosotros mi sangre, porque mi caridad os tiene abrazados estrechisímamente.! ¡Que contienda tan gloriosa para Armengól!

Pero ved como la disputa se acaba y se convienen al fin en una causa tan comun y tan una, eramos antes opuestos enemigos y separados de un cabo al otro del mar, de

distintos pueblos, religiones y lenguas. Pero hoy clamamos todos juntos á una voz en obsequio de nuestro libertador. *Ecce populus tuus, et hæreditas tua, quæ eduxisti de terra Egipti, et de medio fornacis ferræ.* Nosotros somos el pueblo y la herencia de Armengol, herencia que se atrajo levantado de la tierra, y suspenso cruelmente á un madero, el mas ignominioso de los pátibulos por añadir esta posesion á los dominios del Crucificado. Cantemos todos su valor y su caridad. Pues repetid turbas, aplaudid redimidos. *Gentes redemptæ plaudite.* Estos son los hijos de la Merced frutos preciosisímos de la caridad redentora de María, varones de misericordia, cuya piedad no ha tenido término. *Isti sunt viri misericordes.*

Otros, y muchos otros, siguen y se presentan no menos gloriosos campeones de esta Mercenaria milicia entre aclamaciones de la inmensa turba redimida, que fueron perseguidos por mar y tierra, ya de los hereges, ya de los Sarracenos. Portentos de valor y de caridad. Gloriosos Macabeos, que libertan

sus hermanos, rindieron sus vidas unos al fuego como Lorenzo, otros bajo las piedras como Esteban, otros á las saetas como Sebastian, otros entre las fieras como Ignacio, otros á las cuchillas como el Bautista. Heróes de misericordia de quienes no era digno el mundo, y á quienes no se concedió una libertad milagrosa, por hacer mas gloriosa la exaltacion y triunfo en que hoy les vemos, los Serapios, los Huetes, los Sotos, los Germanes, los Covarias, los Granadas, los.....

¿Pero adonde voy señores, es este un campo á que se puede dar ni una ligera vista en tan breve rato? y por otra parte, ¿es este un espectáculo de que se puedan apartar los ojos, sin hacerles la mayor violencia? ¿si la fragancia de tantas virtudes exaladas en las brasas de esta caridad redentora es como un bálsamo que nos arrastra y hace correr ya mas allá de nuestro designio, olvidados del tiempo y vuestra paciencia, no tengo una justa disculpa para esperar vuestra tolerancia? Pero desfallece el ánimo en una empresa tan imposible, como fuera querer des-

cribir la serie de tantas prodigiosas acciones, el citar siquiera tantos y tan gloriosos nombres de Mercenarios heróes, como componen este lucidisímo y magnifico triunfo.

Los que veo solo distinguidos con la esclarecida púrpura del martirio, pasan de mil quinientos. ¿Qué digo? pasan de mil quinientos los que con efecto lograron lavar sus estolas y beber el Cáliz, pero cuantos que levantaron ambas manos por alcanzarlo y que si no pudieron aplicar sus labios, no por eso perdieron la corona? tantos, tantos me atrevo á decir como Mercenarios: ¿porque qué otra cosa es un hijo de la Merced, que un mártir en la preparacion de su corazon, un hombre destinado y empeñado nada menos que por profesion y por voto á ser anatema por sus hermanos cautivos.?

¡O perfeccion sublime, ó esceso de caridad, ó empeño verdaderamente Divino! Ahora comprendo bien la justicia de aquel oráculo que pudiera parecer odioso en cualquiera otra cátedra menos autorizada que la silla del Pescador. *Ratione quarti voti emisi pro re-*

dimendis captivis, quo se pignus esse captivorum fratres hujus instituti promitunt, merito potest ordo iste aliis ordinibus celsior et perfectior judicari. Y esto que primero declaró Calixto III, confirmaron despues Urbano VIII y Martino V, quien añade, que por la altisíma perfeccion de este voto los Religiosos de estas órdenes pueden pasar á la Merced como mas sublime, aunque no puede permitirse lo contrario. Tanto peso, dice un sábio escritor, tanto peso como esto hizo siempre en los Sumos Pontífices esta nobilisíma obligacion, y tanto como esto es atarse un hombre por desatar á otros, y cautivarse por libertarlos.

Este es el verdadero timbre de la Merced, esta su nobleza, su honor y su distincion mas gloriosa, y en esto, mas que en cuantas otras prerogativas la engrandecen, se conoce el cáracter de hija de María, que solo al pie de la Cruz pudo tomar las ideas de esta caridad asombrosa del primero de los redentores cuyo ilustre nombre no pudíera haber dado á sus hijos á menos condicion;

pero condicion que aceptada y desempeñada por ellos con tanto esmero, hace ver claramente que si María se ha mostrado para con los Mercenarios la Madre fecunda del amor mas puro y perfecto, *Ego Mater pulcræ dilectionis*, los Mercenarios se han mostrado para con María sus hijos mas amantes, sus mas fragantes flores, y los frutos sazonados que mas honor y gloria hacen á tal Madre. *Flores mei fructus honoris et honestatis.*

Gloríate pues bendita entre todas las hijas de Adan, honra de nuestro linage, alegria de la Iglesia, embeleso de la Gloria, pasmo y admiracion de los Angeles, regocijo de los Bienaventurados, delicias de la Trinidad beatisíma, consuelo, refugio, esperanza, puerto segurisímo y clementisímo de los pobrecillos pecadores, tu tragiste al mundo en el bendito fruto de tu vientre la libertad de aquella esclavitud antigua que merecian los hijos de un padre delincuente, tu tambien tragiste á nuestra España en la Merced, fruto bendito de tus entrañas compasi-

vas, la libertad del yugo Sarraceno á que nos sujetaron nuestras culpas.

Pecadores siempre, siempre mas ciegos y obstinados ¿qué seria de nosotros si nos faltará la proteccion de tan piadosa y poderosa Madre? ¡O! á lo menos hoy mis amados hermanos, hoy que tenemos vivas las ideas de tanto beneficio, hoy que nos hemos juntado á tributar á nuestra Madre esta accion de gracias, alentemos nuestra confianza y nuestro esfuerzo, pongamos un dichoso término á nuestra negra ingratitud detestando nuestros pecados. ¿Cómo cabe que agradezcamos seriamente la libertad de unas cadenas que ceñirán solo los cuerpos de nuestros hermanos, cuando tenemos voluntariamente sugetas nuestras propias almas á otras cadenas incomparablemente mas viles y funestas en que el Príncipe de este mundo nos tiraniza.

Ved ahí el origen de todos nuestros males, no busqueis otro, si se encienden las guerras, si se alteran los elementos, si se invierten las estaciones, si se sigue la esterilidad, si aflige la hambre, si persigue la enfermedad,

si peligra la salud pública, si las viudas crecen, si se aumentan los huerfanos, si las familias perecen, si la mendicidad y la miseria lo asola todo, todo proviene de nuestros pecados, ¿hasta cuándo hermanos mios, no entendérémos este idioma en que nos habla el Cielo? ¿hasta cuándo nos obstinarémos en obligarlo á que nos aflija con mayores males? Mirémonos en la imágen del antiguo pueblo, todos sabeis que él se nos dió en figura del Cristiano. Cuando ellos eran fieles á Dios guardando su ley santa. ¡Qué felicidad, qué gloria, qué abundancia! Olvidaban ó quebrantaban sus preceptos. ¡Qué guerras, qué captividades, qué miserias. ¿Qué pensarémos hoy hermanos mios? ¿Cuándo quisieramos desentendernos de nuestros pecados que son demasiado públicos, pues que los templos mismos se resienten con vuestro lujo y vuestra inmodestia del espíritu de corrupcion y el orgullo de la vida reinantes, la calamidad general, la epidemia, la pobreza de nuestras dias, no nos lo está publicando y convenciendo con evidencia?

¿Qué remedio? ¡Ah! vos sola Madre dulcisíma, por vos me ha venido siempre el bien. Donde Madre mia, donde sino en vuestras manos ha depositado el Altísimo aquellas gracias eficaces que derriban los Cedros, derriten las piedras y convierten los corazones mas obstinados. Nuestros males han llegado á términos que necesitan ya de remedios singulares y extraordinarios. Si los auxilios y los medios comunes de salvacion hubieran de bastar á Málaga, ya sería Santa. ¿Cuándo los ha logrado jamas tan abundantes? ¿Cuándo tanto motivo y egemplo de edificacion? ¿Cuándo mas ocasion de practicar la caridad? ¿Cuándo mas estrecha obligacion de las limosnas? ¿Cuándo mas pábulo de doctrina, de instruccion y de Ministros? ¿Qué fuertes deben ser las cadenas que nos tiranizan? Hoy Madre mia, hoy dia de misericordia; todos cuantos estamos en este templo alguna prueba damos en esto mismo de que os amamos, todos ponemos á vuestros pies sin reserva alguna nuestros corazones aunque duros, aunque ingratos, aunque rebeldes,

poned en ellos vuestros piadosos ojos, desatad las cadenas de las pasiones que los esclavizan, romped esos funestos lazos que nos detienen en nuestros pecados; veamos todos la amable libertad de hijos de Dios, venza su amor todas nuestras torcidas inclinaciones; reine él en nuestro corazon. ¿Qué cosa mas justa hermanos? ¿quién es mejor para amado que nuestro Dios? ¿quién lo merece sino él.? Amémosle con todas las fuerzas de nuestra alma; amémosle sobre todas las cosas; asi nuestra devocion será agradable á María, asi lograrémos alavarla con mérito en el tiempo y con gozo perfecto en la eternidad. Amen.

Introibo in domum tuam in holocaustis, reddam tibi vota mea quæ distinxerunt labia mea. Psalm. 65.

Entraré en vuestra casa, Señor, á ofreceros mis holocaustos: allí cumpliré los votos, que profirieron mis labios. *David á el Salmo* 65.

Ya llegó el dia mi hermana (*) carísima, ya llegó el dia ansiado de tu corazon, por el que tanto suspirabas en el destierro de esa Babilonia del siglo: dia de Pascua, ó tránsito: dia de libertad y misericordia sin tasa, que será para tí señalado y festivo entre todos los dias del año, como mandó Dios que lo fuese para los Judios, aquel en que salieron de Egipto para la tierra de promi-

(*) Este sermon se predicó en 27 de Noviembre de 1786 en el Convento llamado de las Bernardas de Jaen, á la profesion de la R. M. Sor María de la Concepcion, Religiosa Francisca descalza, hermana del Autor.

sion: dia que corre el velo á los arcanos mas profundos de la eternidad, y le descubre (en cuanto pueden concebirse los misterios inaccesibles) un rayo de aquel dia eterno y sin principio de tu eleccion y tu vocacion, y que debes mirar como prenda segura de tu justificacion y glorificacion eterna: porque como dice el Apóstol, á aquellos que misericordiosamente predestinó el Señor para que fu esen conformes á la imágen de Jesucristo su hijo, á aquellos en el tiempo oportuno los llamó; llamados los justificó; y justificados finalmente los glorificó.

Este dia te anuncia una obligacion tan grande hacia Dios, que nunca la podras concebir, tan antigua, tan liberal, tan magnífica, que jamas la podras agradecer bastante. Te anuncia que Dios te amó sin principio, y te tiene aposentada en su pecho amoroso desde los años de su eternidad, escogiendote entre millares por hija suya, cuando engendraba al hijo natural increado en el resplandor de los Santos, que estaban presentes á su entendimiento Divino. De esta gra-

cia inefable, de este beneficio de beneficios han dimanado cuantas gracias y beneficios has recibido hasta hoy de la mano liberal del Señor. Ella te dió un alma buena, un genio dulce, afable, modesto, inclinado naturalmente á lo justo: te dió, como á Tobías, unos Padres, que te enseñasen á temer al Señor desde la niñez, y te formasen en la piedad con su doctrina y egemplo: ella te preservó de la corrupcion engañosa del mundo, para que no te conformases á las perversas máximas del siglo: solicitó, instó, ganó tu corazon para un estado de mayor perfeccion; y últimamente te trajo á este ameno jardin de virtudes, en que tiene sus complacencias Divinas. *Audi filia*, te decía esta misericordiosísima providencia, oye hija mia mi voz, inclina tus oidos á mi inspiracion: olvida ya la casa de tus Padres, sal de tu Pueblo y familia para el lugar que yo te mostraré en que quiero hacer alianza contigo. El Rey inmortal de la Gloria, que te ha elegido para sí, se complacerá en tu hermo-

sura, si tu oyeres su voz, y siguieres generosamente su inspiracion. Dichosa tu que lo creiste, hermana mia: porque todo cuanto te ha anunciado tendrá su cumplimiento perfecto. *Beata quæ credidisti, quoniam perficientur, &c.* ¡Oh! quien me diera lenguas de Angeles, para alabar, y magnificar, al Señor, por tan señalados favores como hasta ahora te ha hecho, y los mayores, que te tiene preparados en esta Santa Sion.

Bien debes levantar ahora hermana mia tu corazon y espíritu, y con unos afectos semejantes á los de aquel Pueblo reconocido, que caminaba para su amada Jerusalen despues de las cadenas de Babilonia, dirigir al Señor, sus mismas voces: entraré Señor, en vuestra Casa á ofreceros mis holocaustos, aquí cumpliré los votos que profirieron mis lábios. *Introibo in Domum tuam in holocaustis, reddam tibi vota mea quæ distinxerunt labia mea.*

Este es el grande empeño, en que te han puesto las misericordias de Dios, y la nueva alianza, que acabas de contraer con

tu Esposo Divino: empeño, que será el asunto de mis reflexiones en este rato, y debe serlo de tus conatos toda la vida.

Has profesado tres votos, y por ellos han de caer destrozados como Dagon á los pies de la Arca de la antigua alianza, el ídolo de las riquezas terrenas; el ídolo de las delicias carnales; el ídolo de la vanidad; y orgullo de vida: tres monstruos enormes que como dice San Juan, tienen dividido entre sí todo el imperio del mundo. *Quoniam omne, quod est in mundo, concupiscentia carnis est, concupiscentia oculorum, et superbia vitæ.*

Estos son los ídolos que has ofrecido demoler en ti misma consagrándote en holocausto al Señor, desnudándote y consumiendo en un sacrificio continuo cuanto tienes dentro y fuera de tu persona. Las riquezas y bienes falaces en cuyo brillo se embelesan los ojos, *concupiscentia oculorum*, los sacrificas por el voto de la pobreza. Primera parte. Tu cuerpo con todos los apetitos que lisongean la carne, *concupiscentia carnis*, los

sacrificas por el voto de castidad. Segunda parte. Tu Alma con el uso de las potencias, que aspiran siempre por la independencia, y la libertad, *superbia vitæ*, los sacrificas por el voto de la obediencia. Tercera parte. Tres puntos que dividirán mi oracion, darán claridad al discurso, y manifestarán la grandeza del despojo que has ofrecido del antiguo hombre, que ha de ser la victima de este holocausto, y se ha de consumir sin reserva alguna, para renacer como nueva criatura, segun el nuevo hombre de Jesucristo.

¡Qué empeño! ¡Qué asunto, qué circunstancias para que no puedan ménos de zozobrar mis labios, y que tema desfallezca mi corazon convatido de tantos afectos como le cercan en este dia! O vos, amantísimo dueño de nuestras almas; cuyo amor os hace vencer unas distancias inmensas, dando esos pasos y saltos de gigante, desde el alto solio de vuestra grandeza á ese Tabernaculo fabricado por nuestras manos, en que hoy os presentais cercado de gloria, y de

magestad como el esposo, que desciende de su real Tálamo en el dia de sus desposorios, tendiendo los brazos á esta dichosísima criatura, que habeis elegido para vuestra Esposa, dia este en que brille vuestra liberalidad, y vuestra riqueza. Vos debeis Señor, hacerme hoy toda la costa. Dad pureza á mis lábios, virtud á mis palabras, para que manifestando á esta vuestra nueva elegida el empeño en que la ponen los solemnes tratados que acaba de hacer al pie de ese Altar Sacrosanto, todas vuestras Esposas se renueven en vuestra alianza, y á vista de este ternísimo egemplo, y piadosísima ceremonia, todo el Pueblo Cristiano que me escucha, se inflame en deseos de merecer vuestros abrazos eternos. Os lo rogamos por la intercesion de la Reyna de todas las Vírgenes, y Maestra de este nuevo camino de perfeccion, nuestra dulcísima Madre María saludándola con la acostumbrada oracion.

AVE MARIA.

No Príncipe, no puede ser eso, decia Moises á Faraon, que le persuadia no sacase al Pueblo escogido de sus dominios para que ofreciesen sus sacrificios á Dios, *non potest ita fieri.* Nosotros tenemos decía, aquel ilustrado Caudillo, nosotros tenemos por abominable lo que Egipto adora: y los animales que vosotros mirais como Dioses, deben ser nuestras víctimas. ¿Qué escándalos y alborotos no causaría nuestra conducta, y á qué insultos no nos expondríamos en esta tierra tan contraria á nuestras prácticas y nuestra creencia? Saldrémos de ella, buscarémos el retiro y la soledad, interpondrémos una separacion absoluta, y allí será donde ofrezcamos á Dios nuestros sacrificios, segun las órdenes, que nos tiene intimadas. *Viam trium dierum pergemus in solitudinem, et sacrificabimus Domino Deo nostro, sicut præcepit nobis.*

He aquí hermana mia, la conducta de Dios con sus escogidos en todos tiempos, y la que puntualmente ha tenido contigo trayéndote á la Religion. ¿Cuántas veces asal-

taría á tu corazon aquella voz lisongera del Príncipe de este siglo, cruel Faraon y enemigo obstinado de nuestra libertad, persuadiéndote á que sirvieses á Dios en el siglo, en que podrias salvarte con menos dispendios, con mas suavidad y facilidad entre los consuelos y dulzuras honestas de tu casa y familia? ¿Cuántas te habrá representado los horrores de la soledad, las fatigas y tristezas de la Oracion, el rigor de los ayunos, la aspereza del sayal, las repugnancias é incomodidades de la clausura? ¡Oh á cuantas almas ha perdido esta capciosa y maligna solicitud que el enemigo ha hecho pasar, para hacerla mas eficaz por las bocas de los amigos, de los padres, de los parientes! Ella ha trastornado las medidas mas bien tomadas, ha inutilizado las mas oportunas inspiraciones, las disposiciones mas favorables, las vocaciones mas señaladas. Contentas muchas almas con poderse salvar en el siglo, se han lisongeado poder ofrecer á Dios un corazon limpio en el mundo, y jamas pudieron presen-

tarle, sino un corazon mundano manchado y corrompido con el comun contagio, conociendo al fin, y á su costa, que el egemplo es un torrente que nos arrastra, y que hace venir insensiblemente al escollo y al precipicio.

Porque á la verdad (y esta es la razon que alegaba Moyses) ¿donde estan los cristianos, que tienen bastante valor, para vencer la oposicion que padece en el mundo una virtud sólida y declarada contra el torrente? ¿Donde hay constancia para sufrir los insultos, las burlas, los desprecios, los estorvos, y contrariedad, que persiguen á aquellas almas timoratas y justas, que contínuamente estan condenando con su conducta las máximas, y costumbres de los mundanos, y pisando los ídolos, en que ellos tienen puesto su corazon? ¿Quien puede confiar tanto en una guerra tan peligrosa? ¿Si no se necesita para esto una vocacion especial, no se necesita á lo menos una gracia mas eficaz y constante? ¿Con cuánto gusto, con cuánta mas seguridad y

facilidad se logra hacer en la Religion el sacrificio de estos infames ídolos de las pasiones, donde el egemplo solo de verlos destrozar y pisar cada dia, basta á hacerlos mirar con desprecio? A esto has venido á la casa de Dios mi hermana querida, á sacrificar al Señor en tu misma persona los ídolos que en el mundo reciben tantos aplausos y adoraciones.

Dije que la primera de estas mentidas Divinidades es el ídolo de las riquezas, aquella inicua mammona, que ha extendido su dominacion, y poder sobre toda la redondez de la tierra, la que decide de la suerte y fortuna de la Justicia y el mérito de la autoridad y el poder, y lo que es mas, hasta de los talentos y prendas del espíritu de los mortales, como dice el Eclesiástico: porque el que se halla favorecido de esa caprichosa deidad, todo lo es, todo lo sabe, todo lo puede en esa confusa Babel, y caos tenebroso de aturdidos y desalumbrados del mundo.

Oh! Hijos de Adan, linage avaro, excla-

ma S. Bernardo, ¿qué teneis vosotros que ver con las terrenas riquezas, que ni son verdaderas, pues que no os hacen mejores, ni vuestras, pues que no os las podeis llevar por allá? ¿Qué otra cosa es la plata y el oro, qué tierra blanca ó amarilla, á quien solo el error de los hombres hace, ó mas bien conceptúa, mas ó ménos preciosas? Y sin embargo en allegar y amontonar esta tierra se consumen los hombres en este destierro, semejantes á los infelices Israelitas, que bajo el yugo insoportable de Faraon, consumian sus dias y sus noches en forjar adobes, afanándose siempre en obras de barro y lodo, y en buscar á costa de sudores, y esquisitas tareas, para darles mas consistencia, las débiles pajas que el ayre les quitaba de entre las manos, *Lutum, et laterem portabamus, et tota anima nostra quærebat palleas.*

Pues este ídolo abominable, es el primero hermana mia que has ofrecido sacrificar al Señor por el voto de la Santa pobreza. Vas á entrar en una carrera de perfeccion

muy sublime, en que te propones alcanzar una corona brillante: pues á la manera de aquellos esforzados Atletas, que habiendo de correr en el Estádio se desnudaban y sacudian todo fardo estraño que les pudiera causar detencion y molestia, asi tu has ofrecido al Señor una desnudez y desapropio de todo bien y riqueza caduca, que pudiera detenerte é incomodarte. Tienes que luchar en esa carrera con el comun enemigo que batalla sin ese estorvo, porque como es espirítu nada posee suyo sobre la tierra, pues para poder resistirle debes despojar igualmente tu corazon de todo bien terreno: porque como dice el Padre San Gregorio, si el vestido pelea con el desnudo, éste presto dará en tierra con él, porque tiene muchas partes de donde asirle. *Citius in terram dejicitur, quia habet unde teneatur*.

Há hermana mia, tú acostumbrada á una escasa fortuna bajo la patria potestad, no has probado lo que pesa y agovia ese fardo de oro de las riquezas, haberes y posesiones terrenas, para correr hacia el Cielo: carga-

do y abrumado el corazon del hombre con ese metal pesadisímo, distraido y afanado siempre con los cuidados y pensiones molestas que le acompañan, no tiene libertad para respirar ni suspirar por los bienes eternos, pegado siempre contra la tierra: porque escrito está, que allí ha de estar amarrado nuestro corazon donde tengamos nuestro tesoro. *Ubi thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.*

Amable pobreza, ¡ah si te conocieran los hombres! Tu eres la que les das alas de Aguilas para volar sin estorvos y sin detencion hasta el Cielo, remontándolos hasta hacerles perder de vista los bienes de la terrena miseria. Esta es la elevacion hermana mia á que te empeñas á subir desde hoy en cumplimiento de tu primer voto, por el cual has renunciado á tus derechos, tus propiedades, tus esperanzas y hasta tus deseos sobre todo cuanto el mundo te pudiera ofrecer; despojo heróico, ¡pero qué cámbio has hecho tan ventajoso! ¡qué negocio con tantas usuras! dejas la tierra por el Cielo, la carne por el espíritu,

bienes caducos por bienes eternos, criaturas por el Criador. Desde hoy podrás decir con el Profeta, ¿qué tengo yo yá sobre la tierra, ni qué espera poseer mi corazon en este mundo, Dios mio, y todas las cosas contra mí? tú eres mi tesoro, mi heredad y mi posesion para siempre. *Pars mea Deus in æternum.*

Y no te acobarde ó avergüence la cortedad de tu ofrenda al Señor diciendo qué bienes eran los mios, qué tenia yo que dejar por aquel Señor que para enriquecerme con los inestimables tesoros de tantas gracias, bajó del altísimo Trono de su gloria y de su grandeza, nació en la pobreza de unas pajas y murió en la desnudez de una Cruz? ¡Aunque yo fuera la mas poderosa y Soberana Reyna del Orbe, qué ofrenda tan corta seria, qué correspondencia tan limitada! Es verdad mi hermana carisíma, pero eso mismo dejas, que te propones no desear jamas: y si todo es poco, sabe que el Señor no busca tus dones, sino á tí, mira mas al afecto que al tributo que se

le rinde. Acúerdate de la renuncia de los pescadores, que no dejaron mas que una miserable barquilla, y una red surcida, y con todo eso, Pedro cabeza de todos habla con una confianza que pasma: *Ecce nos reliquimus omnia et secuti sumus te, quid igitur nobis dabis premii.* ¿Hemos dejado le dice al Salvador todas las cosas, para ir en tu seguimiento, cual será la gran recompensa que esperamos ya como de justicia? Sí: dicen los Padres, mucho dá el que dá todo lo que tiene, el que nada se reserva, el que deja hasta el deseo, la esperanza, y anelo de poseer, porque dá no solo lo que tiene, sino todo lo que es, desapropiándose hasta de sí mismo: esto es hacer un verdadero holocausto al Señor en que toda la hostia se deshace y consume en el sacrificio, y á esto te empeña el voto sagrado que acabas de proferir, y que te ruego tengas presente todos los dias de tu vida para refrenar á tu corazon cualquier apego que quiera tener en la Religion: porque tan mal le estaría, y aun mas lasti-

moso fuera despues de haber roto, y sacudido hoy las fuertes cadenas de oro y plata, verlo atado despues á una hebra de lana, quiero decir, estar apegada, ó al sayal que te viste, ó á esa cuerda que te ciñe, ó al libro de que usas, ó á una banquilla rota, á una aguja, ó que sé yo, que cosas menores: porque tal es la condicion de nuestra miseria, y la flaqueza de nuestro corazon, que siempre quiere hacer presa de lo que le cerca, y estender su dominio hasta donde alcance.

¿Y si esto es temible en unos bienes tan escasos, que á primera vista parece nos habrian de rechazar, qué será de los bienes, y contentos del espíritu, de los consuelos de la Oracion, de los afectos, las luces, y recreos sensibles en los egercicios, y funciones santas de tu religiosa carrera? Acúerdate hermana mia, que no son los pobres, sino los pobres de espíritu, á quienes están hechas las promesas magníficas del Reyno de Dios. No los que desnudan sus cuerpos, sino los que despojan sus corazones de toda

propiedad y apetito, los que hambrientos y sedientos solo de la justicia de Dios, que es su voluntad soberana, todo lo demas lo renuncian: estos serán embriagados y satisfechos de aquellos torrentes de suavidad y dulzura indecible, que mas bien pueden probarse que explicarse: esta es la desnudez á que te empeña el voto de la pobreza por el cual vas á destruir aquel ídolo brillante de las riquezas, de quien dice S. Juan, que embelesa los ojos de los mundanos. *Concupiscentia oculorum.* Que es la primera parte.

§.

Mucho te elevará, y ennoblecerá ese primer triunfo: porque despojándote de todo bien terreno, y toda aficcion á él, te hará superior á la tierra: y todo cuanto ella conoce de mas estimable y precioso lo mirarás con indiferencia y desprecio: pero el voto santo de la castidad te empeña á

una elevacion y grandeza todavia mayor sin comparacion. Aquel te hará superior á los bienes estraños que estan fuera de tí: este te hará superior á tí misma; y sacándote ó como estrayéndote de tu natural condicion, te hará semejante á los espíritus soberanos del Cielo. *Erunt sicut Angeli Dei in Cælis.* Pero para llegar á esta elevacion, es preciso que refrenando y mortificando los movimientos y apetitos desordenados de una carne dañada en su orígen, y repugnante siempre á la ley del espíritu, la vayas espiritualizando con las diarias maceraciones, hasta que caiga demolido á tus pies el segundo monstruo de que habla S. Juan. *Concupiscentia carnis*, que tanto dominio tiene en el mundo.

Este es el ídolo de las delicias carnales, esos infames simulacros de Venus y de Cupido, que en estos dias de tinieblas se hallan erigidos, no ya como en otro tiempo sobre el Calvario por los paganos, que miraban como necedad, tributa inciensos á un Crucificado, cuya memoria pretendian bor-

rar de aquel lugar del suplicio, sino por una malignidad mas execrable de los mismos cristianos de nuestros dias, sensuales y voluptuosos, enemigos de la Cruz de Cristo, como los llama S. Pablo, que llevando sus corazones marcados con esta señal saludable, erigen en ellos á aquellas inicuas deidades un altar profano sobre las ruinas de la misma Cruz: cristianos que desmintiendo este horroroso carácter, no quisieran oir siquiera el nombre de Cruz, de mortificacion, y maceracion de su carne, entregados al amor de los deleites infames.

¿Y quien puede preservarse en el siglo presente de tan general y pestilente contagio? ¿Hácia donde se podrá volver la cara, que no sea un peligro? ¿Quien puede dirigir sus pasos entre tantos lazos, sin ser sorpreendido en alguno? Todo es una tentacion á los ojos: todo un escándolo á los oidos: todo una envoscada á los corazones incautos, y aun á los mas prevenidos: ni el centro de las familias honestas, ni el sagrado mismo de los Templos estan á cu-

bierto de los álitos venenosos y contagiosos vapores de esta peste fatal.

El lujo, la desenvoltura, la libertad, el descaro, el deseo de parecer en público, el furor de agradar, los ardides malignos de suscitar y avivar en el corazon aquel fuego.... ¿pero adonde voy? Perdonadme sagradas Vírgenes, yo olvidaba, que mis voces llegan á vuestros puros oidos, y que no podrian menos de lastimarse con las pinturas animadas de la corrupcion general, que ocasiona este vicio torpe y brutal que tiene degradada no solo la cristiandad, sino la sociedad y la humanidad misma con los horrores que el Apóstol no quería se nombrasen siquiera entre los cristianos. *Nec nominentur in vobis.* Vosotros lo sabeis amados oyentes mios: sorpreendidos á veces de que la práctica general parece que intenta justificar la generalidad del delito, y que hasta aquel sexo y edad que en el tiempo de nuestros Padres tenia como vinculado el pudor y recato, parece desafiar hoy á los Jóvenes mas libertinos. Oh! Dios apartad

los ojos de vuestra justicia, de nuestro siglo carnal. Inclinad vuestra vista á este coro de Vírgenes angélicas, y mitigad vuestra cólera justa.

¡Qué beneficio para tí hermana mia, y cuantos beneficios en uno, en haberte agregado á su compañía! ¡Qué ventajas te trae en este punto de Religion! ¡Qué ayudas, qué socorros, qué auxilios, qué facilidades, qué egemplo, qué libertad, qué separacion! Oh! felices muros, benditas rejas, dichosa reclusion, velos sagrados, vosotros sois el asilo único de esta virtud celestial, que por ninguna otra parte tiene acogida en el siglo! Solo al favor de vuestro retiro, y clausura, solo entre vuestra sociedad religiosa se observa aquella vida celestial y dichosa, que es muy semejante á la que tendrán los cuerpos glorificados despues de la resurreccion general en que no se conocerán ni aun los vínculos sacrosantos de la carne, que bendice y autoriza la Iglesia. *In resurrectione neque nubent neque nubentur.*

Pues mi hermana carísima, ya que has

logrado tan señalada felicidad te diré con las palabras del Sr. S. Pablo á los Tesalonicenses. *Hec est voluntas Dei sanctificatio vestra, ut sciat unusquisque vestrum vas suum posidere in santificatione et honore.* Estos son los designios con que Dios te ha traido á esta Casa, y el empeño á que te has obligado en tu voto, á conservar tu cuerpo libre de toda impureza, y á labrar así su santificacion y su honor. Esta es la gala hermosa en que mas se recrea, y complace el celestial Esposo: esta es la virtud que particularmente caracteriza á sus escogidas: la que confunde al mundo: la que aterra al infierno: la que pone en emulacion santa á los mismos Angeles: porque como dice S. Juan Crisóstomo, que aquellos espíritus celestiales, que no tienen cuerpo, ni estan sujetos á los porfiados convates de la carne y de los sentidos, ni sienten aquel aguijon molesto, de que tanto se quejaba el Apóstol; que aquellas (digo) substancias inmortales vivan agenas de corrupcion y de toda impureza, no es de ad-

mirar, pero que las Vírgenes vestidas de carne conserven esta preciosa margarita, en unos vasos de tierra, frágiles, y tan deleznables; esto es materia de mayor admiracion, y lo que mas enamora al celestial Esposo: á aquel Cordero sin mancha, al cual vió S. Juan en la Santa Sion rodeado de ciento cuarenta, y cuatro mil Vírgenes, las cuales entonaban un cántico singular, que nadie podia cantar sino ellas que seguian al Cordero en todos sus pasos por el privilegio de la virginidad. *Sequuntur agnum quocumque ijerit, Virgines enim sunt.*

Si hermana mia, esta es y debe ser la ocupacion continua de unas almas consagradas por el voto de la castidad que las hace como moradoras del cielo y domésticas en la casa de Dios, para no perder jamas de vista al cordero Divino Jesucristo su esposo, empleandose todas en su obsequio y sus alabanzas, en meditar sus egemplos, en copiar sus virtudes, en grangear y merecer su amor; altísimos fines, altìsimos ministe-

rios y especialísimo privilegio, vírgenes respetables, á que ninguna otra virtud os proporciona mas que esta de la castidad por el amor particular, que á ella tiene el hijo purísimo de la Vírgen.

Mira pues hermana mia, si una joya que asi se lleva los ojos de Dios, merece bien que tu la coloques en tu corazon, que selles con ella tus ojos, tus labios, tus oidos, tu imaginacion y todos tus miembros, pactando con ellos como hacía Job, que jamas se manchen con obgeto impuro que pueda ofender la delicadeza del Dios celoso, el cual no disimulará en sus esposas la menor division y particion de afectos. Para esto te ha traido á esta casa egemplar de pureza, á este huerto cerrado y defendido con fuertes vallados de los aires contagiosos y pestilentes del siglo, para que libre de tantos estorbos cultives y conserves con el esmero que pide una flor tan tierna y tan delicada, que el menor descuido la ofende y marchita. Cercándola y defendiéndola con las espinas y abrojos de la austeridad y la penitencia, regán-

dola con las aguas de los Sacramentos, vigilando sobre ella con la continua oracion para que ni las aves noturnas de las potestades aereas, ni las sabandijas rateras de los apetitos, puedan roerla, deslucirla, ni amortiguarla con sus ilusiones y mordeduras malignas. Estos son los empeños en que te pone el segundo voto de castidad; por el cual sacrificas tu cuerpo con todos sus apetitos. Pero aun te queda que consumir para completar tu holocausto lo que tienes de mas noble y de mas precioso, que es tu alma con sus potencias, y á esto te has obligado por el voto de la obediencia por el cual te propones combatir y destruir aquel tercer ídolo, que decia S. Juan el orgullo ó soberbia. *Superbia vitæ.*

§. 3.º

Este es aquel monstruo fatal raiz de todos los males, que trastorna todas las cosas y las saca del quicio y del órden en que

Dios las crió y del fin para que fueron criadas. ¡Quien lo creyera! Espanta esto hermanos mios: las dos mas sublimes naturalezas que salieron de las manos de Dios, angélica y humana distantes apenas un momento de tiempo del abismo de la nada de donde salieron, dieron en otro abismo de orgullo, aspirando aquella á una igualdad temeraria, esta á una semejanza ridícula con su mismo Hacedor. En tal escollo los estrelló su amor propio casí al primer paso de su libertad, conduciéndose por sus propias luces á la mayor ceguedad y por el desordenado amor de su bien, al sumo de todos los males la soberbia. Ella es el daño mas universal y la llaga mas profunda, que causó á la humana naturaleza la primera desobediencia del hombre. Desde entonces la mas natural y funesta propension del corazon humano es el amor de la libertad y la independencia, que le hace seguir en todo los dictamenes de su amor propio al cual se consulta, se obedece y venera como á Dios soberano que es lo que llama S. Juan so-

berbia de la vida. *Superbia vitæ.* Verificándose asi, por un modo contrario, la engañosa promesa de la serpiente. *Eritis sicut Dii.* Sereis como Dioses. Y pasa adelante el engaño: porque abusando los hombres del alvedrio, que les quedó para su remedio, piensan hallar libertad sacudiendo el yugo suave de la obediencia al Señor. Y por un digno castigo de su justicia Divina, anunciado por los Profetas, caen forzados bajo otro yugo de hierro, que quebranta su cerviz orgullosa. Esclavos no solo de los objetos que les rodean, sino mucho mas de las pasiones que interiormente los atormentan, cuentan solo por libertad el vagar á su arbitrio de unas cadenas á otras, hasta venir á parar en las eternas cadenas.

Si se hubieran de referir los estragos, que ha causado este monstruo en los hijos de Adan, sería menester dar la historia de todos los desordenes, y pecados, que se han cometido en el Mundo. Cese la propia voluntad, decia S. Bernardo y no habrá infierno. ¿Porque de qué se ceba su fuego sino de ella?

Dichosa tú hermana mia, que ilustrada este dia del espíritu de la verdad, insensible á las alagüeñas porfias con que este ídolo de la voluntad propia quisiera sostener sus derechos mas estimables al ménos sobre lo que está permitido: acabas de sacrificarlos gustosa al Señor por el voto santo de la obediencia. Ella te conducirá á la libertad verdadera: á otra libertad infinitamente mas ventajosa, que el mundo no conoce propia solo de los hijos de Dios. Este es el empeño mas noble entre todos los que has abrazado este dia, el que constituye principalmente tu nuevo y sagrado estado: el que te obliga á una perfeccion mas sublime: pero el que te abre, facilita y abrevia los caminos de conseguirla.

Porque si bien se refleja, no, no has perdido la libertad sino la acreditas y aseguras mas este dia. Nunca te has mostrado mas libre y señora de tí que cuando te despojas de la libertad propia: ¿porque qué podrá ya sujetarte en la vida, ni fuera ni dentro de tí, si el amor de esta prenda no

te sujeta ni impide el uso de absoluto dominio sobre ella misma, cual es la abdicacion y renuncia perpetua? Este es el mas heróico desprendimiento que se conoce; el mas justo, honroso y provechoso uso que pudieras hacer de tu libertad, y el mayor y mas completo tributo que puedes ofrecer al Señor. No, no son ya las riquezas terrenas que siempre te eran estrañas: no es ya tu cuerpo la parte inferior de tí misma lo que sacrificas por este voto, sino la porcion mas noble de tu substancia: tu propia alma, tu entendimiento, tu voluntad, tus potencias y todas tus facultades, las que ofreces consumir en este holocausto. Ahora es cuando pierdes y aborreces tu alma en aquel misterioso y sublime sentido que el Salvador enseñaba para ganarla, encontrarla y salvarla en la eternidad. Pierdes y renuncias tu libertad limitada, peligrosa é incierta, y por este medio lograrás hacer tuya, la absoluta, la justa, la independiente, la eterna voluntad del Señor. ¡Ah que cambio tan ventajoso! No serán ya las luces escasas de tu entendimiento

las que habran de servir solo para cegarte, ni los naturales impulsos de tu voluntad que habras de despreciar en un todo los que te gobiernen en tu religiosa conducta. Un guia mas cierto, una luz mas segura, un impulso mas eficaz, hallarás desde hoy en la Santa obediencia que te llevará ciertamente á cumplir en todo la voluntad soberana de Dios indicada por el canal de tus superiores, tus hermanas, tus constituciones, tus reglas: ¡pero con que ventajas, con que mérito tuyo, con que complacencia y aceptacion del Señor! Tus mas pequeñas y ordinarias acciones hechas por el motivo de la Santa obediencia, tendrán desde hoy un lleno de gracia, de elevacion y de mérito por la conformidad á aquella voluntad Soberana, que faltaría á las mas heróicas acciones, hechas solo por tu voluntad y tu gusto.

Estan llenas las Escrituras de estos testimonios. Saul es reprobado y arrojado del Trono cuando meditaba el mayor acto de religion por hacerlo contra la obediencia: y Saulo es transformado en vaso de eleccion y

sublimado al tercer Cielo cuando perseguia la Iglesia solo porque se muestra obediente á la voz del Señor. *Domine ¿quid me vis facere?* Si desecha Dios los sacrificios, los holocaustos, las víctimas y aun las reputa por abominaciones y ofensas, cuando son con detrimento de esta virtud preciosísima de la obediencia: el menor grado de ella es mas agradable á sus ojos que cuantos tributos se le pueden hacer, porque un Dios nada necesita de sus criaturas, solo quiere ser servido y obedecido.

Gran virtud la de la obediencia, hermana mia, reflexiona bien sus ventajas. Ella no solo te escusará las dudas temores y perplegidades que pudieran ocurrirte en tus obras, y te librará de los engaños y errores que pudieras padecer aun en lo mas perfecto á tus ojos, sino que te llevará como de la mano en la obscuridad, afirmará tus pasos en los peligros, te guiará por el camino mas corto y mas cierto á la perfeccion, y para decirlo asi, te pondrá en la dichosa imposibilidad de pecar: digo mas, en la necesidad

felicisíma de merecer y merecer mucho aun en las cosas menores.

Seria inmenso si me dejara correr en los elogios de esta virtud amada de Dios, á la cual parece estar vinculado el acierto y aceptacion de todas las otras virtudes y el premio y corona de todas. No traigamos inferiores ejemplos. El soberano modelo de la perfeccion nuestro Divino Salvador, parece no se gloriaba de otra virtud que de la obediencia, ni perdia ocasion de declarar que el único motivo de su venida al Mundo fue cumplir la voluntad de su Padre. Y este mismo Padre, justisímo remunerador de virtudes, cuando dió á su hijo aquella exaltacion inefable y aquel nombre sobre todo nombre que merecia, parece tuvo en mira solo á su obediencia, segun la expresion del Apostol. *Factus obediens usque ad mortem, propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen quod est super omne nomen.*

Tanto es hermana mia el mérito de la obediencia. Ella ha de hacer todo el fondo de tu tesoro, asi como es la parte mas esen-

cial de tu estado sagrado, la que ha de poner la corona á tu carrera feliz. Ella sea pues tu inseparable compañera en todos tus pasos, no la pierdas un momento de vista. Si oras, si rezas, si lees, si comes, si duermes, si velas, si haces cualquiera otra cosa por pequeña que sea, sea la obediencia lo que anime y levante tus mismas naturales acciones hasta el trono de la Magestad Soberana: todo le será un tributo agradable cuando vaya marcado con el sello Real de esta virtud de la obediencia, que exprima el reyno de Dios en tus obras; pero de una obediencia pronta, ciega, gustosa, completa.

Pronta, que no espera otro tiempo que á entender lo mandado, que halle siempre preparado tu corazon como lo estaba aquel que decia. *Paratum cor meum Deus*. Ciega, que no sujete al exámen de tu juicio y aprobacion propia el mandato, debiendo bastarte que no se oponga á las leyes Santas de Dios, para mirarlo como una nueva ley de Dios mismo. Gustosa y completa, que no se contente con dar el tributo exterior de la obra,

reservándote una interior resistencia; porque no es la Prelada, el Superior ó la Hermana á quien principalmente obedeces, sino en ellas á Dios, que no contará las obediencias forzadas que resista tu corazon, sino como unas infidelidades al empeño sagrado que acabas de contraer este dia, por el cual sacrificas á Dios no solo tus obras sino tus afectos, no solo tu cuerpo sino tu alma, no solo el fruto, sino tambien el árbol que lo produce.

No hay mas, mi querida hermana ni fuera ni dentro de tí que despojarte, no hay mas que ofrecer al Señor. El holocausto es perfecto, la Hostia se deshace y consume en todas sus partes, el fuego ardientísimo de la caridad que resplandece en esta acccion generosa á que los Padres y Doctores Sagrados no dudan dar los nombres ilustres de Bautismo y Martirio, disuelve y purifica la antigua substancia en gratisímo olor de suavidad al Señor, sobre el ara misteriosa de tu profesion, que son las manos de tu Prelada. Ya eres una criatura totalmente nueva: la

antigua desapareció con todas sus rugas y manchas. Tu alma queda hoy en virtud de una accion tan heróica, limpia de toda culpa y reato de pena, como salió de las aguas sagradas de la primera regeneracion. El padre te ha adornado este dia con la estola primera. El esposo te ha dotado con la gala hermosa de la vestidura nupcial, que arrebata las ternuras de sus caricias. El Espirítu Santo con las arras de sus dones y frutos, toda eres hermosa, te dice hoy tu Divino esposo, toda eres limpia y sin mancha amiga mia, paloma mia, hermana mia, esposa mia. ¡Oh que dicha, que honor, que inefable fortuna logras al primer paso de tu carrera, á las puertas mismas de esta Santa Sion, que el Señor ama mas que los tabernáculos de Jacob y todas las grandezas del Siglo. *Diligit Dominus portas Sion super omnia Tabernacula Jacob.*

Entra en buen hora, hermana mia, entra en ese jardin de las delicias de Dios, corre, adelanta, camina, adornate sin parar de las flores y frutos preciosos de virtudes,

que veras brillar en esas plantas de vida tus dichosas hermanas. Lucha, batalla, vence y no ceses de buscar al amado hasta llegar al tálamo de la union, en que gozando sus soberanas dulzuras digas con la mística esposa. *Tenui eum, nec dimittam.* Esto he buscado, esto he ansiado, esto he hallado, esto tengo y nunca lo perderé.

No temas el rigor de los frios, la obscuridad y el horror de las noches que habras de sufrir en ese camino, ni los peligrosos asaltos de los tres monstruos que intentan detenerte y robarte el precioso tesoro. Acuerdáte que hoy has propuesto vencerlos y avasallarlos, y el Señor te prepara las gracias, auxilios y fuerzas á que no podran resistir.

Bien sé que el antiguo tentador, viéndote levantada sobre el pináculo de la Religion, á que te ha conducido el Espíritu Santo para que seas probada, no dejará de repetir las astucias que tuvo la temeridad de proponer al Salvador mismo, representandote todas las riquezas y grandezas del

Mundo, con el engaño de la distancia que les favorece y hace que se vean las flores sin descubrir las espinas, á fin de que se aficionen tus ojos. *Concupiscentia oculorum.* Pero vencido esta ya, no le temas, sale á el encuentro como el Salvador con lo que está escrito y rubricado este dia. *Scriptum est.* Tengo hecha profesion de pobreza, mi tesoro indeficiente es mi amado á el mirarán de continuo mis ojos. *Oculi mei semper ad Dominum.*

La carne ese enemigo doméstico que será tu perpetuo contrario, tampoco cesará de batirte con sus quejas, sus alhagos ó sus rebeldías, para inclinarte á que le concedas sus gustos vedados. *Concupiscentia carnis.* No temas, sal á el encuentro con lo que está escrito y rubricado este dia. *Scriptum est.* Tengo hecho voto de castidad y esta flor solo se conserva entre espinas, no la guardaré bien sino avasallo y sujeto un cuerpo de pecado á quien he declarado la guerra y á quien nada debe mi alma para sugetarse á sus leyes; como decia el Apóstol. *Debi-*

tores sumus non carni, ut secundum carnem vivamus.

Ultimamente el amor propio ese sagacísimo enemigo que en todo quiere mezclarse te pondrá asechanzas continuas hasta en las mismas virtudes, representándote que pues trabajas, tambien es justo que te contentes y busques en ellas, siguiendo tu inclinacion y tu gusto. *Superbia vitæ.* No temas sal á el encuentro con lo que está escrito y rubricado este dia. *Scriptum est.* He profesado obediencia y renunciado á mi gusto para buscar en todo el de Dios, y no lo cumpliré bien si en todas mis obras no puedo decir con verdad lo que decia el Apóstol. Vivo yo pero no yo la que antes era, sino vive en mí Jesucristo: porque no conozco otro gusto, otra ley ni otra voluntad que la suya. *Vivo ego jam non ego, vivit vero in me Christus.* Asi muriendo continuamente á ti misma; asi destruyendo en tu propia persona el imperio de aquellos tres monstruos por medio de los votos que has profesado, cumpliras las Santas resoluciones que yo leo

ahora en tu corazon, y dan á entender aquellas palabras de mi tema. Entraré Señor en tu casa á ofreceros mis holocaustos, aqui cumpliré los votos que han pronunciado mis labios. *Introibo in domum tuam in holocaustis, reddam tibi vota mea quæ distinxerunt labia mea.*

§.

He acabado hermana mia. Que resta que te diga yo en despedida, por mí y á nombre de nuestra tierna madre y hermanos. Acuérdome ahora de aquella estraordinaria commocion de encontrados afectos que consternó en otro tiempo la casa y familia del ilustre Batuel ya difunto, al ver á la hermosa Rebeca volver para siempre la espalda á su madre y hermanos y tomar el camino de Bersabé, resuelta á abrazar el casamiento que se le propuso, con el noble, el rico, el gallardo, el amado de Dios, el primogénito del esclarecido Abrahan. Me imagino yo los piadosos corazones de aquella ma-

dre y hermanos en aquella tiernisíma despedida, oprimidos con los últimos abrazos y señales de amor, sumergidos en lágrimas exprimidas, parte por el dolor natural de la perpetua separacion de una persona tan amada y amable, parte por el gozo y consuelo excesivo de verla tan afortunada y favorecida del Cielo, y entre estos tiernísimos sentimientos y afectos, dice la Escritura que los hermanos la dejaron ir implorando sobre ella todo género de prosperidad. *Fratres dimiserunt eam imprecantes ei prospera, et dicentes, soror nostra es crescas in mille millia.*

¿Qué necesidad hay de aplicacion? Ni yo tengo valor para hacerla. Ojalá no fuese tanta la semejanza, ó que los ojos del ilustre Batuel, que tanta parte debia tener en la felicidad de su hija Rebeca..... basta, basta. No suscitemos tantos afectos. No sufre tanto la flaqueza de mi corazon, ni supiera que decir mas, ni pudiera seguir si las voces de aquellos hermanos no guiaran tambien mis palabras. ¡Ah! que el Dios de Abrahan, Isaac y Jacob hermana mia, que el

Dios de nuestros padres, que puso en ti los ojos piadosos de su eleccion, que te ha protegido desde la infancia, que te ha librado de la esclavitud, y sacado del Egipto del siglo para que vivas perpetuamente en su casa, como esposa querida del mejor Isaac; bendiga tus resoluciones dichosas, mire con benignidad á tus sacrificios y envie de lo alto del Cielo el fuego Divino que consuma tus holocaustos. El guie todos tus caminos, él dirija tus pasos, sostenga y confirme tus deseos y santas empresas. Nuestra hermana eres, ¿cuáles podrán ser nuestros afectos para contigo? Crezcas de dia en dia, de virtud en virtud, de grado en grado. Multipliquénse por millares de millares las bendiciones y frutos piadosos de tu divina alianza. *Soror nostra es, crescas in mille millia.*

Y vosotras sagradas Vírgenes, felicísimas esposas del Cordero sin mancha, permitid á mi amor fraternal un cuidado que tiene bien escusado vuestra caridad, llevad á bien [illegible] que yo os haga á favor de mi hermana, una súplica ó recomendacion semejante á la que

hacia el Apóstol á los fieles de Roma por su amada plebe. *Commendo vobis plabem sororem nostram.* Yo os encomiendo á mi hermana Sor María de la Concepcion y os ruego por las entrañas de Jesucristo, que la recibais en esas mismas entrañas de caridad. *Ut eam suscipiatis in Domino.* Que suplais y disimuleis sus defectos, consolándola en sus tristezas, asistiéndola en sus trabajos y esforzándola y ayudándola en vuestras penosas tareas. *Ut asistatis ei inquocumque negotio vestri indiguerit.* Porque ella tambien ha tenido para con sus próximos y hermanos una tierna compasion y solicitud de que yo mismo he recibido muchas pruebas y os doy testimonio seguro. *Quoniam ipsa quoque astitit multis, et mihi ipsi.*

Y pues en dia de tanta gracia, no puedes dudar mi querida hermana, que tus súplicas seran bien oidas y despachadas, ruega á tu esposo por la universal Iglesia que adquirió con su sangre; por su cabeza visible, por todos los Pastores y sus rebaños, especialmente por el Ilustrísimo Prelado que go-

bierna esta Diócesis: por el Rey y Príncipes nuestros Señores y su Monarquía: por los Tribunales y ministros de justicia, por todos tus prógimos y tus mas inmediatos, tu Madre, tus hermanos, tus parientes; por este indigno Sacerdote cargado de pecados y de miserias; por esas tus nuevas hermanas en que ganas mas del ciento por uno de las que dejas. Sí, por esta egemplarisíma Casa, que tan liberal y graciosamente te ha franqueado su santa morada y por todo este ilustre Pueblo que te favorece con su asistencia. Todos tienen hoy derecho á tus oraciones. Estiende, estiende tus miras por toda la redondez de la tierra, que no haya en toda ella quien se esconda al calor de tu caridad, penetre hasta los encendidos ardores de aquella cárcel obscura que purga y detiene á los escogidos. ¿Quién sabe si gime aun en ella nuestro amado Padre, esperando este dia de tu gran valimiento para con Dios? Dichosa tu que puedes hacer tanto bien, que despreciándolo todo por Dios te has apoderado de sus tesoros Divinos para

derramarlos con tu caridad sobre la tierra."

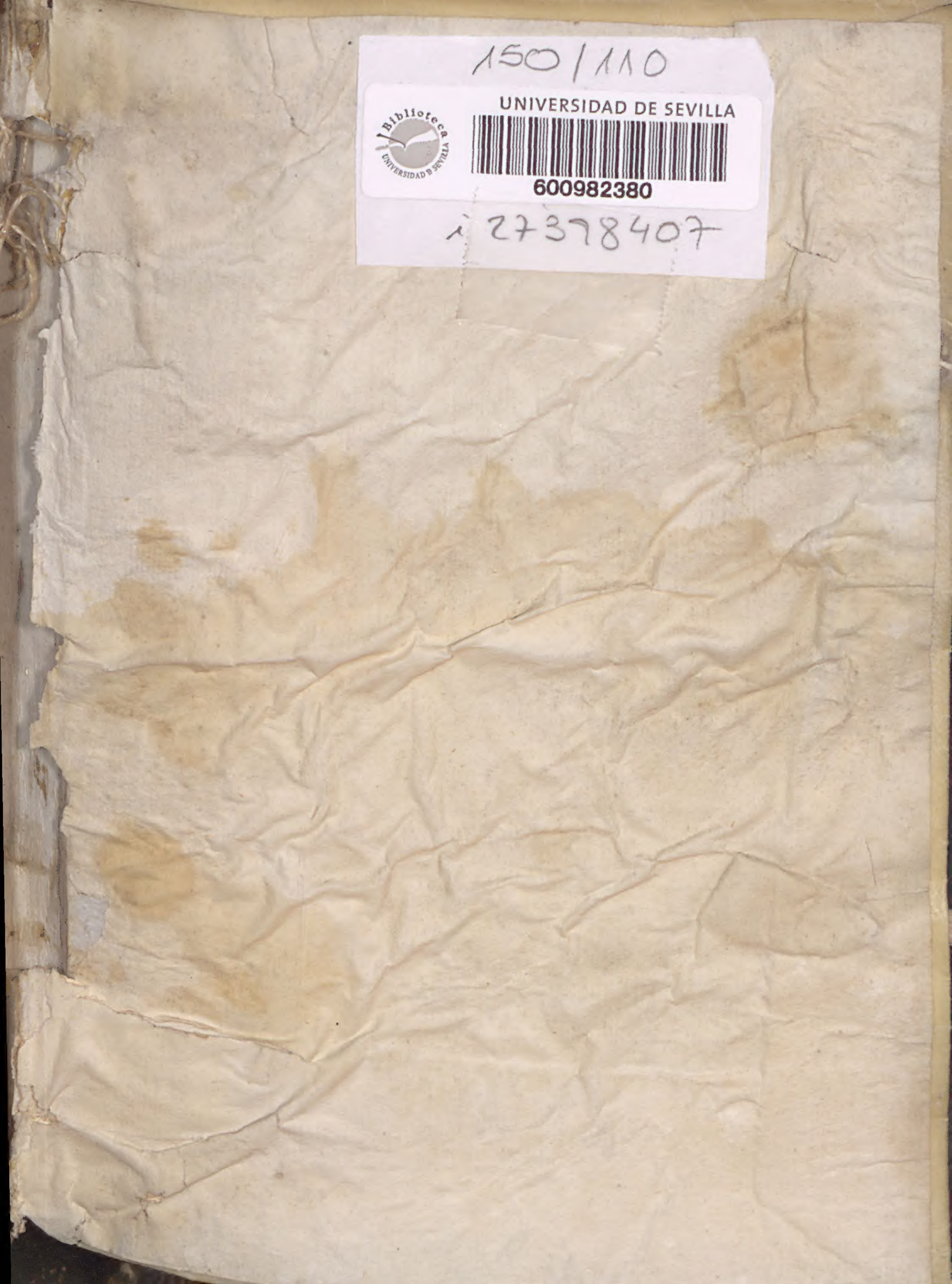
¿Y qué hacemos nosotros mis amados oyentes á vista de estos raros egemplos; hemos venido solo de curiosos y vanos espectadores de esta ceremonía sagrada en que ninguna parte nos cabe? ¿No es tambien el Señor nuestro Dios, nuestro bien, nuestra suma felicidad? ¿Acaso nos importa menos á nosotros un Reyno eterno? ¿Qué una tierna jóven á nuestros ojos tiene valor para despojarse de todo y abrazar una vida dura y penosa por conquistar aquel Reyno, ¿y nosotros sabiendo que solo se gana por fuerza, que solo los violentos lo alcanzan, no daremos un solo paso de violencia, ni sabremos renunciar siquiera á los gustos emponzoñados de nuestras criminales pasiones? ¿Verémos con indiferencia el sexo fragil, delicado y tierno, sepultarse y consumirse en los claustros observando la santa severidad de los consejos del Evangelio, y nosotros no nos sujetarémos siquiera á sus preceptos mas indispensables? Qué mientras las almas justas se afligen y consumen en penitencias he-

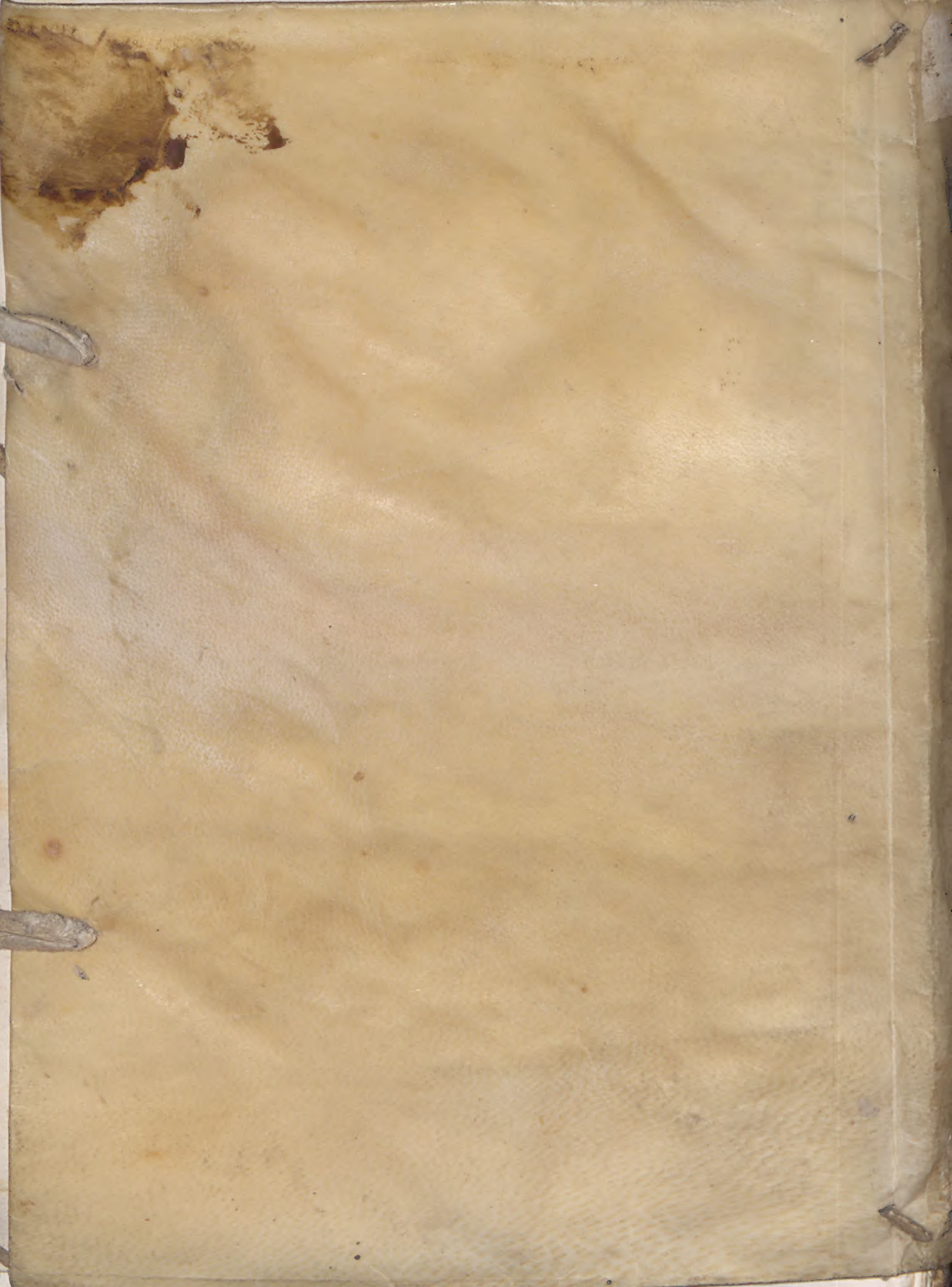
mos de triunfar y divertirnos los pecadores? ¡Ah! nó, no sea así, pues que todos deseamos la vida feliz perdurable, guardemos cada cual en su estado lo que está mandado. *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata.* Así alcanzarémos algun dia aquella corona de justicia que nos haga reynar en la eternidad en compañia del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amen.

INDICE

DE LOS SERMONES CONTENIDOS

EN ESTE 2.º TOMO.


150/110
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Biblioteca
UNIVERSIDAD D SEVILLA
600982380
i 27378407





577
110